



MONÓLOGOS
Y
POESÍAS RECITABLES

PARA NIÑAS

(DE 6 A 15 AÑOS)

COLECCIONADOS

POR

HORACIO H. DOBRANICH



872.25

San No de
Luz en el...

MONÓLOGOS Y POESÍAS RECIZABLES

PARA NIÑAS (de 6 á 15 AÑOS)

COLECCIONADOS

POR

HORACIO H. DOBRANICH

otro ejls. en
A-2
15
Luz en el...



LASO, PARDO Y CIA
620 - MAIPÚ - 620
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

131X198

1900

FOOTING RECORDS

FOR THE YEAR 1900

OF THE

U.S.

DEPARTMENT OF COMMERCE

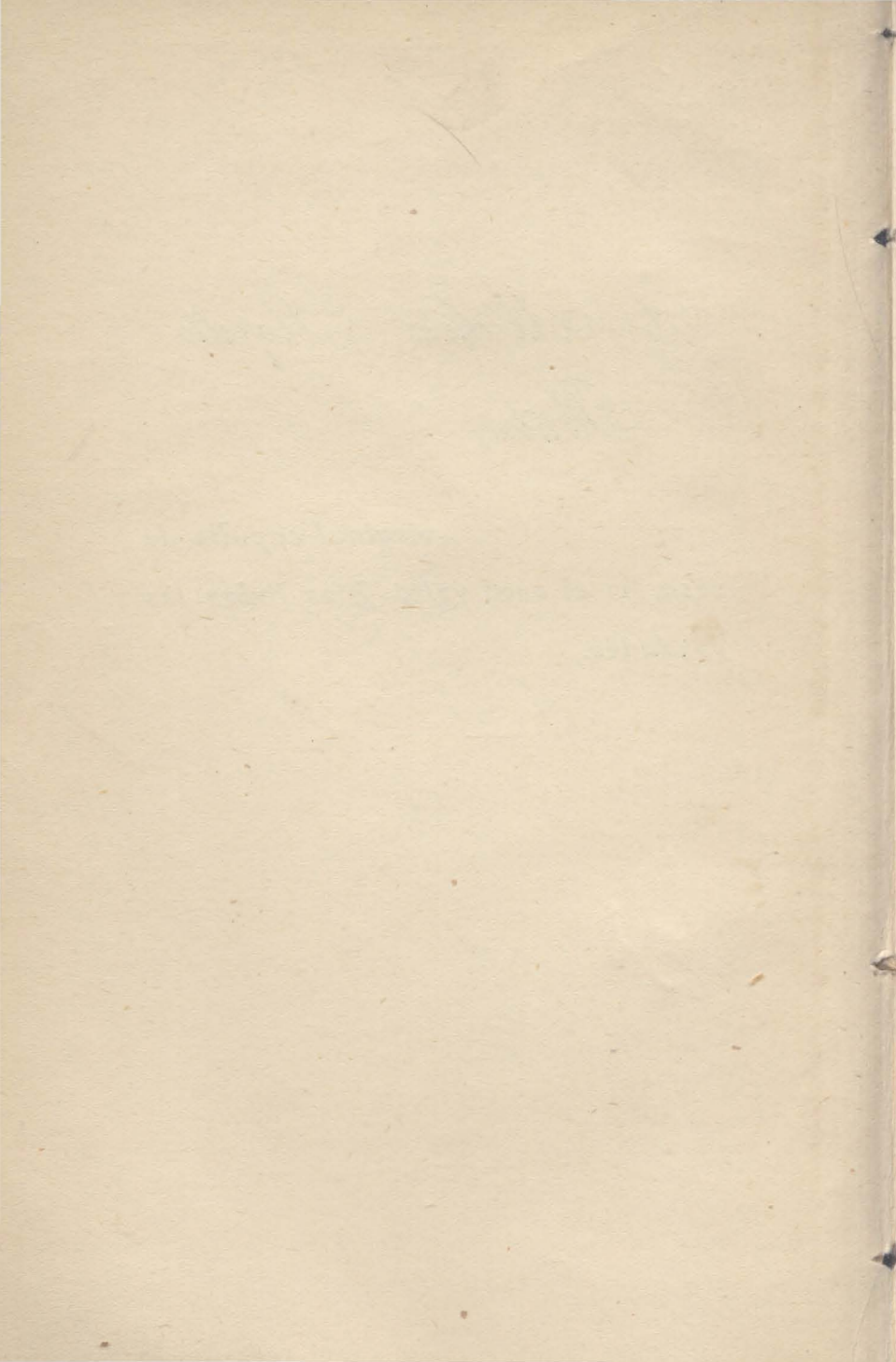
WASHINGTON

1900

1900

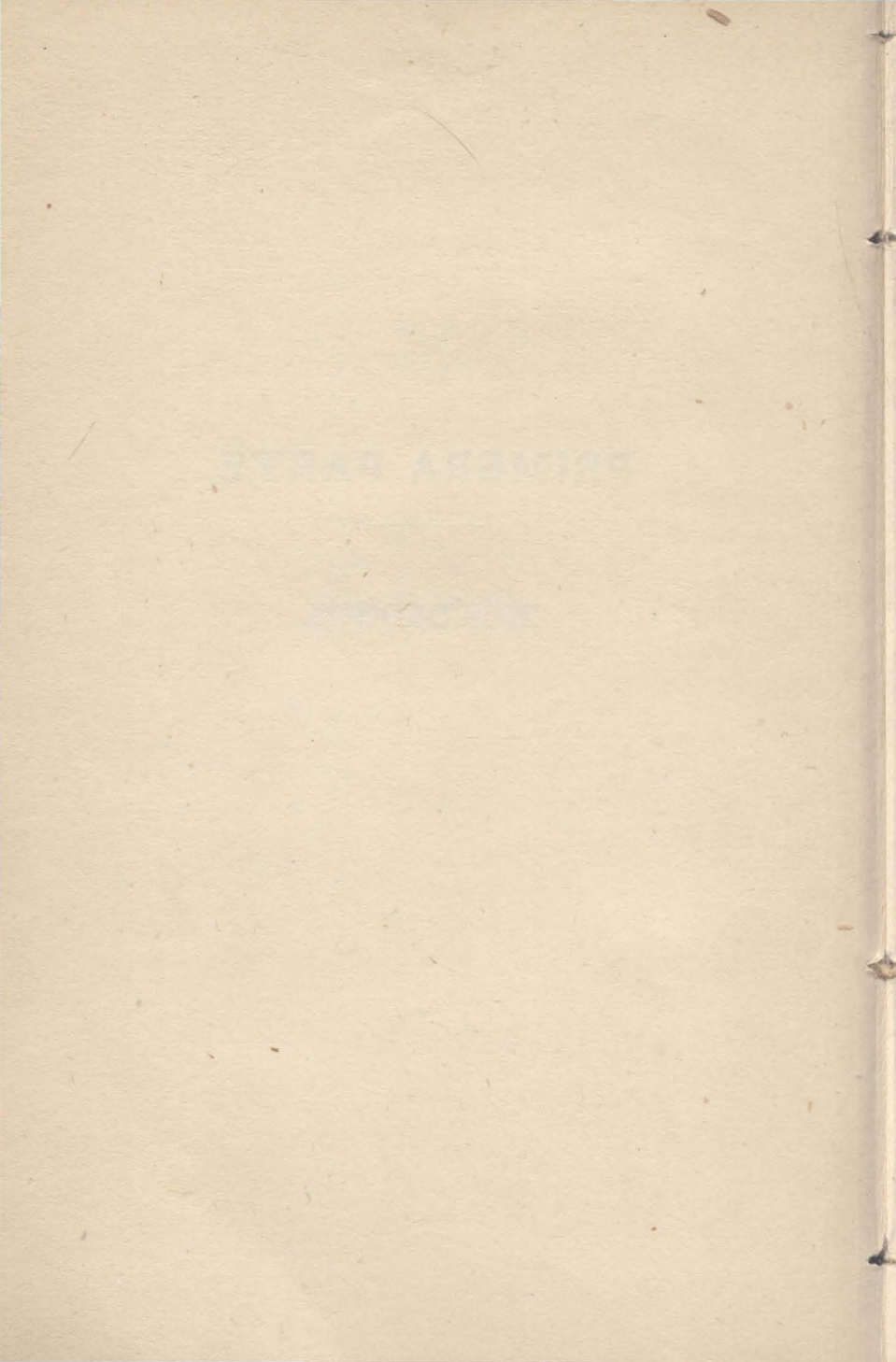
*A Mechita Repetto
Britos,*

*virginal capullo de
rosa, en el cual volcó Dios todas las
bondades.*



PRIMERA PARTE

MONÓLOGOS

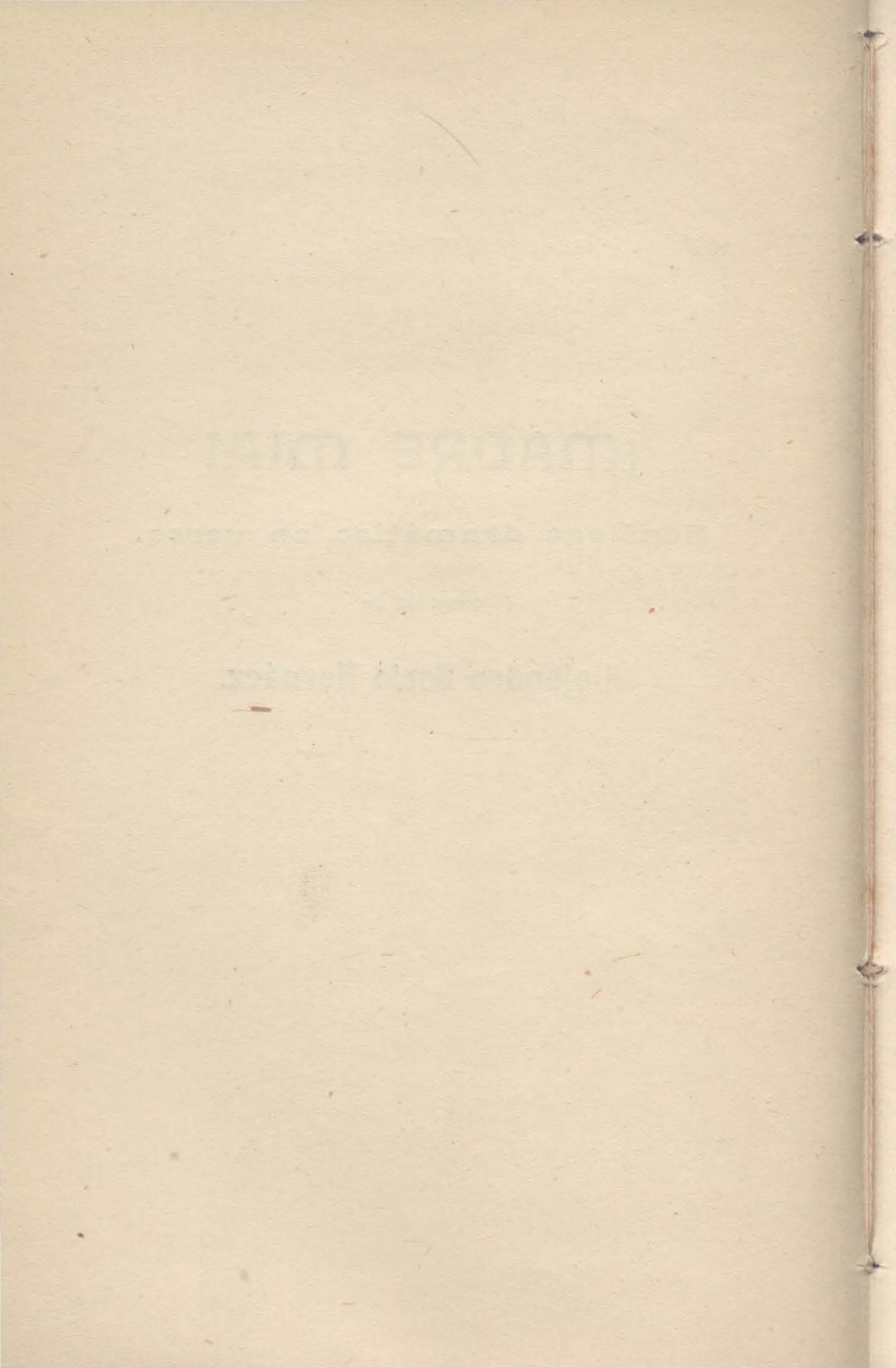


¡MADRE MIA!

Monólogo dramático en verso.

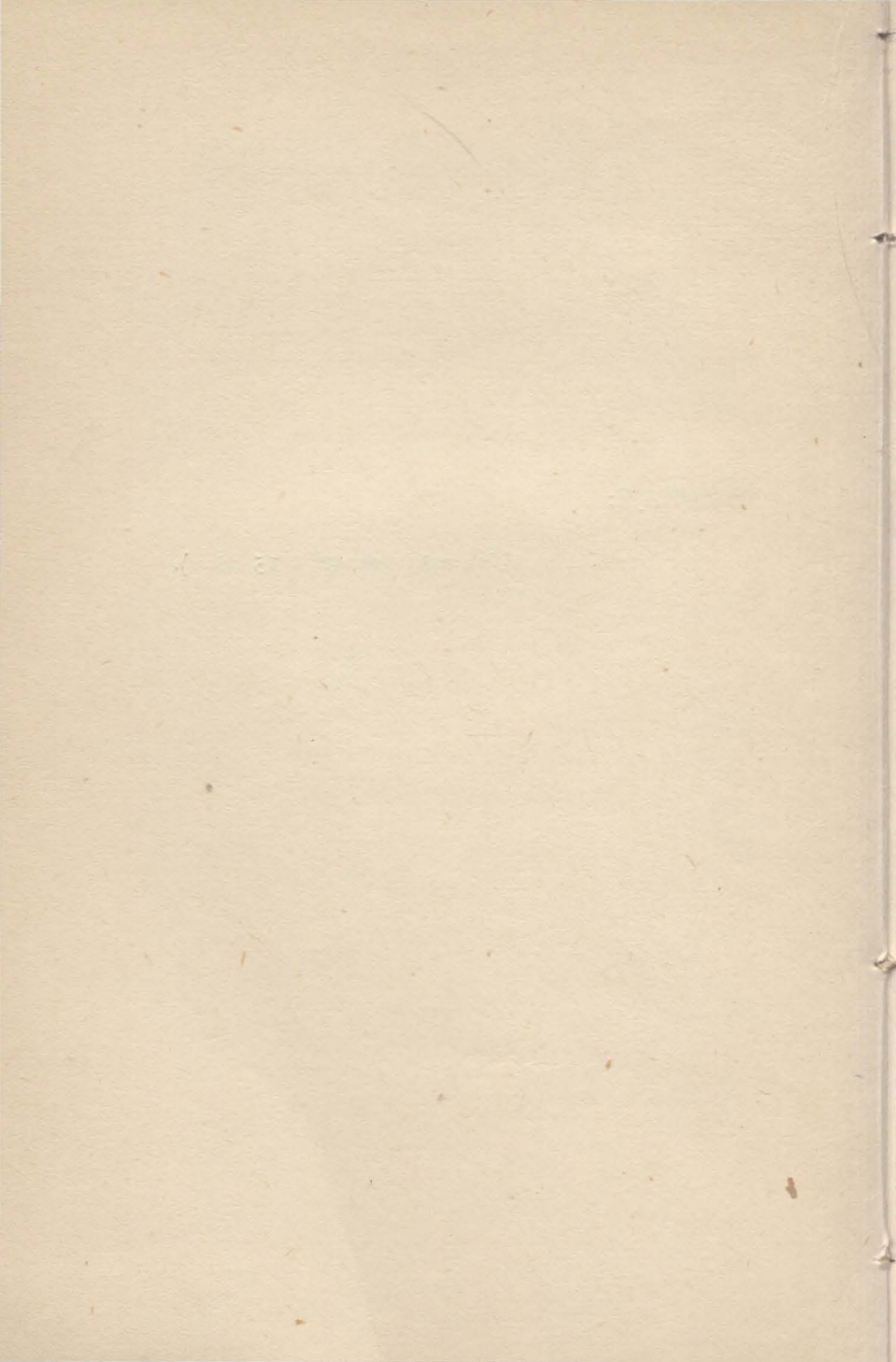
Original de

Alejandro Bocio Hernáez.



PERSONAJE:

UNA NIÑA (DE 10 Á 15 AÑOS).



¡MADRE MIA!

*Monólogo dramático en verso, original de
Alejandro Bocio Hernández.*

ACTO ÚNICO

La escena representa una calle algo oscura. A la derecha de la actriz la fachada de una casa con un balcón o ventana. A la izquierda, una casa baja de aspecto pobre con la puerta cerrada; la decoración del fondo figura una calle.

ESCENA ÚNICA

Al levantarse el telón se abre la puerta y aparece ISABEL, andrajosamente vestida, descalza, en desorden los cabellos y llevando en la mano una cesta.

¡Pobre madre! ¡Qué agonía
debes pasar en el lecho,
cuando ves bajo ese techo
más miseria cada día! *(Pausa.)*
Quedé huérfana de padre.
¡Ay, padre, si tú volvieras...
y en mísera cama vieras
moribunda ya a mi madre!

.....
¡Qué sufrir! ¡Qué pena siento
al pensar que en cuatro días

de dolor... y noches frías
aún no has tomado alimento!
Ni quiso el médico ¡oh, Dios!
a mi madre visitar;
por más que fuíle a implorar
nos despreciaba a las dos,
porque notó la pobreza
en mi rostro, en el vestido...
¡No escuchaba mi gemido!
¡¡Era orgullo de riqueza!! *(Pausa.)*
Hoy... no sé lo que me pasa
(Se oye una palmada.)

¡Una palmada!
(Colocándose en el umbral de la puerta.)
¿Qué es? *(Pausa.)*

Duerme en paz... y hasta después. *(Pausa.)*
Sola te quedas en casa,
madre del alma querida;
yo voy cerca, voy ahí.
¿Quieres que me ausente? *(Pausa.)* Dí.
¡Voy a buscarte comida!
(Retirándose de la puerta.)

Mas... ¿cómo lograr mi empeño?
¡No importa; mendigaré
y... limosna pediré!
Mientras que ella coge el sueño,
iré de puerta tras puerta
por esa obscura ciudad,
implorando caridad,
aunque mis lágrimas vierta.
(Entrecogiéndose.)

Pero, ¡ay qué noche tan fría!
Mis huesos se van helando

y yo me estoy acordando
de mi madre. ¡Madre mía!
¿Por qué Dios lo quiere así?

(Cayendo de hinojos y dejando el cesto en el suelo.)

¡Santo Dios! ¡Ten compasión
de este pobre corazón
que sufriendo está por tí!
Bendice desde ese cielo
a mi madre en su doler...

¡Que tenga para comer!...

¡Dadle a mi pecho un consuelo!

*(Quédase llorando breves momentos. Por el balcón o ventana
aparece un personaje que se queda contemplando a la niña.)*

¡Qué rayo de luz divina
me envía el Omnipotente!
Siento bullir por mi mente
la idea que me ilumina.

(Levantándose.)

Me acuerdo de un caballero
que a mi madre dijo un día
que, dando ropa, daría
un papel y algún dinero;
y me acuerdo de la casa...

Voy á ver... *(Cogiendo el cesto.)*

¡Si en este cesto

algo encontrara!

(Dobla una rodilla y registra el contenido.)

¿Qué es esto?

¡Un pedacito de gasal

*(A medida que va sacando las piezas las irá esparciendo en
el suelo.)*

¡Unas falditas! ¡Dios mío!

¡Me parece soy dichosa!

¡Calla, calla, y otra cosa...
unas medias... otro líol... (*Lo deshace.*)
Mas ¡ay! ¡desgracia!... ¡Son trapos!
¡Para nada servirán!...
¡Nada por ellos darán! (*Pausa.*)

(*Registra de nuevo, y al encontrar su muñeca la manosea con
marcada alegría.*)

¡Dios mío! De los harapos
en medio, está la muñeca.
(*Levantándose con ella en la mano.*)

¡Cuán hermosa y elegante!
¡Tiene risueño el semblante!
¿Quieres hacerme una mueca?
(*Estrechándola entre sus brazos.*)

¡Pobrecita de mi vidal
¿Y también te llevaré
y a otra persona daré
esta prenda tan querida?
Fué papá quien me la trajo
cuando tan enferma estaba;
ella conmigo jugaba
y ella fué quien me distrajo.
¡Cuánto te quiero, Elvirita;
tu figura, cuánto adoro!
¡Siempre de ti me enamorol
¡Si eres tan mona y bonital!...

(*Pausa breve.*)

¡Y además, es un recuerdo
de mi padre tan queridol

.....
Pero... no. Todo lo olvido.

¡Es por mi madre... y... la pierdol
(*La echa dentro del cesto.*)

Es preciso que me vaya.
Mientras que ella está durmiendo,
me voy a escape, corriendo,
a vender mi pobre saya.
Y también a ti, Elvirita,
muñeca con quien jugué,
mi último abrazo te dé.

(La coge, la abraza y la besa llorando.)

¡Todo el cielo me lo quita!..

(Se arrodilla para colocar dentro del cesto los objetos sacados.

La figura muda que habrá estado observando a la actriz arroja una moneda de dos pesetas y se retira, cerrando la ventana o balcón. Al oír el ruido, la niña se levanta y busca ansiosa la moneda.)

¡Virgen santa! ¿Qué he escuchado?

¿Me habrán hecho caridad?

¿Será posible? *(Coge la moneda.)*

¡Es verdad!

es limosna que me han dado!

Tuvieron ¡ay! compasión.

Saber quisiera el que ha sido,

porque jamás nunca olvido

una hermosa y noble acción.

(Se dirige al cesto. A medida que va recogiendo los objetos esparcidos en el suelo, dice precipitadamente y con visible emoción, los versos que siguen):

¡Madre, madre, ya hay dinero!

¡Me han tirado dos pesetas!

Te traeré pronto chuletas,

comida, caldo, puchero.

¡Dios mío!... ¡cuánta alegría!

(Levantándose y llevándose el cesto.)

¡Voy a ver si está despierta!

(Entra por la puerta que se supone estar su madre. Se oye un grito desgarrador y vuelve a la escena sin el cesto, desesperada.)

¡Virgen santal... ¡Muerta! ¡Muerta!

(Gritando.) ¡Socorredla! ¡¡¡Madre mía!!!

(Cae desplomada.)

TELÓN RÁPIDO

¡Un sombrero!

Monólogo en verso,

original de

C. Laura Dobranich.

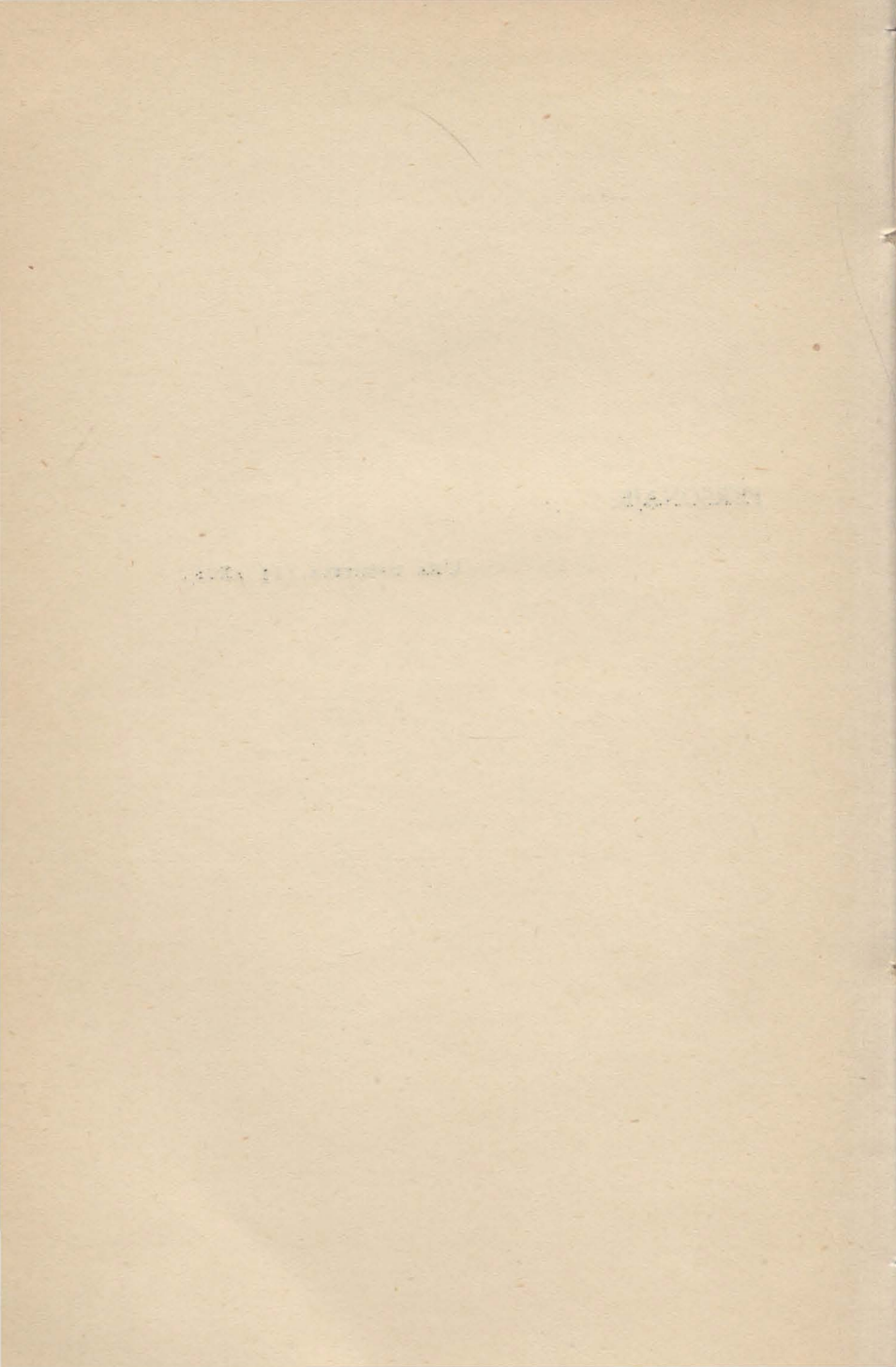
1776

1776

1776

PERSONAJE:

UNA DAMISELA (15 AÑOS).



¡UN SOMBRERO!

Monólogo en verso, original de C. Laura Dobranich.

Decoración de sala con dos puertas: una, al foro y otra, lateral. Serán indispensables una butaca y un espejo.

Una vez alto el telón, entra precipitadamente, por el foro, una damisela muy agitada y nerviosa. Viste con sencillez y trae, como única peculiaridad, un sombrero de paja sin otro adorno que algunos tallos y hojas verdes, únicos vestigios de flores, muy hermosas sin duda, ya deshojadas por el andar del tiempo y el continuo movimiento de la inquieta cabeza que adornaban.

Se abandona en la butaca; pero al advertir la presencia del público, se incorpora sorprendida y se dirige a él:

¡Ay!... pido a ustedes perdón...
Vengo, señores, rendida
de corretear aturdida
por esas calles de Dios.

¡Cuántas casas de sombreros
he revuelto en un instante!
Desde la más elegante
hasta la última cueval

He entrado en grandes maisons:
de madame de Domec,
de Marie Margueritte,
de Rho, Moussion, Palomec;

en boliches miserables
con un color a estofado...
Y en cientos que me he probado
no he encontrado uno aceptable.

Ando en busca de un sombrero
que esté, sin ser muy chocante,
a la moda, y elegante...
en fin... que me siente bien.

No me gustan los sombreros
que, chillones e imprudentes,
andan diciendo a las gentes:
«Mírenme primero a mí»;
porque resulta que luego
miran lo que va debajo,
y mirar de arriba abajo
a una, es cosa triste.

¿Tules?... No quiero que crea
la gente que en la fiamblera
guardo yo la budinera
y la llevo en la cabeza;

ni que sospechen siquiera
que soy tan atropellada,
que al levantarme apurada
me voy entre el mosquitero.

Con alas en el sombrero
no se camina segura;
pues fuera cosa muy dura,
sin más, remontar el vuelo.

Y no me digáis que es serio
viajar con esas puntillas
que van haciendo cosquillas
en el pescuezo al vecino...

¡Las flores, ¿verdad?, las flores

son las que mejor me sientan;
pero, las flores del tiempo:
con ellas hago primores!

¿Os agrada mi sombrero?
¿Verdad que sí, que os agrada?
¿Eh?... ¿qué?... ¿no me decís nada?...
—¿De qué se ríen ustedes?

Alarmada por la actitud del auditorio, decide consultar con el espejo).

¡Ay, mi sombrero... y mis flores...
y mi jardín destrozado!
Dijo bien el engomado
al decir: «quedó pelado».

Quedó pelado, de veras.
¡Soy exagerada... tanto,
que he desnudado a un santo
para vestir a un sombrero!

(Desesperada, arráncase el sombrero y lo echa por lo alto).

¡Malditos sean sombreros,
y modistas y plumeros!
¡Venga presto una mantilla,
al par que un «¡olé, salero!»

(De entre bastidores le cae una mantilla, que se coloca rápidamente, marchándose luego con gracia tan singular que... Tiene el público la palabra).

TELÓN

The first part of the document
 describes the general principles
 of the system and the
 various methods of
 application. It is
 intended to be a
 practical guide for
 the student and
 the teacher alike.
 The second part
 contains a list of
 the various
 exercises and
 problems which
 are to be
 worked out by
 the student.
 The third part
 contains a list of
 the various
 questions which
 are to be
 answered by
 the student.
 The fourth part
 contains a list of
 the various
 exercises and
 problems which
 are to be
 worked out by
 the student.
 The fifth part
 contains a list of
 the various
 questions which
 are to be
 answered by
 the student.

INDULGENTE

Arreglo del monólogo cómico, escrito en Francés

POR

MADAME THÉNARD

(De la Comédie Française.)

INDUBITANTE

ESTABLISHED 1852

1852

MADAME THIBAUD

100 N. BROAD ST. N.Y.

PERSONAJE:

UNA NIÑA (DE 14 Á 15 AÑOS).

STATIONERY

1880

INDULGENTE

*Arreglo del monólogo cómico, escrito en Francés,
por Madame Thénard, de la Comédie Française.*

ESCENA ÚNICA

Una salita elegantemente amueblada.

LA NIÑA.—(*Entra sonriendo amablemente, observa al público breves instantes y luego se dirige a todo el auditorio.*)
¿Ustedes son como yo?... ¿Sí?... Sí, no hay duda. ¡Yo lo veo, estoy segura! ¡Ustedes son como yo!

Tengo yo un carácter encantador... Mal está que yo misma lo diga, pero es que... a la verdad, tengo una naturaleza ¡tan exquisita!... Todo lo encuentro bien; todo lo encuentro bueno; todo lo encuentro bello; jamás critico nada... Para mí, todas las mujeres son bonitas y todos los hombres... bonitos. En fin, soy la indulgencia personificada. (*Pausa.*)

¡En este mundo es menester ser indulgente, muy indulgente! Por ello es que yo lo soy en tan alto grado...

Inter nos. ¿Se acuerdan ustedes de la última comida de nuestra amiga? ¿Se acuerdan?... ¡El jueves! (*Muy amablemente.*) ¡Qué encantadora persona! ¿verdad?... ¡¡Qué mujer deliciosall... (*Pausa, en que observa al público con aire de confidencia.*) Solamente que... se viste mal. Y en cuanto a la manera de recibir a la gente... Por otra parte, es bastan-

te antipática, pero bastante... ¡Por supuesto, esto queda entre nosotros! ¿no es así?... (Pausa.)

Su comida... (Riendo) era mala ¿verdad?... La sopa estaba fría, el helado caliente, ¡era atroz!... Pero... en nada me afecta esto a mí, y por eso me callo la boca...; mas si no fuera tan indulgente como soy... Otra persona diría... ¡Oh!.. (Interrumpiendo la frase afectadamente.)

¿Y sus hijos? ¡qué amorcitos!... Yo adoro a las criaturas. ¡Eso sí! mi indulgencia para con los bebés raya en lo increíble... Pero en lo que respecta a éstos... ¡están muy mal educados! El otro día le decía yo a mamá: «¡Si yo tuviera hijos como éstos, los hacía pedazos!...» ¡Si son unos monstruos!

No ha mucho tiempo les invité a pasar el día en casa. (Suspirando exageradamente.) ¡Uff!... ¡Qué día!...

Empezaron por saltar sobre los muebles, tocaron todo, arrancaron mis flores, transformaron mis sillones en caballos... (Pausa.) ¡Oh!... yo, que soy tan indulgente, los tomé de un brazo y los encerré en el granero hasta la tarde. ¡Gritaron, lloraron!... Yo, como si tal cosa...

Al volver a su casa le dijeron a su madre (Imitando la voz): «¡No queremos ir más a lo de la señora!» Y bien, yo no lo he pedido; muy al contrario, no quiero que vuelvan a pisar la casa de... «la señora»... ¡Oh, no!... ¡Muchas gracias!...

¡Todo eso es culpa de su padre!... ¡Yo soy, ustedes lo saben, muy indulgente para con los hombres!... ¡Tienen tanta necesidad de indulgencia los pobrecitos!...

Pero, verdaderamente, éste es un torpe. No tiene energía, no tiene voluntad... ¡Jamás he visto un hombre igual! (Ríe.) Ciertamente es que para casarse con esa mujer se necesita que fuera... (Ríe más fuerte.) Son tal para cual... (Pausa.)

Indulgente y todo, no pude menos, la noche de la ben-

dita comida, al despedirme de nuestra común amiga, que decirle (*Sonriente*):

—Querida señora, yo soy muy indulgente ¿sabe usted?... pero, verdaderamente, usted no sabe recibir a la gente.

—Usted se viste mal.

—No tiene usted ni un poquito de gracia.

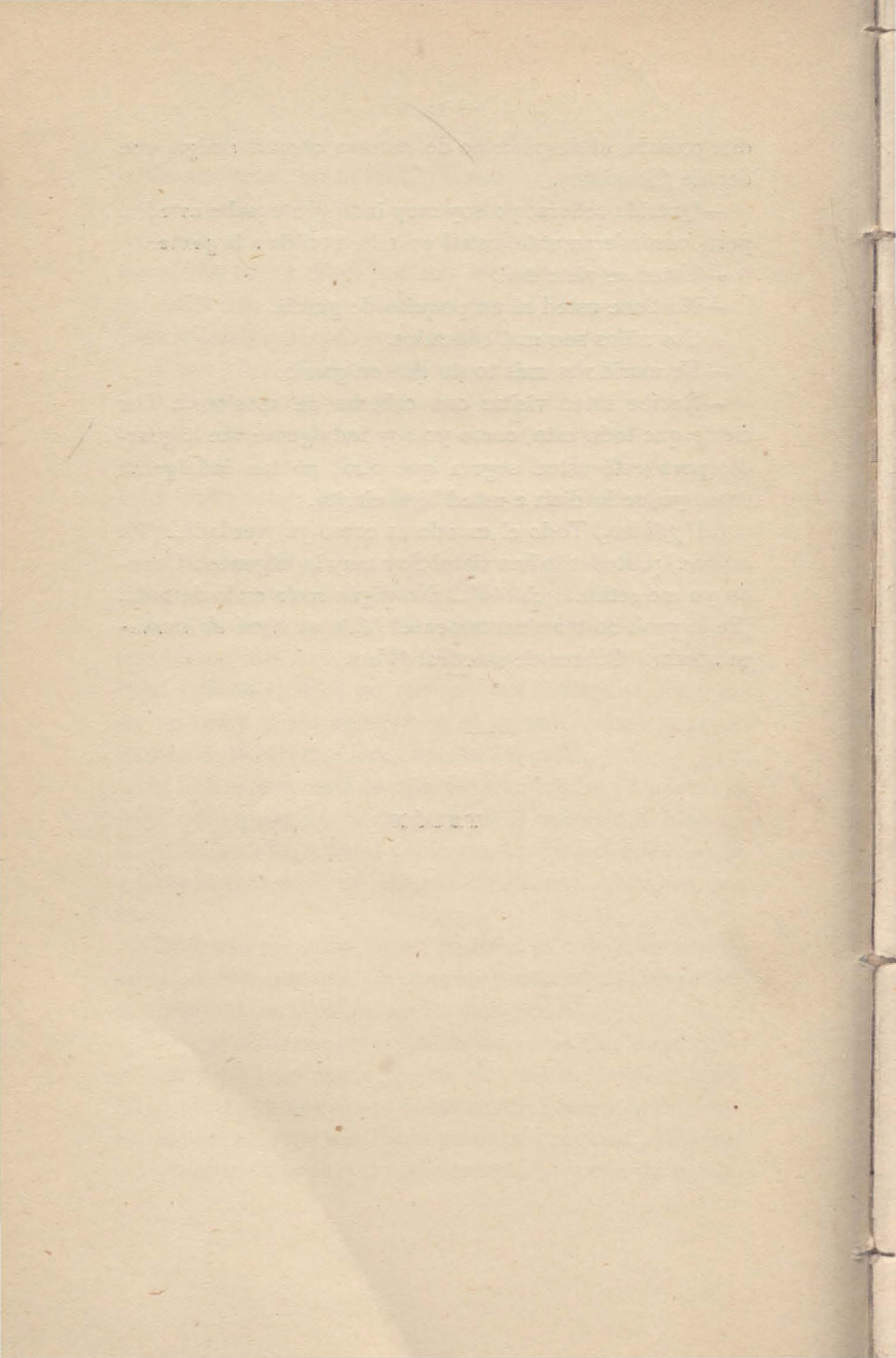
—Sus niños son mal educados.

—Su marido es más tonto que un ganso.

—Recibe usted visitas con cabezas de asesinos... Por cierto que todo esto, como yo soy indulgente, me lo guardo; pero esté usted segura que otra, no tan indulgente como yo, se lo diría a usted bien clarito.

(*Al público.*) Todo el mundo es como yo ¿verdad?... (*Va a salir.*) ¿Ustedes lo han visto? Soy muy indulgente... Cuando yo me retire... ¡chitón!... ¡No digan nada malo de mí!... ¡Se lo prohíbo terminantemente! (*Con un signo de amenaza cómica.*) ¡Pobres de ustedes! (*Vase.*)

TELÓN



PROYECTOS INFANTILES

Monólogo cómico

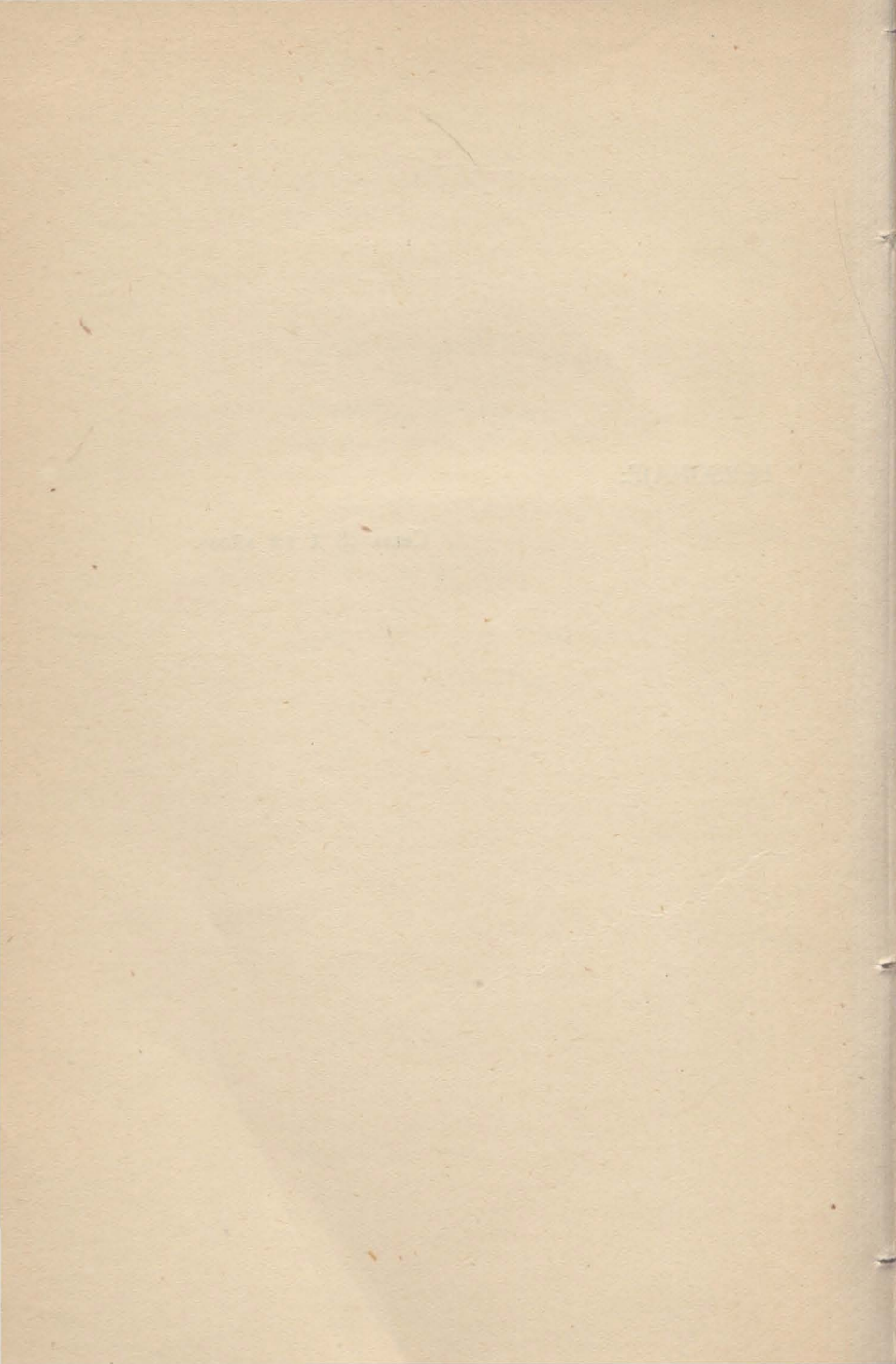
original de

VICENTE NIOLAU ROIG

PROTECTED INFORMATION
CONFIDENTIAL
PROPERTY OF THE U.S. GOVERNMENT

PERSONAJE:

CELIA (8 A 12 AÑOS).



PROYECTOS INFANTILES

Monólogo cómico original de

VICENTE NICOLAU ROIG

No pocos han de extrañar
que me preocupe tal cosa,
pero yo soy muy curiosa,
no lo puedo remediar,

y estoy loca por saber,
pues me llama la atención,
por qué se dice que son
los hombres tan de temer.

No es raro que ello me asombre,
y la causa no me explique,
cuando mi primito Enrique
me dicen que es casi un hombre.

Mejor ya no puede ser...
y guapo... ¡no hay ni que hablar!
¿Por qué, pues, ha de inspirar
miedo a ninguna mujer?

Pero mamita no miente
y algo de cierto hay sin duda,
porque, enojada y ceñuda,
afirma frecuentemente

que, sean pobres o ricos,
todos los hombres son malos
y se merecen los palos
que llevan muchos borricos.

Tendrán sus mañas ocultas,
pues ¡claro! no han de lucirlas,
y ¡vaya uno a descubrirlas,
bajo sus maneras cultas!

Desde hoy debo preocuparme
de ese asunto seriamente;
porque yo, naturalmente,
pienso algún día casarme.

¿Que una niña de mi edad
no debe pensar en eso?
Demuestra muy poco seso
quien diga tal necesidad.

Pues papá, que ha de ser ducho,
asegura con frecuencia
que es cuestión de trascendencia
y debe pensarse mucho.

Y aunque a comprender no alcance
por qué lo dice papá,
yo empiezo a pensarlo ya
para cuando llegue el trance.

Pero si los hombres son
tan malos, ¿cómo hallaré
alguno que inspire fe
a mi pobre corazón?

Puede que con perspicacia
consiga hallar uno bueno...
¡Si fuera rubio!... Moreno
me haría muy poca gracia.

Porque a mí esos morenotes

de ojos muy negros me asustan,
y solamente me gustan
si tienen lindos bigotes.

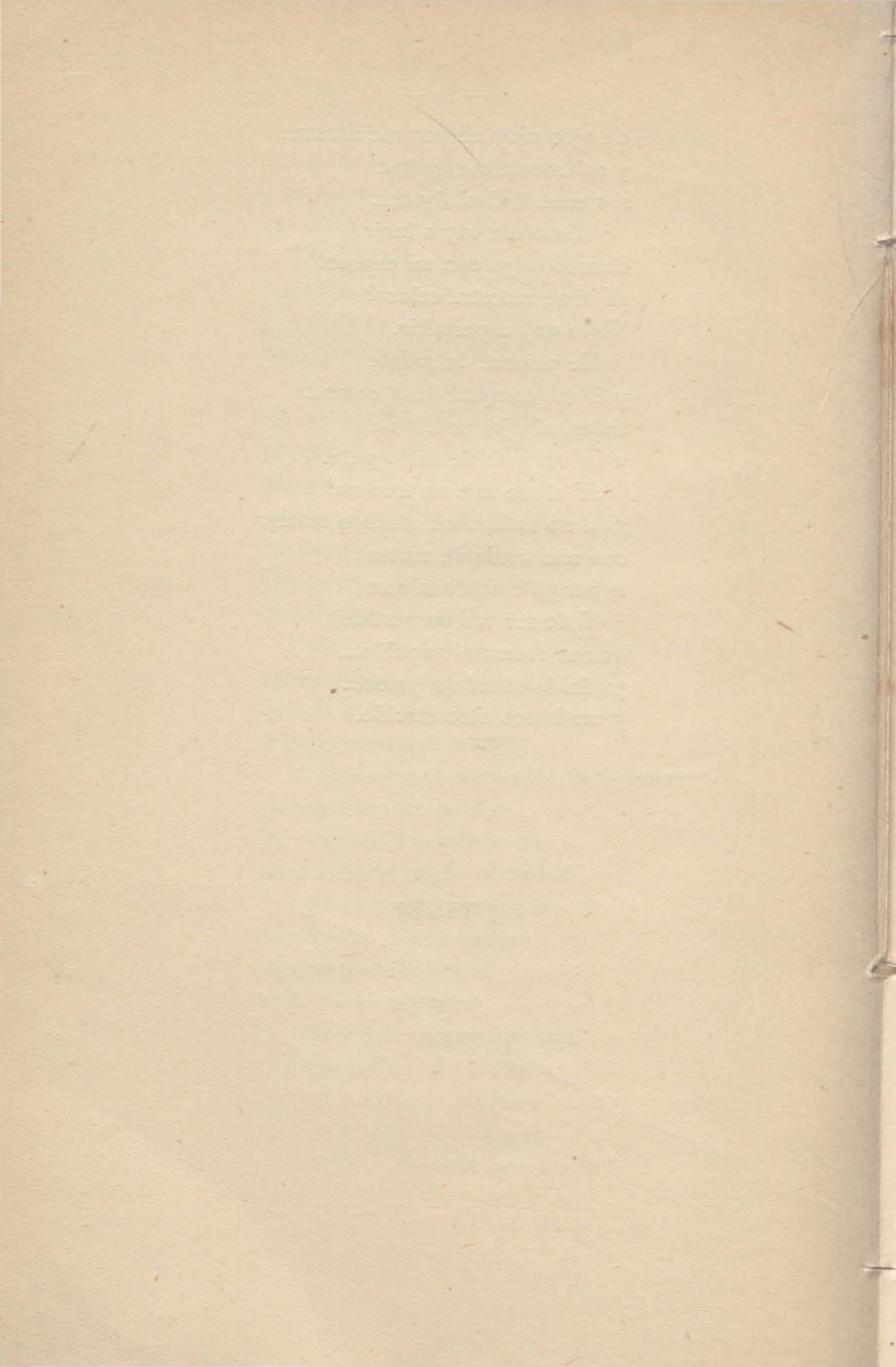
¡Cómo me voy a lucir
cuando salga con mi esposol
¿Y si se muestra celoso?
No lo voy a permitir.

Me peinaré de rodete
y él me comprará mil cosas...
trajes, alhajas preciosas
y tal vez más de un juguete.

¿Y si me sale un tronera?
¡Oh! no andará en muchos trotes;
con una tanda de azotes
le pongo como una cera.

Y de ser tan perverso
que se crezca al vapuleo...
¡nadal lo mando a paseo...
y me busco otro marido.

TELÓN



LA CARIDAD

Monólogo en prosa

DE

HORACIO H. DOBRANICH

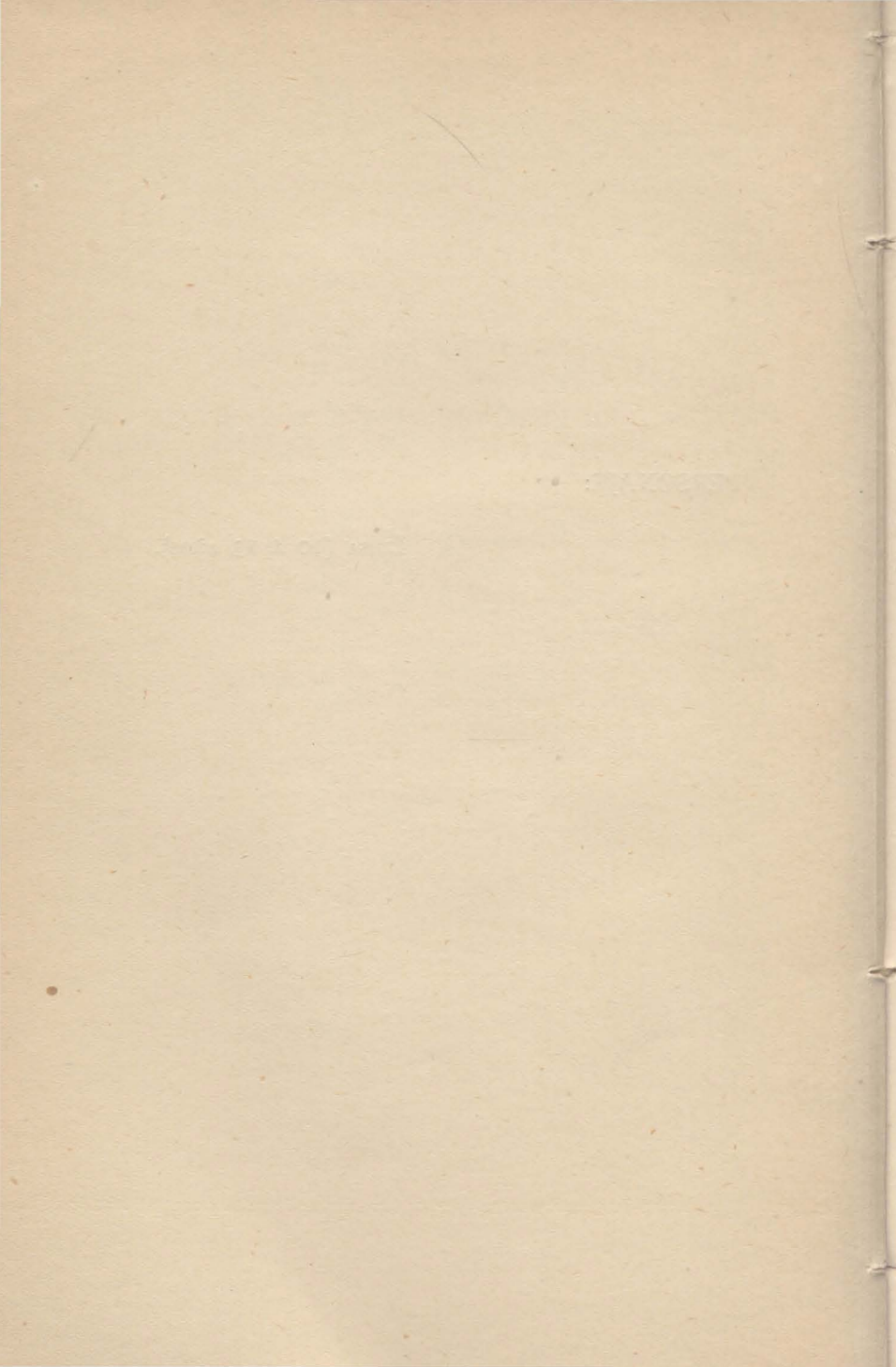
LA CARIDAD

MANUAL DE PIONEROS

SOROCIO H. CERRALTO

PERSONAJE: . .

LUISA (10 Á 13 AÑOS).



LA CARIDAD

MONÓLOGO EN PROSA, DE HORACIO H. DOBRANICH

ESCENA ÚNICA

Dormitorio seriamente amueblado. Es indispensable que haya una cama con su cabecera contra la pared de la derecha y en primer término. Ventana al foro, puerta izquierda y puerta derecha del actor. Al correrse la cortina, Luisa estará en la cama sumida en profundo sueño. Es de noche.

LUISA (*Despertando sobresaltada e incorporándose en el lecho*).—¡Un anciano!... ¡Un pobre!... ¡Un mendigo!...

¿Dónde estoy? (*Con extrañeza*.) Soñaba... ¡Qué sueño, Dios mío! (*Pausa*.)

Yo estaba en mi lecho, así, como estoy ahora, cuando llegé a mi oído una voz doliente, una súplica, un sollozo, un quejido, en medio del silencio de la noche. Luego..., ya más claramente, oí mi nombre; alguien me llamaba desde la calle (*Remedando la voz que oyó*): ¡Luisa!... ¡Luisaaaaa...!! ¡Luiiiiiisaaaaaaa...!!!

¡Ay, qué impresión! Si me parece oír aquella voz... Corrí a la ventana, abrí, miré hacia afuera. La noche estaba oscura, la nieve había pintado todo de blanco y seguía cayendo en finos copos. Junto a la acera, de rodillas, procurando levantarse, estaba un viejecito de níveos cabellos.. ¡Pobrecito!... ¡Cuánta pena daba verle!

Muy quedito, para no despertar a mi madre, que duerme aquí (*Refiriéndose al aposento que se supone a la derecha*), me eché sobre los hombros una cobija, abrí la puerta, salí á la calle; él me tendió los brazos; le ayudé a levantarse y le hice entrar en casa. Apenas había transpuesto los umbrales, cuando oí que el viejecito me decía: «Niña que abre la puerta a un mendigo se abre la puerta del cielo. ¡Bendita seas!... La *caridad* es la llave que Dios entrega al Hombre para que pueda abrir las puertas del Paraíso.» Y con esto desapareció. (*Pausa, en que reclina la cabeza, acostándose luego nuevamente.*) ¡Es extraño, muy extraño que... (*En esto se oye una voz proveniente de la calle.*)

(*Con sorpresa.*) ¡Cielos!... ¡Esa voz!... (*Impulsivamente se arroja del lecho, corre á la ventana, la abre y mira hacia afuera. Con mezcla de pavor y admiración.*) ¡El!... ¡El mendigo!... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hacer?... ¡Ay, yo no sé lo que me pasará!... (*Con excitación creciente.*) Llamaré á mamá... No, iré yo sola... ¡Ay, es que tengo miedo! (*Desesperada y en las fronteras del llanto.*) ¡Dios mío! ¡Virgen María!

LA VOZ.—«¡Caridad, caridad!...»

LUISA (*Decidida*).—¡Yo, yo sola iré!... ¡Pobre anciano!... Le traeré aquí, a mi aposento; le dejaré mi cama, y yo me iré a dormir con mamá. (*Se echa á la espalda una cobija de la cama y sale de puntillas rápidamente por la puerta izquierda. Pausa, en que se escuchan las voces de Luisa y del anciano.*)

LA VOZ DE LUISA.—¡Vamos... arriba!... ¡Ya está, ya está!...

LA VOZ DEL ANCIANO.—¡Gracias, niña, gracias! (*Pausa.*)

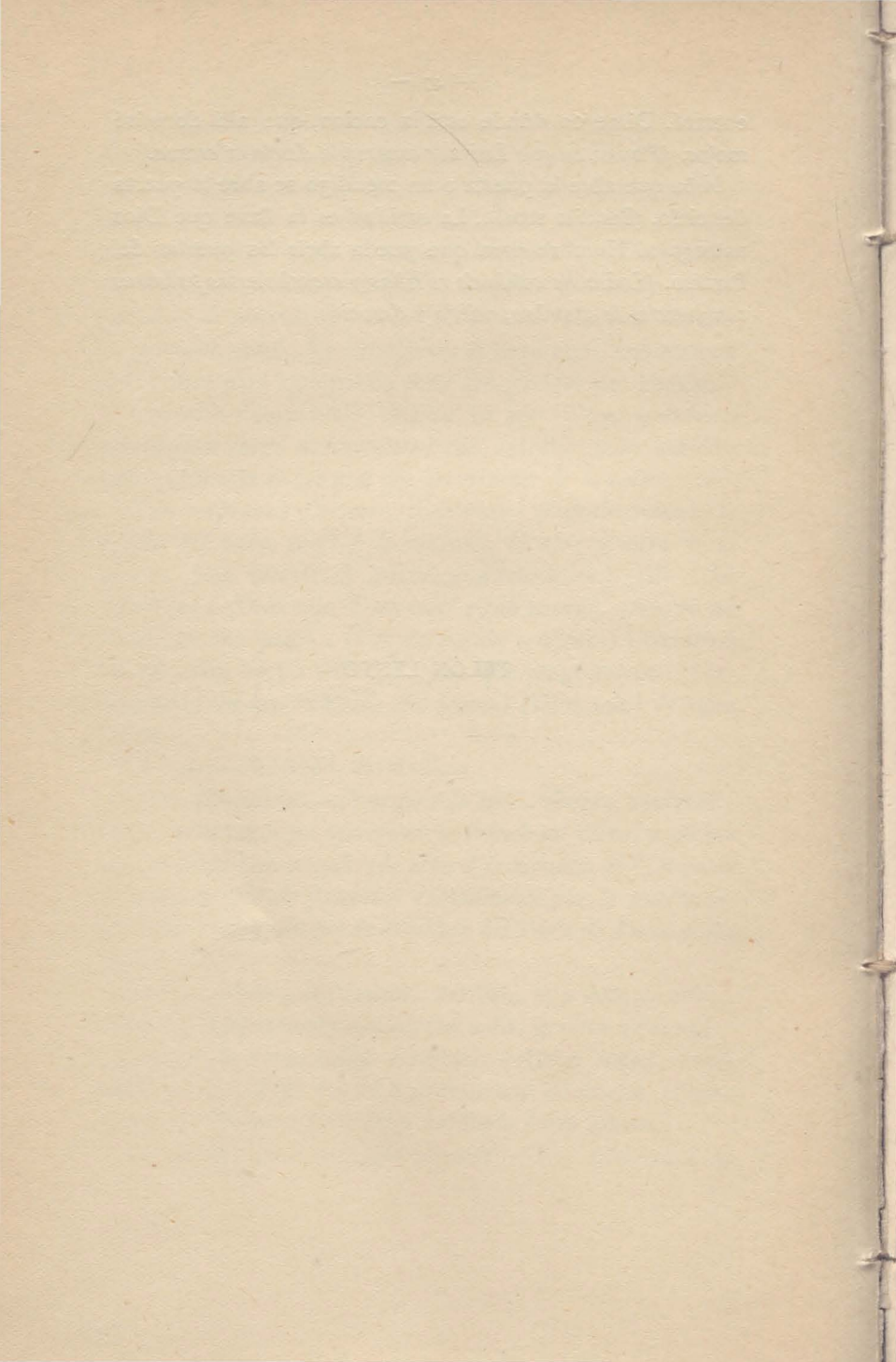
LA VOZ DE LUISA (*Más cercana*).—¡Entre usted, entre usted en mi piezal Yo iré a dormir con mi madre. (*Entra Luisa por donde antes salió y hablando hacia afuera.*)

LA VOZ DEL ANCIANO (*Más cercana*).—No, niña, aquí no

entraré. Dime en dónde está la cocina, que allí dormiré mejor. (*Pausa, en que Luisa le contempla desde la escena.*)

Niña que abre la puerta a un mendigo se abre la puerta del cielo. ¡Bendita seas!... La *caridad* es la llave que Dios entrega al Hombre para que pueda abrir las puertas del Paraíso. (*Luisa ha caído de rodillas y escucha estas palabras con mezcla de asombro, miedo y devoción.*)

TELÓN LENTO



Carta para mamá.

Monólogo original

de

Pedro J. Solas.

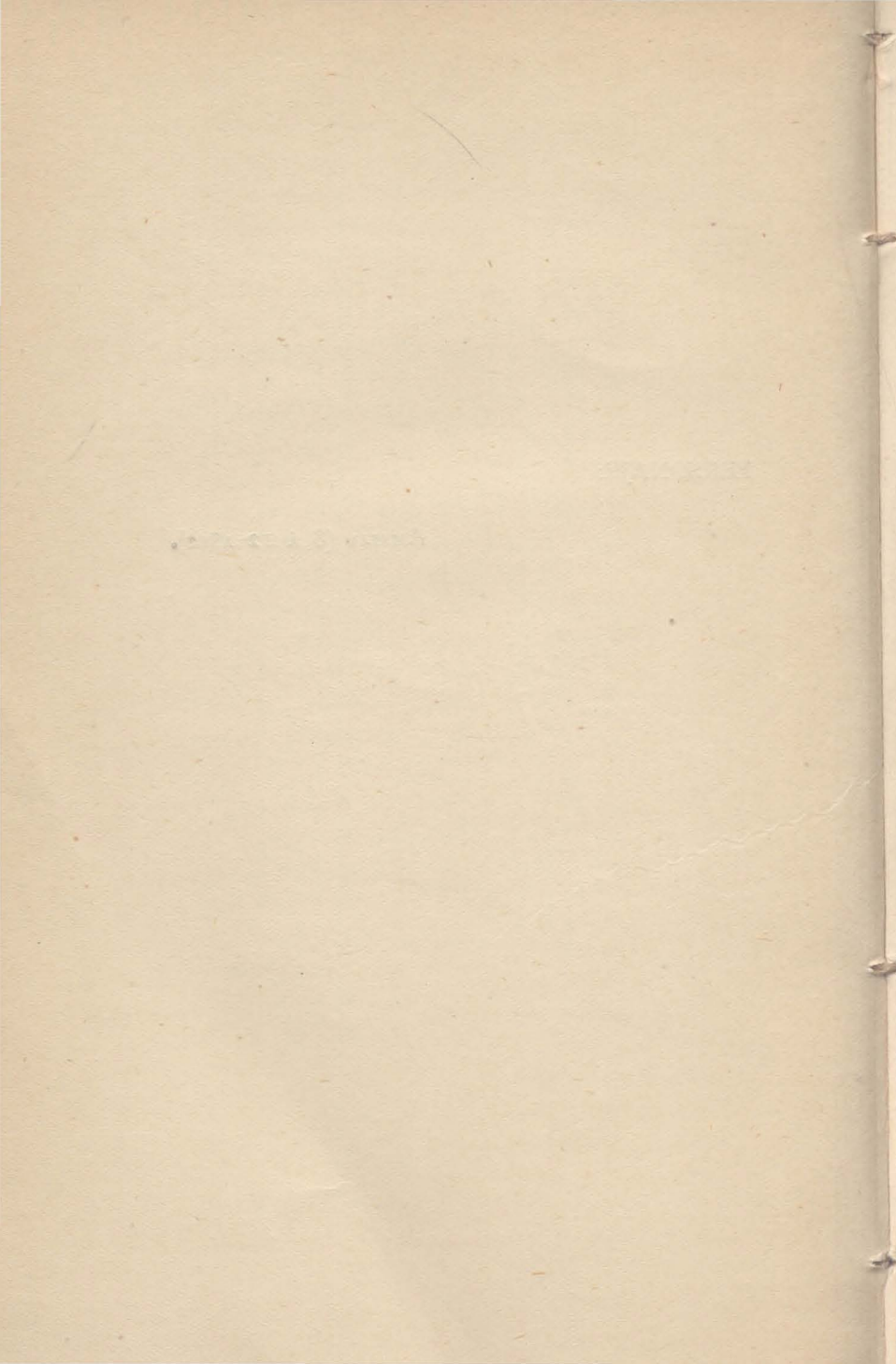
Garth Davis

Author

Peter J. Davis

PERSONAJE:

AMALIA (8 Á 12 AÑOS).



CARTA PARA MAMÁ

Monólogo original de Pedro J. Solas.

AMALIA: *sentada ante una mesa en disposición de escribir, pero demostrando indecisión como si no supiese qué expresar en la carta.*

«Amada mamá»... Lo menos
ha media hora que está escrita
esta frase, y no he podido
continuarla todavía.
¿Por qué?... ¡No puedo explicarlo!
Bien sabe ella que su hija
la adora con toda el alma...
¡Cómo no, mamá queridal...
Mas, aunque lo sepa, debo,
según ofrecí, escribirla,
y... ¡no sé lo que me pasa!
pero me veo perdida,
sin acertar a expresarme
cuando tanto he de decirla.
(*Deja la pluma y se dirige al proscenio.*)
Vamos a cuentas, Amalia.
¿No es natural que le digas

a tu mamá lo que aprendes,
lo que sabes, lo que ansías,
lo que recuerdas, lo que amas,
lo que tu gozo motiva,
y también lo que te apena,
y lo que a llorar te obliga?...
¡Sí! Es natural. Pero tomo
la pluma muy decidida,
y no se me ocurre nada,
y no acierto qué escribirla,
y ahí está el papel en blanco,
y yo aquí, tan aburrída. (*Pausa.*)
¡Y no pasa de hoy! La escribo,
poco o mucho..., pero escrita
ha de quedar hoy la carta.
¿Qué he de hacer sino escribirla?
Voy a ver si se me ocurre
algo...

(*Vuelve a sentarse junto a la mesa y a disponerse a escribir.*)

¡Tanto la diría!...

«Amada mamá»: (dos puntos) (*Escribe.*)

«No es posible que te diga

» todo lo que se me ocurre;

» pues, de intentarlo, tendría

» que emborronar muchos pliegos.»

(Punto y aparte). «Las niñas

» me quieren mucho y me alegran;

» pero ¡ay! paso algunos días

» muy tristes, cuando me acuerdo

» de tus amantes caricias

» y no te veo a mi lado...» (*Dudando.*)

Casi estoy por no decirla

esto, no vaya a apenarse... (*Finge pensar.*)

Pero, no. ¿Por qué una hija
no ha de acordarse con pena
de su mamá ausente?... «El día (*Escribiendo*)
»que me saques del colegio,
»va a enloquecerme la dicha;
»y eso que estoy muy contenta
»al lado de mis amigas,
»y que nos queremos mucho».
¡Ya he llenado una carilla! (*Doblando el pliego.*)
Y ahora, antes que se me olvide,
le voy á pedir noticias... (*Escribe.*)
«Me acuerdo también del loro,
»y del gato, y de la *Linda*,
»y tengo ganas de verlos:
»¿se acordarán de su amita?
»No te olvides de decírmelo
»la vez primera que escribas».
¿Y qué más? (*Pensativa.*) A ver si en esto
hay faltas de Ortografía.

(*Hace que lee todo lo que ha escrito.*)

¡Ninguna! Estoy satisfecha.
Yo sé que mamá se fija
en todo, y que ha de alegrarse
al ver que no uso falsilla,
y de que mi letra es clara,
y de que no echo mentiras.
¡Adelante! Es fuerte cosa
esta de que, al escribirla,
no recuerde lo que quiero!... (*Pensando.*)
¡Ah, ya sé! (*Escribe*) «Mamá querida:
»sabe que soy la primera
»de Historia y Geografía;
»y que en la clase de solfeo

»estoy ya junto a Felisa,
»y que si no tengo el número
»uno, es porque ha cuatro días
»solfeé por insolente
»y descortés a una niña,
»y que, por cierto, buen rato
»me tuvieron de rodillas:
»todo por llamarme *sosa*».

(*Dudando.*)

Esto último no debía
escribirlo... pero... el caso
es que ya está...

(*Deja la pluma y adelántase hacia el público.*)

Una chiquilla

que ha poco vino al colegio,
muy tonta y muy presumida,
dió en la gracia de burlarse
de todas las más antiguas,
y hasta de ponernos motes.
Yo me hice la distraída
al principio, procurando
evitar un choque. Elisa
—que así es como ella se nombra—,
cada vez más agresiva,
tuvo el valor de llamarme
sosa, porque no quería
jugar con ella; y entonces
fué cuando hube de decirle
que eso de poner apodos
mala educación indica.
Ella intentó propasarse;
yo empujéla; y con su silla
cayó al suelo; a grandes voces

lamentóse... Algunas niñas,
asustadas por los gritos,
huyeron despavoridas,
y vino la Directora
y se enteró de la riña,
y, mostrándose muy grave,
me hizo poner de rodillas.
¡Eso ha sido todo! Pero
¿quién en una carta explica
tanta cosa?... No he debido

(*Pesarosa*)

escribir nada. Yo misma
me estoy buscando un disgusto,
pues mamá, cuando reciba
la carta, creerá más seria
cuestión que fué tan sencilla
y... ¡Voy a hacer otra carta!

(*Se dirige hacia la mesa, toma la carta y hace como que va
á rasgarla, pero se contiene.*)

¡No! Mejor es que su hija
la verdad de lo ocurrido
sin más ambages la diga,
que no dejar que lo sepa
por los extraños. (*Lee para sí lo escrito.*)

(*Enérgica.*)

Creería

que la escribía lo grato,
y que, hipócrita y mezquina,
la ocultaba lo mal hecho...
¡Nada, nada! Ya está escrita
la verdad, y no reformo
ni una palabra.

(*Toma la pluma y dispónese a seguir escribiendo.*)

«Tendría

- » un pesar si te enfadases
 - » por lo hecho, pues a la niña
 - » en cuestión no causé daño,
 - » aun estando yo ofendida»...
- Y ahora vamos a otra cosa.

(Finge pensar por un momento.)

¡Ah, sí! «Dos malas noticias: *(Escribiendo.)*

- » Aquella muñeca grande,
- » tan elegante y bonita,
- » que me regalaste ha poco,
- » con motivo de mis días,
- » se ha transformado en horrible
- » fenómeno, pues *Colita*,
- » el gato negro, el más malo,
- » yo no sé qué fechoría
- » ha hecho. Pero la otra tarde,
- » cuando fuí a buscar con Luisa
- » mi muñeca, la encontramos
- » roto el traje, desprendida
- » la peluca, y con la cara...
- » mal oliente y nada limpia.
- » Rompí a llorar viendo aquello
- » y, ayudada por mi amiga,
- » traté de arreglar el daño...
- » ¿Arreglarlo? ¡Sí, sí, hija!
- » ¡No fué mal arreglo!... El agua
- » sin duda mezcló las tintas,
- » y aquella muñeca rubia,
- » tan encantadora y linda,
- » convirtióse en un zapato...
- » ¡Qué horror!... Por el agua misma
- » debió de reblandecerse

»el cartón, y... ¡ay, mamá mía!
»la que fué cara preciosa
»quedó al punto convertida
»en un volumen informe...
»¡Lo que es si cojo a *Colita!*...»

(*Da la vuelta al papel.*)

Ya llevo escritas dos planas...

Vamos con la otra noticia,

(*Escribe.*)

«Bueno, pues a consecuencia
»de lo expuesto, le tenía
»una rabia atroz al gato,
»y lo mismo que yo, Luisa.
»Y al ir a recreo hallámosle
»tan campante, el otro día,
»y, sin decirnos palabra,
»Luisa ni yo, ambas, movidas
»por unos mismos deseos,
»quisimos una tollina
»propinarle. El bribonazo
»dió un salto y buscó en la huida
»su salvación. ¡Qué desastre!...
»Refugióse en la cocina
»y...» (*Dejando de escribir.*)

No puedo remediarlo,
pero me muero de risa
al recordar lo ocurrido.
¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja! Las pinchas,
asustadas, escaparon
dando gritos, sorprendidas
por la presencia del bicho
que, bufando, loco, iba
tirando todo en su escape...

¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja!... (*Vuelve á escribir.*)

«En su prisa

»echó a rodar los cacharros
»y destrozó la vajilla,
»y armó una marimorena,
»que en todo el resto del día
»cesó.—¡Flojo pelotazo
»en el lomo le dió Luisa!...—
»Bien. Pues los cacharros rotos
»los pagarás tú, mamita,
»porque, sabida la causa,
»la Directora en seguida
»nos llamó, y yo, que profeso
»santo horror a la mentira,
»conté la verdad del caso.
»Con que ya estás advertida
»de todo. No me regañes,
»te suplico, cuando escribas,
»pues el culpable de todo
»fué el gato negro, *Colita*».

(*Deja de escribir y finge que piensa.*)

¿Y qué más?... ¡Ya van tres caras!

(*Dando la vuelta al pliego.*)

Pues ahora la despedida. (*Escribe.*)

«Y adiós, mamá. No me olvides,
»y a ver si cuando me escribas
»me anuncias que hemos de vernos
»pronto. Besos y caricias
»te envía con toda su alma
»y su corazón, tu hija,
»Amalia.» Y ahora la rúbrica...

(*Va a tomar la tinta con la pluma y finge, al ir distraída a rubricar, que cae un borrón.*)

¡Pumba!... ¡Un borrón!... ¡Y cuando iba a cerrar la carta!... ¡Vamos!

¡Será desgracia la mía!...

(Pausa. Durante un momento contempla silenciosa el borrón, y luego se lleva el pañuelo a los ojos como para enjugar las lágrimas que simula verter en silencio.)

¡Anda, pues ahora una lágrima!...

¿Qué hacer?... ¡Y esto no se quita!...

(Como si hubiese hallado una solución.)

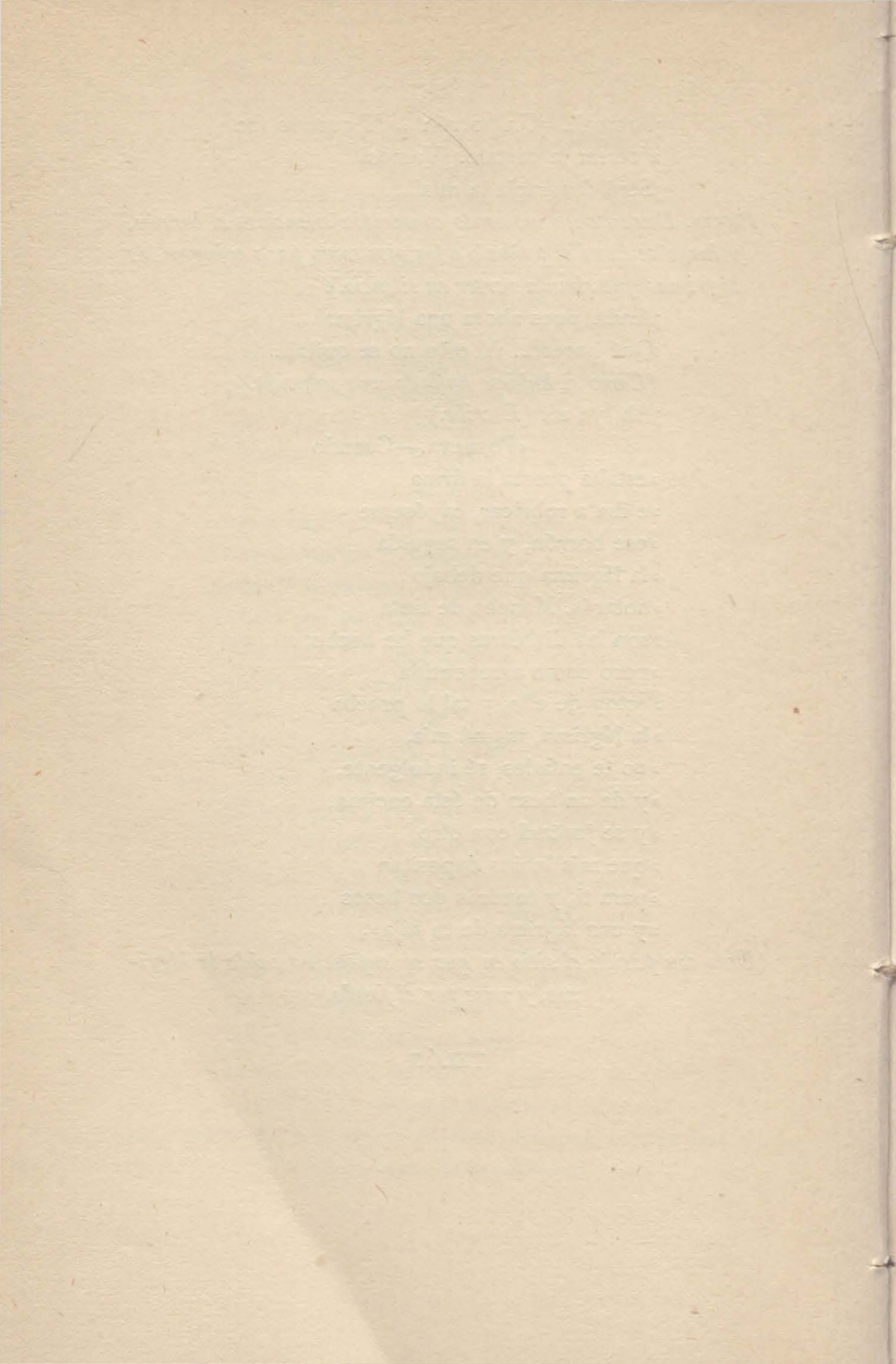
¡Ah, ya sé! *(Escribe.)*

«POSDATA.—Cuando

- » estaba puesta la firma
- » e iba a rubricar, cayóseme
- » ese borrón, y en seguida
- » la lágrima que debajo
- » notarás. Mancha de tinta
- » son las diabluras que he hecho;
- » pero como arrepentida
- » estoy de ello, y tal lo prueba
- » la lágrima, mamá mía,
- » no te enfades, sé indulgente,
- » y da un beso de ésta encima,
- » y se juntará con otro
- » que mis labios depositan
- » para ti, y tendrás dos besos
- » y una lágrima de tu hija».

(Besa con pasión el sitio en que se supone ha caído la lágrima, y vase por el fondo.)

TELÓN



Papeles son papeles.

Reducción del monólogo de

D. MIGUEL RAMOS CARRIÓN

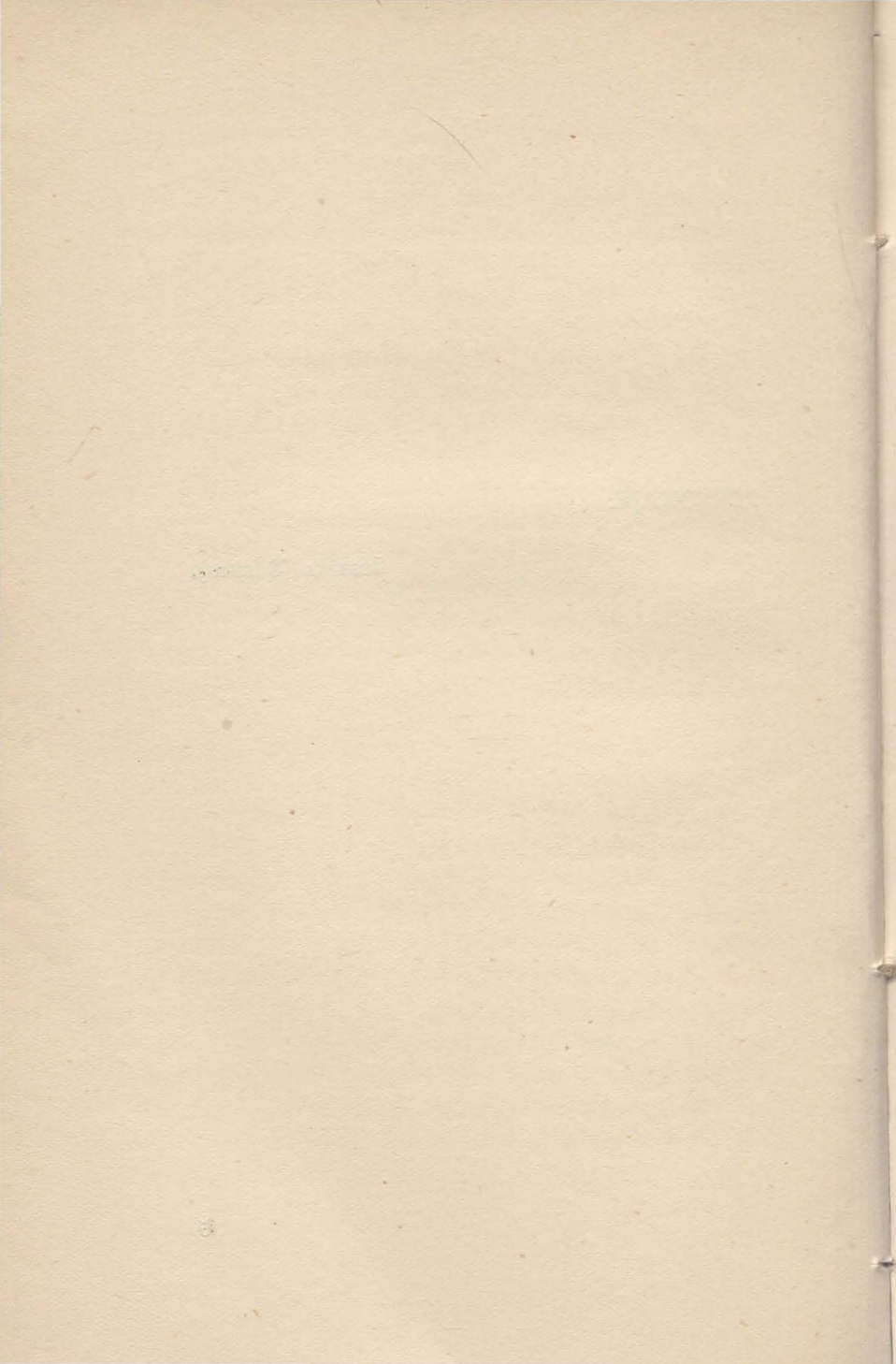
1 / Países son países.

El autor no se responsabiliza de los errores.

D. MIGUEL RAMOS CARRIÓN

PERSONAJE:

IUSTINA (8 AÑOS).



PAPELES SON PAPELES

Reducción del monólogo de D. Miguel Ramos Carrión.

ACTO ÚNICO

Despacho elegantemente amueblado. Puertas al foro y derecha. Sillones, sillas, una butaca, y al pie de ésta un taburete.

ESCENA PRIMERA

La escena sola, después JUSTINA. (Oyense las voces de los papás de JUSTINA, que disputan dentro acaloradamente.)

EL.—¡Te digo que no estoy dispuesto a tolerarlo!

ELLA.—¡Ni yo!

EL.—Estás buscando un escándalo y lo vas a tener.

ELLA.—Ya estoy acostumbrada a ellos.

EL.—¡Imprudente!

ELLA.—¡Infame! (*Llorando.*)

JUSTINA.—¡Papá, por Dios!

EL.—¡Fuera de aquí, niña! ¡vamos! ¡á escapel! ¡A jugar por ahí! (*Arrojando con violencia a JUSTINA hacia la escena y cerrando de golpe la puerta.*)

JUSTINA.—¡A jugar, sí, bonitas ganas tengo yo de jugar! (*Se sienta en la butaca y llora ruidosamente.*)

Mi papá cree sin duda que porque soy una niña no en-

tiendo las cosas, pero sí las entiendo, ¡demasiado las entiendo! (*Acercándose a la puerta.*)

Parece que han acabado de reñir. Sí, ya pasó la tormenta... No se oye nada. Si yo pudiera atisbar por el agujero de la cerradura... No llego. Probaré subiéndome en este taburete... (*Lo coge.*) Esto de curiosar no está bien hecho, pero Dios me perdonará por la intención. (*Se sube y mira.*)

Así, perfectamente. ¡Qué bien se ve toda la habitación!...

Papá se pasea de prisa y con las manos a la espalda, y mamá llora sentada en el sillón y tapándose la cara con el pañuelo. ¡Pobrecita!... Pero, en fin, lo gordo pasó ya. Puedo estar tranquila. (*Bajándose del taburete, que deja allí.*)

Sin embargo, no lo estoy, porque mañana sucederá lo mismo; pasa todos los días. Unas veces por una cosa, y otras por otras, siempre acaban igual: dando voces, manoteando y diciéndose palabras que me asustan.

El otro día cogió mi papá un perro de porcelana que me gustaba mucho, y ¡paf! lo tiró contra la pared. ¡Como si el infeliz hubiera hecho algo!... El pedazo más grande que quedó del perrito, era así... ¡Ay, qué susto me llevé tan horroroso!

Pues, sí, señor, todos los días han de reñir por algo. Y el final siempre es el mismo: mamá es la primera que calla, se sienta y llora; llora mucho, sin hacer ruido y suspirando muy bajito, ¡que me da una lástima!... Papá calla también por fin y empieza a pasearse de esta manera. (*Recorre a grandes pasos el escenario, con las manos atrás.*) Cuando se cansa, sin duda, saca un cigarro, lo enciende, dice ¡hum! y se sienta también, echando unas bocanadas de humo que parece que hay incendio en la casa. Pasa un rato; papá tira el cigarro y se levanta. Unas veces coge el sombrero y sale dando un portazo. Entonces mamá llora muy fuerte y me abraza y me besa mucho.

Otras veces se acerca a mamá y le dice que no hay razón para llorar, ni para ponerse de ese modo, y la consuela, y la mima, y le da un beso en la frente, y entonces acaba todo por irnos los tres de paseo... después de lavarse mamá los ojos para que no se conozca que ha llorado. (*Va a la puerta y presta atención.*)

No se oye nada. Hoy es de los días en que vamos los tres a paseo, como si lo viera. (*Muy alegre.*)

(*Volviendo al proscenio.*) Y eso que la riña ha sido de las buenas; lo menos, lo menos ha durado dos horas. Empezó cuando estábamos tomando el café. Durante el almuerzo no había ocurrido nada de particular. Mamá, sí parecía que estaba triste; pero papá, en cambio, hablaba, hablaba sin cesar, preguntándome una porción de cosas del colegio, de mis amigas y de mis labores, y se reía mucho de las cosas que se me ocurrían. ¡Pocas veces le he visto tan contentol

De pronto, se le ocurre decir con la voz muy suave y haciéndole a mamá así en la cara (*Indicando una caricia*): «Hija mía, lo siento muchísimo; pero hoy no como con vosotras». Mamá se calló, haciendo un gestito de disgusto. «Pues, sí, continuó papá: me han convidado. Es un compromiso que no he podido evitar. Nos reuniremos para tratar de las elecciones... ¡malditas elecciones!» Mamá seguía callando, y con la cucharilla del café daba golpecitos en la mesa. «Si por casualidad me retrasara en venir esta noche, añadió papá, no estés con cuidado ¿eh? Ya sabes lo que son esas cosas...»

—Sí, ya sé lo que son *esas cosas*, dijo mamá.—¿Por qué me lo dices en ese tono? preguntó papá, ya un poco enojado.—¡Ay, Carlos, porque no me merezco lo que haces conmigo!—Tengamos la fiesta en paz; ¿qué hago yo?... Entonces mamá, levantándose de pronto, dijo con la voz muy alterada: «He visto esta carta, que por un descuido inconce-

bible ha dejado usted olvidada en su despacho». Mi papá se puso como loco; le arrebató la carta de las manos, la miró, la estrujó luego con rabia y la tiró a la chimenea. Desde entonces los gritos fueron cada vez mayores y se dijeron cosas terribles... (*Muy contenta.*) Pero, en fin, gracias a Dios, parece que ya ha concluído todo, y dentro de poco papá me llamará, como otras veces, para decirme: «Niña, que te vistan y vamos a paseo.» (*Se dirige hacia la puerta por donde salió, y, subiendo en el taburete, atisba por el ojo de la cerradura.*) Mamá ya no llora; papá está sentado a su lado y habla tranquilamente. ¡Gracias a Dios!..... Y le seca los ojos con su pañuelo. Vamos, esto acaba bien.

¡Iremos a paseo! (*Brincando, baja del taburete.*)

VOZ DEL PAPÁ.—¡Justina!... ¡Ven acá!

JUSTINA.—¡Allá voy!... (*Sorprendida.*)

¡Qué susto me he llevado! Esto es que vamos a paseo. (*Entra.*)

(*Dentro.*) ¿Sí?... ¡Ay, qué gustol...

¡Dame un beso, y otro, y otro!... (*Oyense los besos. JUSTINA sale muy contenta.*) No vamos a paseo, sino de viaje. Esta misma tarde nos marchamos a Italia papá, mamá y yo. Me han dicho que mande hacer los equipajes. ¡Estoy contentísimal

¡Este si que es un paseo!...

(*Va a marcharse.*)

¡Bueno... estoy muy apurada!

(*Tornando al proscenio.*)

Pero antes de irme deseo
que me deis una palmada.

(*Vase corriendo.*)

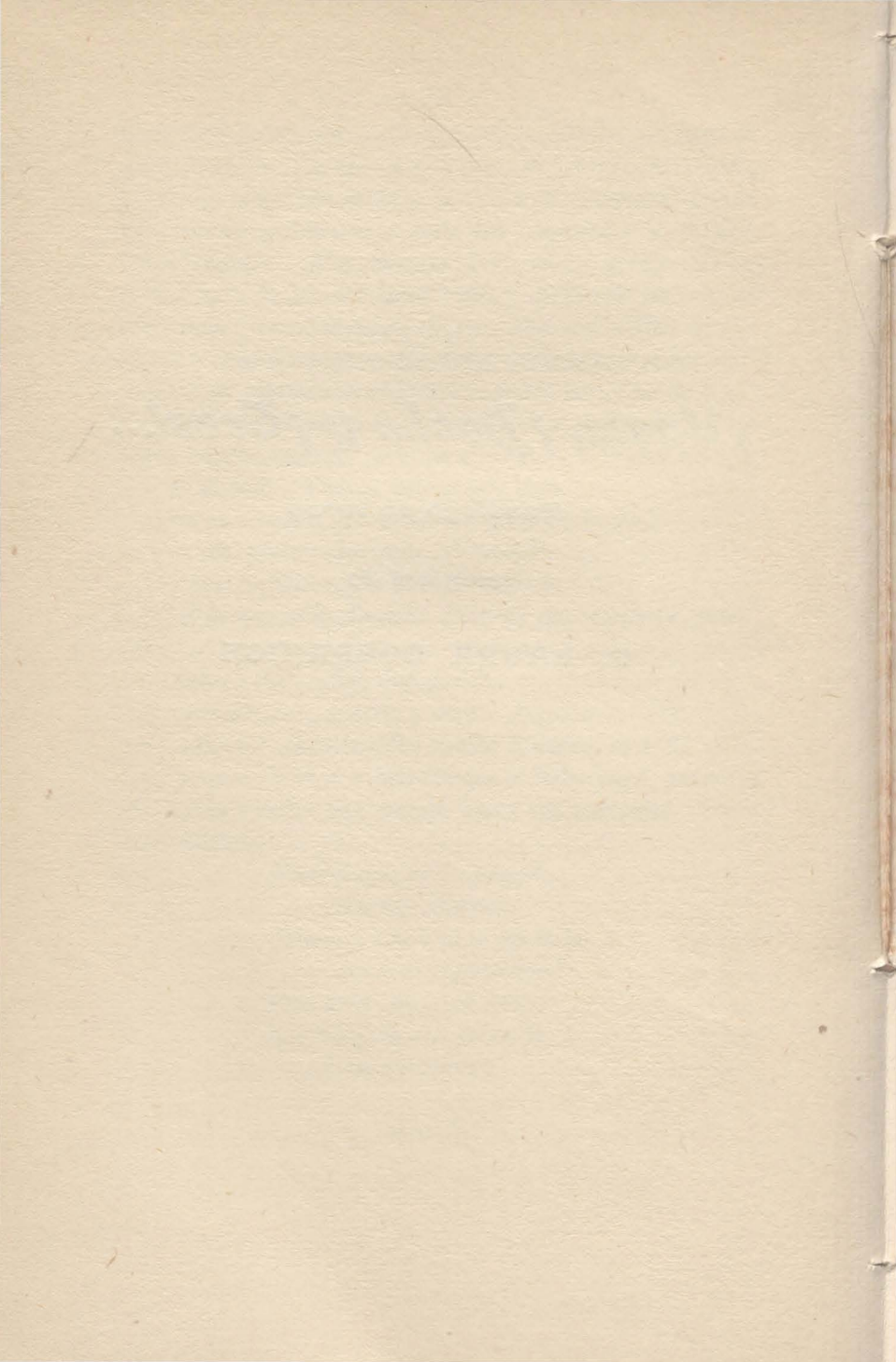
TELÓN

¡Una!... ¡Dos!... y ¡Tres!...

Monólogo en verso

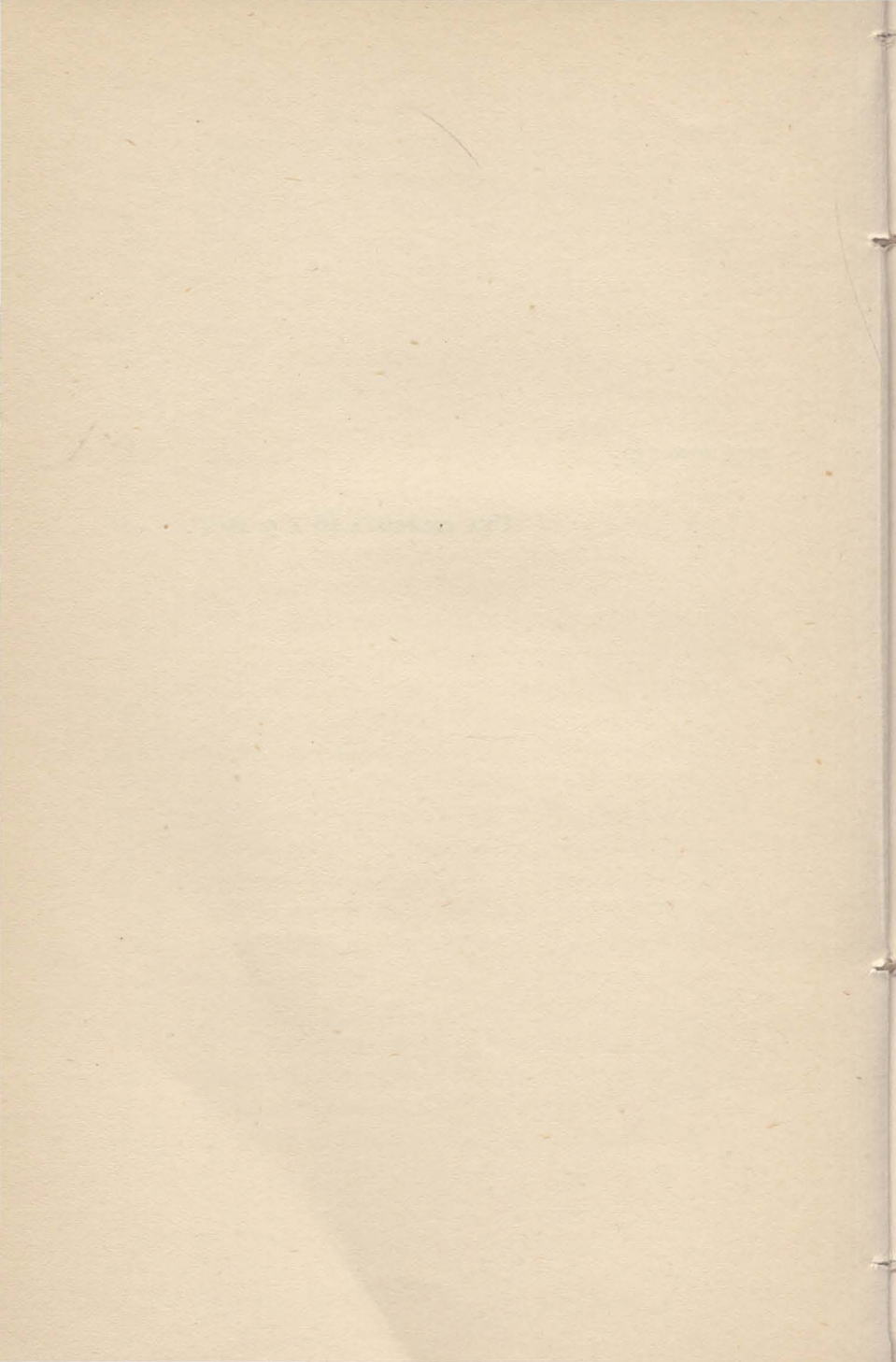
original de

G. LAURA DOBRANICH



PERSONAJE:

UNA COLEGIALA (6 A 9 AÑOS).



¡Una!... ¡Dos!... y ¡Tres!...

Monólogo en verso, original de C. Laura Dobranich.

Decoración, cualquiera, con puertas laterales y al foro.

(Al descorrerse la cortina, aparece en la puerta del foro una colegiala, queriendo desasirse de quienes la empujan hacia el escenario.)

¡Dejadme..., dejadme!...

¡Que no me toquéis!...

¡Allá voy!... ¡Yo sola!...

¡Una..., dos... y tres!...

(Con los ojos cerrados y al decir: tres, se encamina resuelta hacia el proscenio. Una vez en tal sitio los abre de repente, y, al verse ante el público, es tal su timidez, que atina tan sólo a volverse de espaldas a él. Un momento de indecisión. Luego, sin decir ¡Agua val, se encamina con paso rápido, pero sin correr, hacia la puerta del foro, con la intención de tomar las de Villadiego; mas ésta se le cierra en las naricitas, obligándola a permanecer en el escenario.)

¡Ay,... no sé lo que he hecho!...

¡Dejadme salir...

que si aquí me quedo

me voy a morir!

(Corriendo hacia la puerta de la derecha; luego, hacia la de la izquierda, que encuentra también cerrada.)

¡Abridme!... ¡Socorro!
No puedo escapar...
Pues bien; yo me escurro a
donde está mamá.

(Corre en dirección al público, y al llegar al borde del escenario se detiene.)

Esto está muy alto...
No podré bajar...
¡Si yo me animaral...
(Disponiéndose a dar un salto.)
¡Me voy a matar!
Nadie se comide...
Venga usted acá... *(A un espectador)*

Abra usted los brazos,
que voy a saltar...
Si soy livianita...
¿Por qué temerá?
Que voy a aplastarlo
se figurará.
¡Yo aplastar a un hombre!
¿Cómo puede ser!
¡Ja, ja!... ¡Qué valientel... *(Riendo.)*
¡Qué valiente que es!
¡Ja, ja, ja!... ¡qué gracia!
Me alegra saber
que, si os tengo miedo, *(Al público)*
más me tiene aquél. *(Por el espectador.)*
¡Ja, ja!... Ya no os temo.
Me ha animado usted...
No soy tan miedosa,
si vamos a ver...
(Mirando maliciosamente al espectador.)
¿Queréis una prueba?

Pues ya recité...

¿Qué dice el programa?

«¡Unal... ¡Dos!... y ¡Tres!...»

(Hace al público una exagerada reverencia, provocando, sin duda, algunos aplausos, que, sin retirarse, rechaza con gestos expresivos.)

¡No, no, no, no, no!

Eso está muy mal...

Pues, ¿y los juguetes?

¿qué?... ¿no me los dáis?

(Con indignación, a punto de llorar.)

¡Esto es un engaño!

¡Si no puede ser!

La Hermana me ha dicho...

lo tengo que creer.

¡La Hermana no miente!

¡Me las pagaréis!...

(Amenazando al público con la mano.)

Allí está escondida...

¡La voy a traer!...

(Vase resuelta por la puerta del foro. A poco vuelve.)

¡Quiál... ¡Ni a cañonazos!

No quiere venir.

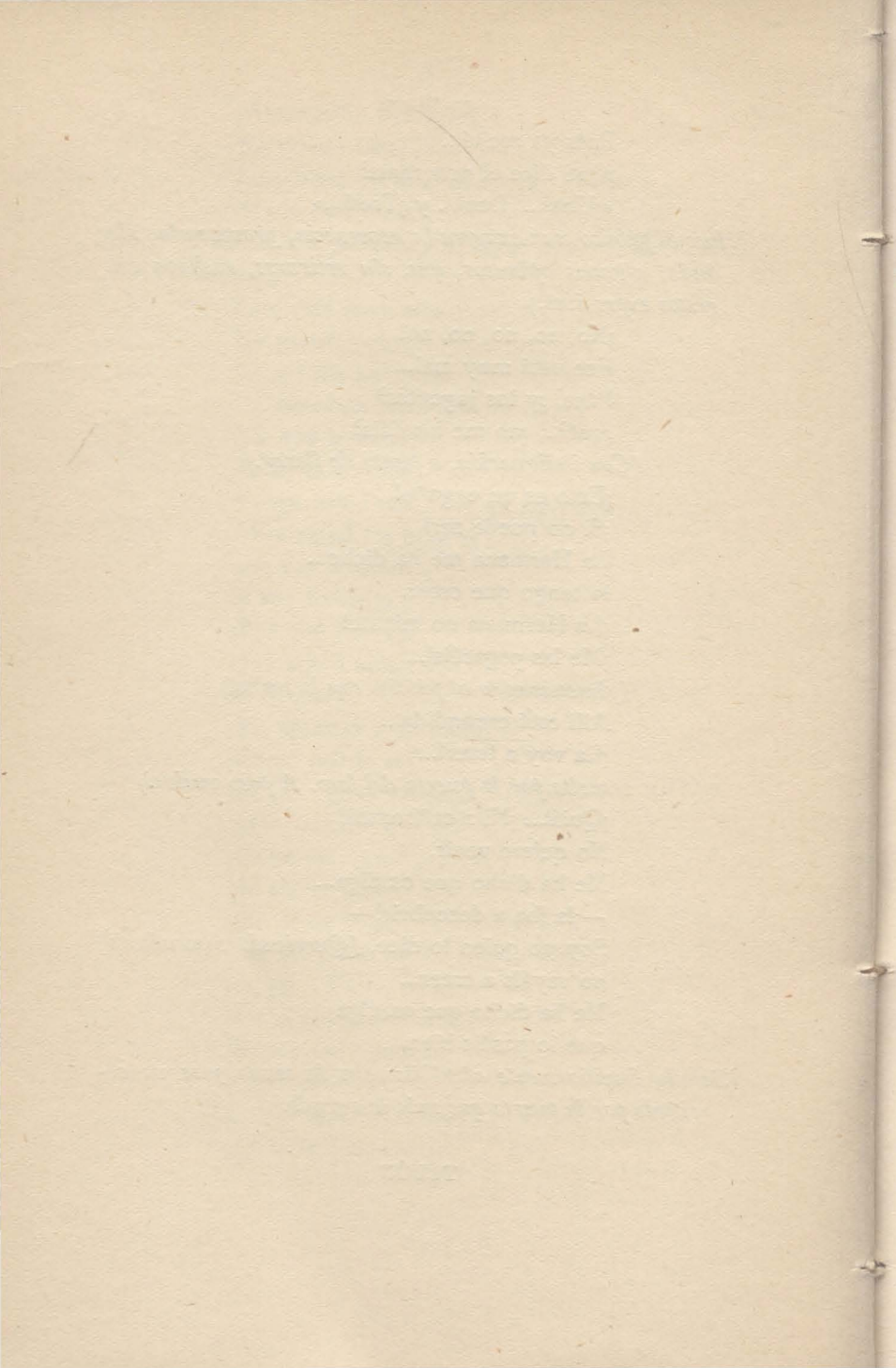
Me ha dicho que os diga...

—¡la iba a descubrir!—

Soy yo quien lo dice, *(Queriendo enmendarlo)*
no vayáis a creer...

Me ha dicho que os diga
que lo paséis bien.

(Saluda familiarmente al público con la mano, y se va corriendo por la puerta que más le agrade.)

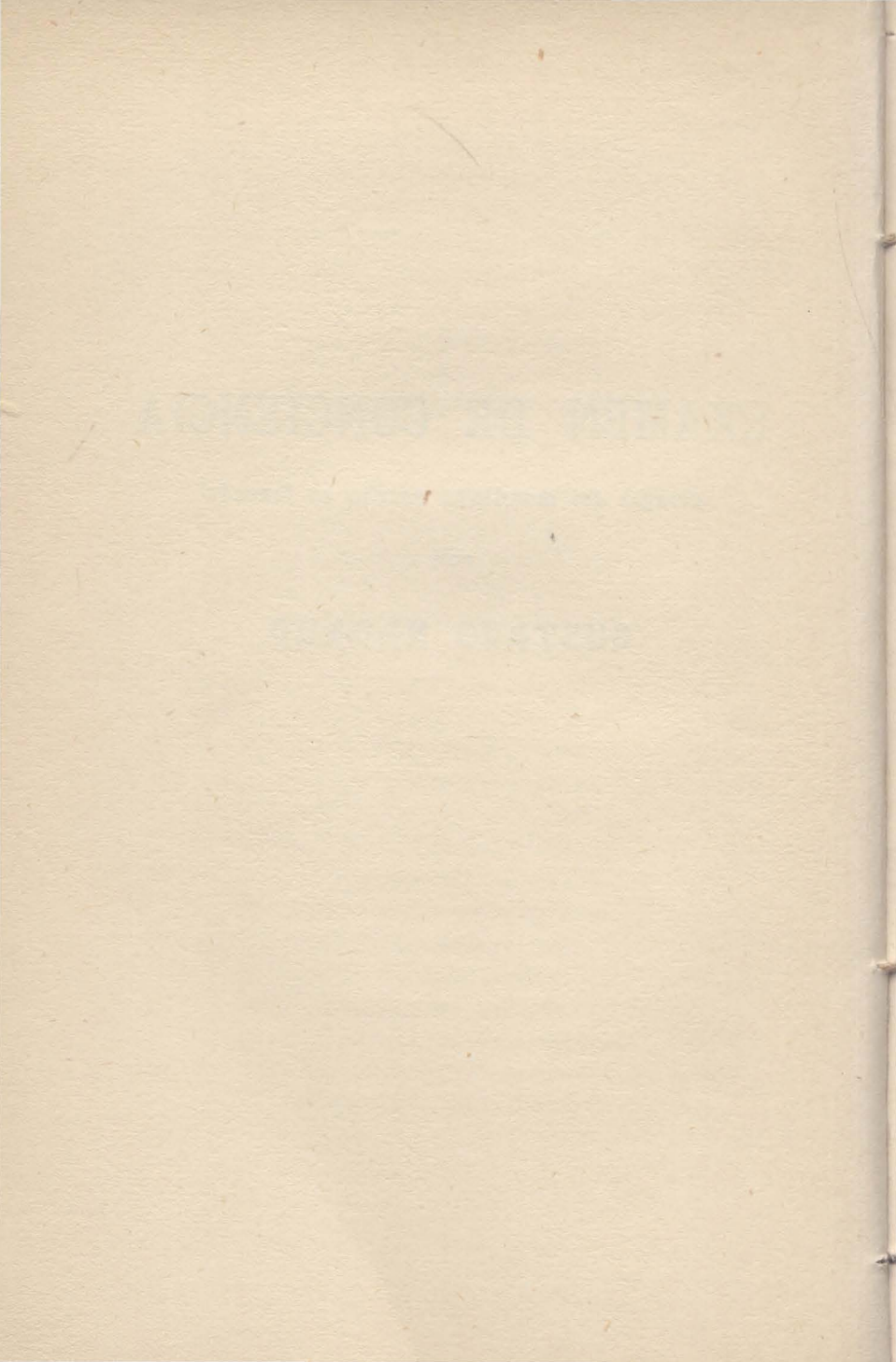


EXAMEN DE CONCIENCIA

Arreglo del monólogo escrito en Francés

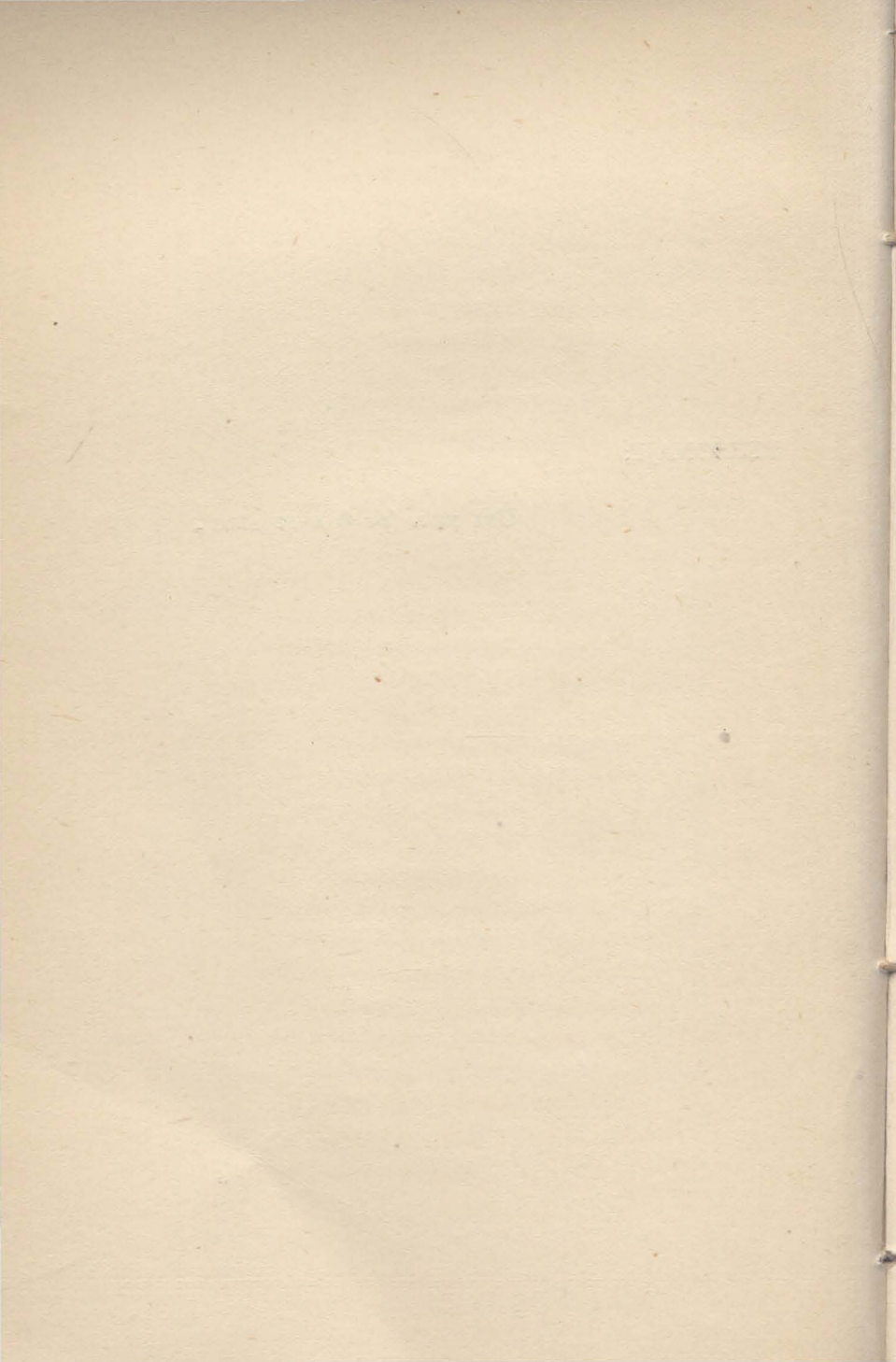
POR

GUSTAVO NADAUD



PERSONAJE:

UNA NIÑA (DE 8 A 12 AÑOS).



EXAMEN DE CONCIENCIA

Del monólogo en Francés, escrito por
GUSTAVO NADAUD

ESCENA ÚNICA

Aposento de una niña. Debe haber necesariamente una cama y un espejo. Es de noche.

LA NIÑA

Bien sé yo por experiencia
que es muy bueno y conveniente
que una se haga diariamente
el examen de conciencia,
pues refréscase nuestra alma
y se duerme en santa calma.

(Pausa, en que repasa su día.)

Levantéme. Hora primera:
Mi plegaria fervorosa
a la Virgen bondadosa.
Bajé luego la escalera,
saludé al viejo don Bruno
y tomé mi desayuno.

Fuí a mi pieza y me arreglé,
y, siguiendo un buen consejo,

poco hablé con el espejo,
¡ni una hora le miré!...
Salí luego con mamá,
saludando a mi papá.

Como estamos en Cuaresma,
yo lo sé por experiencia,
escuché con gran paciencia,
con paciencia de Cuaresma,
un larguísimo sermón
del abate Salomón.

Y, en verdad, una gran cosa
todo aquello ha de haber sido,
pero yo no lo he entendido...
aunque estuve tan juiciosa
que ni hablé, ni me moví,
y... ni sé si me dormí.

Continuemos nuestro día.
Colocó hoy el destino
un mendigo en mi camino,
que imploraba, que pedía
con un tono suplicante...;
pero... yo estaba con guantes

y... tan sucia era su mano,
que... me dió yo no sé qué
y pequé... ¡pequé!... ¡pequé!!
¡Corazón más que inhumano!
Donde hay guantes, en verdad,
muérese la caridad.

¿He pecado por golosa?...
¡Ni por pienso! Mis comidas,
ya por cierto digeridas,
fueron sólo... bondadosas.
Comí fiambres, pastelitos,
ensalada, lechoncitos,

una espléndida tortilla,
y de postre, cinco masas...,
y unos higos..., y unas pasas...
Por la noche, una morcilla,
¡qué morcilla! ¡ay Dios! asada. (*Con deleite.*)
¡Y qué papas! ¡ay! saltadas...

Luego... vino. ¡Muy poquito!
(*Queriendo rememorar.*)
Hubo un plato... algo de seso.
Y de postre, dulce y queso.
Me parece que es bien poco... (*Convencida.*)
(*Golpeándose la frente.*)
¡Ah!... ¡Olvidábame del coco! (*Pausa.*)

¿Se ha mirado usted al espejo?
(*Con naturalidad, se mira al espejo.*)
Quince veces... veinte acaso.
¡Señorita!... paso á paso...
¿Por qué arruga el entrecejo?
¡No se crea usted hermosa
y se ponga vanidosa!... (*Se retira del espejo.*)

Este es punto interesante:
¿Ha mirando usted a algun hombre?...

¡Qué esperanza! ¡Ni un instante!
Con Pepito nos besamos, (*Ingenuamente.*)
pero nunca nos miramos.

En resumen, señorita,
no ha hecho usted ni bien ni mal,
¡tiene un alma angelical!

(*Se dirige hacia la cama.*)

¡Buenas noches, mi camita!

¿Me permites que me acueste?

(*Comienza a desvestirse mirándose al espejo.*)

¡No creo yo que Dios proteste!

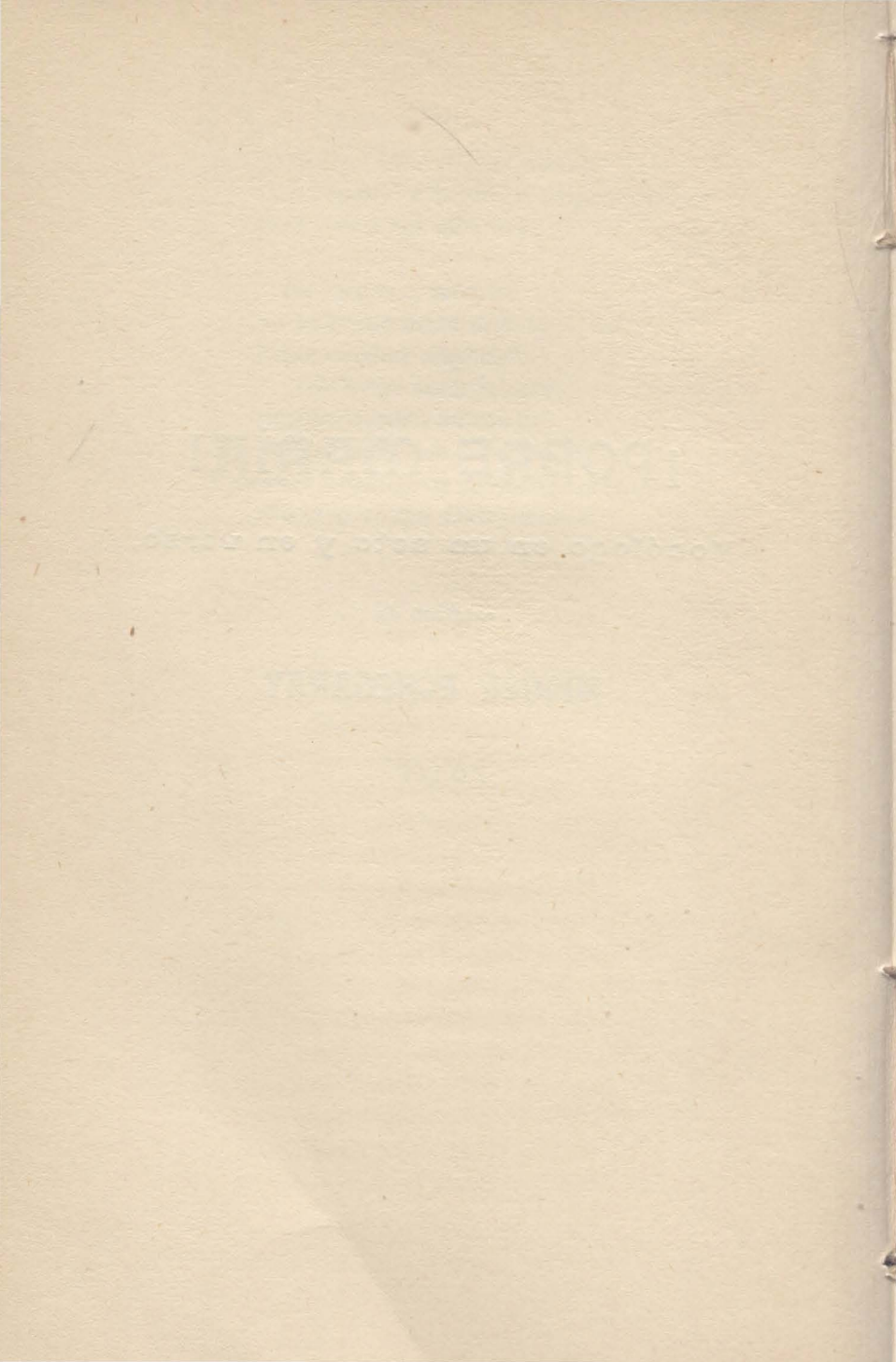
TELÓN

¡POBRE MARÍA!

Monólogo en un acto y en verso,

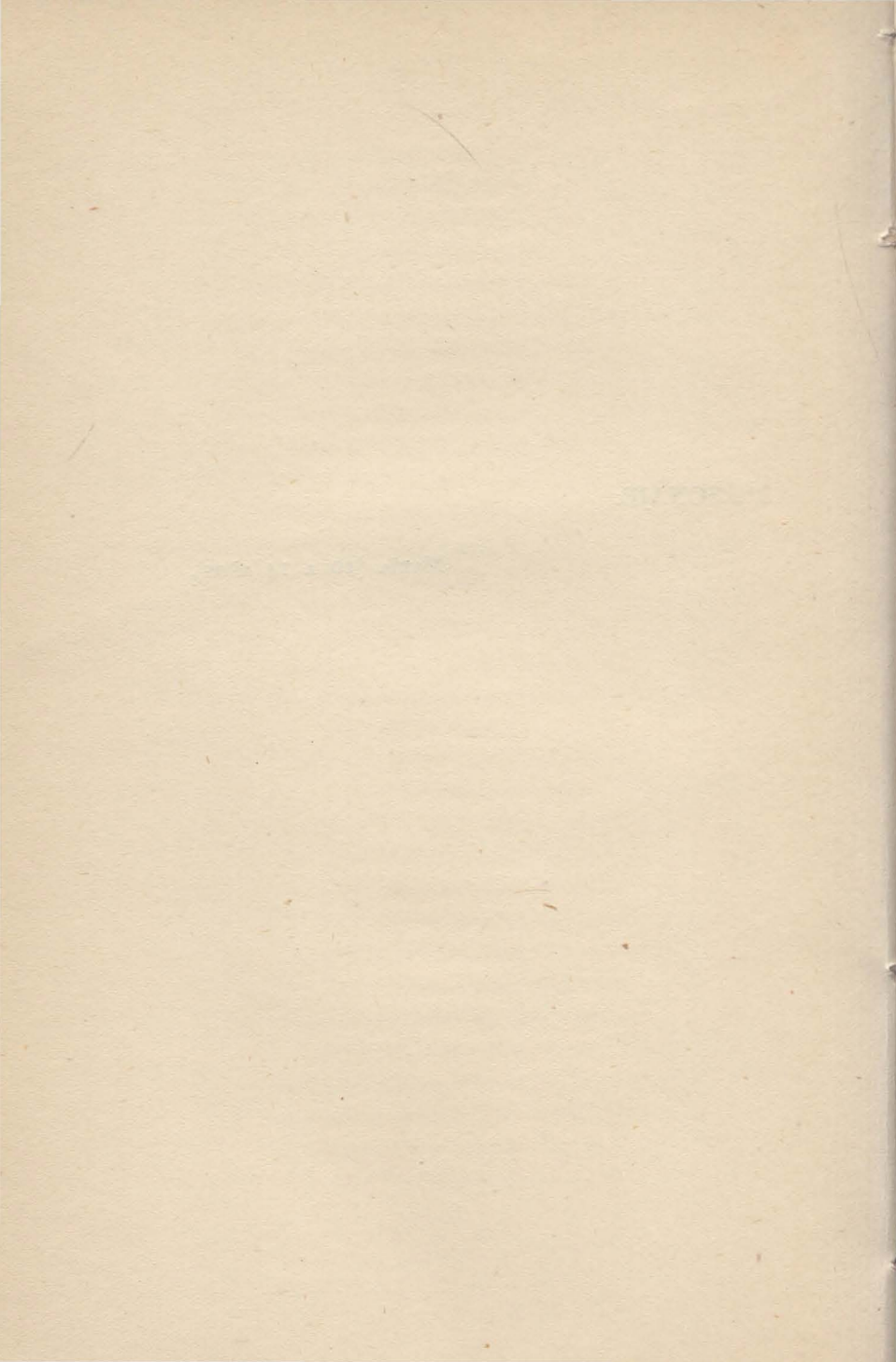
original de

MIGUEL ECHEGARAY



PERSONAJE:

MARÍA (10 A 14 AÑOS).



¡POBRE MARÍA!

Monólogo en un acto y en verso, original de Miguel Echegaray.

ACTO ÚNICO

Una calle: un farol en el fondo: a la derecha una casa sobre cuya puerta hay un letrero. Muy poca luz en la escena.

ESCENA ÚNICA

MARÍA

(Entra recelosa, mirando á todas partes.—Va pobremente vestida.)

¡Cerradas todas las puertas!
¡Esto es una sepultura!
¡Ay! ¡Qué noche tan obscura!
¡Y qué calles tan desiertas!
Corriendo a todo correr
a Madrid la vuelta di,
¿cuál se abrirá para mí?
¿quién me querrá recoger?
Dos horas andando llevo,
y el aliento me faltó.
¿Tendré que volver?... ¡Ay, no!
¡me van a pegar de nuevo!
Y ya he sufrido bastante.
¡Martirizada me tienen!
¡Qué escuchó! ¡Los guardias vienen!

(Huye a un rincón.)

¡Ay, no; pasan adelante!

¡Ay! ¡Gracias a Dios! Llevé
una terrible sorpresa;
me querían llevar presa
hace poco. ¿A mí, por qué?

Esos hombres son muy malos,
ya lo he dicho y lo repito.

¿Cuál ha sido mi delito?
Tener hambre y llevar palos.

Si me atreviese a llamar
a una casa, si me oyeran,
si me viesen, si me abrieran...

¡No me querrán amparar!

Los hay de buen corazón.

¡Animos! ¿Para qué espero?

(Va a llamar y se detiene.)

¡La puerta tiene un letrerol

¿Si será la prevención?

¿Qué dice?... Vamos a ver

A... B... ¡Malditos reflejos!

¡El farol está tan lejos

que no se puede leer!

¡No llamo, no; que será

la prevención!... ¡qué cansada!

¡ni un banco!... ¡ni luz!... ¡ni nada!...

(Se oyen dar las doce.)

¡Las doce!... ¡qué tarde es ya!

¡qué lejos la luz del día!

¡qué frío tan inclementel

¡qué noche tan diferente

a otras noches, madre mía!

(Pausa muy breve.)

Sobre la mesa un quinqué;
papá empieza a trabajar,
y mi madre hace volar
la máquina con el pie.

Un gato en eterna siesta
en mis piernas se hace un lfo,
y yo le llamo «¡hijo mío!»
y el *mirrimiau* me contesta.

Uno hablando, otra cosiendo,
las horas van dando, dando;
mis ojos se van cerrando,
mi cabeza va cayendo.

Mamá de acostarme cuida,
a entrambos les digo adiós,
y dos besos de los dos
me dejan en paz dormida.

Diez horas de sueño nada
son para mí, breve rato,
y me despierta mi gato
jugando sobre la almohada.

Yo llamo, a venir se aprestan,
la puerta abren, se adelantan,
y dos besos me levantan,
los mismos dos que me acuestan.

Entre cantar y coser,
la vida así se pasó;
pero una noche dejó
la máquina de correr.

—¿Por qué mamá no me llama?,
dije llorando a mi padre;
y él me contestó:—¡Tu madre
se muere! Corrí a su cama,
y sobre los yertos broches

de sus labios, con excesos
la pagué todos los besos
que me dió todas las noches.

¡Ya nunca la he vuelto a ver!
Yo lloré la madre mía.

Mi padre... mi padre un día
me presentó otra mujer.

¡Qué ceño! ¡Qué nombre! ¡Andrea!
Alta, delgada, huesosa.
Él me dijo que era hermosa;
yo le dije que era fea.

El me dijo que sería
mi madre... Yo contesté:
—Que era una sola pensé
la madre que una tenía.

El me replicó temblando:
—¡Lo ha de ser y lo será!
¿Cómo? ¡Qué ruido! ¿Quién va?
Son hombres que van tocando.

*(Se oye a lo lejos rumor de algunos hombres que van tocando
con las guitarras.)*

Me dan miedo esos cantos.
¡Siento aquí un peso!
De mi padre en la boda
cantaban eso.
¡Gran boda era,
de fijo más alegre
que la primera!

¡Qué gresca! ¡Qué contento!
¡Cuánta alegría
yo sola, acongojada,
no me reía.

Y uno me dijo:

—¿Por qué lloras? Tu eres
tonta, de fijo.

Uno cantó primero
y otros en coro:

—¡Viva la novia, viva!
que es un tesoro.

Y yo decía:

—¡Ay, madre de mi alma!
¿Quién lo diría?

Mi padre iba, venía
y hasta bailaba.

Yo, asombrada y medrosa,
le contemplaba.

¡Qué maravilla!

¡Yo era el hombre ya de años
y él la chiquilla!

Por fin, todo acabóse,
todos se fueron:

por la calle sus gritos
nos despidieron.

Solos quedamos

y los tres silenciosos
nos contemplamos.

—Ven, abraza a tu madre,
dala los brazos;

pero yo no quería,
ni hecha pedazos.

—¡Tú estás en babil
y me llevó por fuerza
lleno de rabia.

—¡Adiós, hijo! me dijo,
y quedo... ¡hijastra!
¡Adiós, contesté, madre!
luego... ¡madrastra!
dije bajito;
y me abrazó tan fuerte
que yo di un grito.

Tras día tan alegre
llegó otro día:
mi padre, al poco tiempo,
la conocía.
¡Qué matrimoniol
¡Estábamos casados
con el demoniol

Todo el día, furiosa,
nos insultaba:
yo callaba, y mi padre,
también callaba.
¡Que humor, qué modos!
ella gritaba sola,
pero por todos.

Busqué un día a mi padre,
le hallé llorando
en su cuarto, y a solas
consigo hablando,
con su conciencia.
Yo me acerqué, y decía:
—¡Qué diferencial

Me senté en sus rodillas.
Con mil excesos

procuré consolarle
dándole besos.
Le dije:—¡Padre!
no hay más que una, ¿lo has visto?
¡sólo una madre!
(*Llora; pausa breve.*)

Mi pobre padre murió
consumido lentamente,
y quedamos frente a frente
y a solas la fiera y yo.

—Ahora vas a respetarme,
me dijo, hablando muy quedo.
Después me miró... ¡Qué miedo!
¡qué manera de mirarme!

A la otra mañana, ya
cantaba. Yo me enfadé,
y dije:—No cante usted,
que se ha muerto mi papá.

Se puso como una arpía;
y con un palo muy grueso,
me pegó un golpe en el hueso
que llaman de la alegría.

¡Qué nombre, Dios de Israel!
¿Quién habrá que no se asombre!
Al que le puso ese nombre
no le pegaron en él.

Desde entonces, la villana,
me maltrató cuanto pudo;
era su primer saludo
de madre por la mañana.

Me pegaba a troche y moche,
de su furia haciendo alarde:

me pegaba por la tarde,
me pegaba por la noche.

Hasta llegarse a cansar,
en sus golpes no cesaba,
y la vecindad temblaba
escuchándome gritar.

Loca esta noche la vi:
cansada de padecer,
di un salto y eché a correr.

Salió a la calle tras mí,
gritando:—Ven, sér ingrato,
verás como te corrijo.

—Vete, y no vuelvas, me dijo,
porque si vuelves, te mato.

Yo, que no quiero sufrir,
no pienso más en volver;
pero ¡ay Dios! ¿qué voy a hacer?
¿qué puedo hacer? ¿dónde ir?

*(Entra un hombre, apaga el farol del fondo y sale, dejando
la escena completamente a oscuras.)*

¡Un hombre!

(Corre a un rincón.) ¡Apagó el faroll

¡A oscuras me dejarán!

¡Cuántas horas pasarán
antes de que salga el soll

¡Qué miedo! ¡Noche maldita!

Iré... Si no me pegase...

No voy. ¡Si yo recordase
aquella oración bendita

que mi madre me enseñó
apenas empecé a hablar...

De rodillas y a rezar.

(Da otra vez el reloj)

¡La una! ¡Qué triste reló!
(*Se pone de rodillas.*)

¡Virgen María:
tú, mi consuelo;
tú, madre mía,
reina del cielo,
gala de día,
mira mi lloro,
quiere escucharme,
vé que te imploro,
ven a salvarme,
que yo te adoro,

Perdida, echada,
sola, sin madre,
desesperada,
no tengo padre
¡no tengo nada!
Por el que un día
murió en la cruz,
un rayo envía,
¡luz! ¡Mucha luz!
¡Virgen María!

(*Un rayo de la luz de la luna ilumina de repente la escena, va a dar en la casa de la derecha y deja leer distintamente el letrero colocado sobre la puerta, que dice: «SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS NIÑOS».*)

¡Qué ve! ¡Cielo divino! (*Se levanta.*)
¡Qué claridad! ¡Qué fortuna!
¡Salió un rayo de la luna
para alumbrar mi camino!
(*Se fija en el letrero.*)

Mas, ¿qué dice allí? ¿qué veo?
¡Ahora puedo leer, ahora!
¡Sí...! «¡Sociedad protectora
de los Niños!» ¡Eso leo!
¡De los Niños! ¡Dice así!
En mis buenos ojos fio.
Ese letrero ¡Dios mío!
¿lo habrán puesto para mí?
¡Qué fortuna! ¡Qué alegrón!
¿Conque ahí los niños están?
Voy a llamar. ¿Me abrirán?
(Intenta llamar, pero no alcanza al aldabón.)
¡Si no alcanzo al aldabón!

Si esta casa bendecida
a niños se destinaba,
¿por qué al hacer esta aldaba
no nos tomaron medida?
¿Qué hacer? Gritar... Sí, señor;
aunque alguien después me riña.
¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Una niña
abandonada! ¡Favor!...

¡Nada escucho! ¡Todo en calma! (Oyendo.)
¡Pasos! ¡Abren! (Se abre la puerta.)
¡Voy de un vuelo!
¡Dios te bendiga en el cielo,
madre mía de mi alma!

(Atraviesa la escena corriendo, y entra en la casa. Cae
el telón.)

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

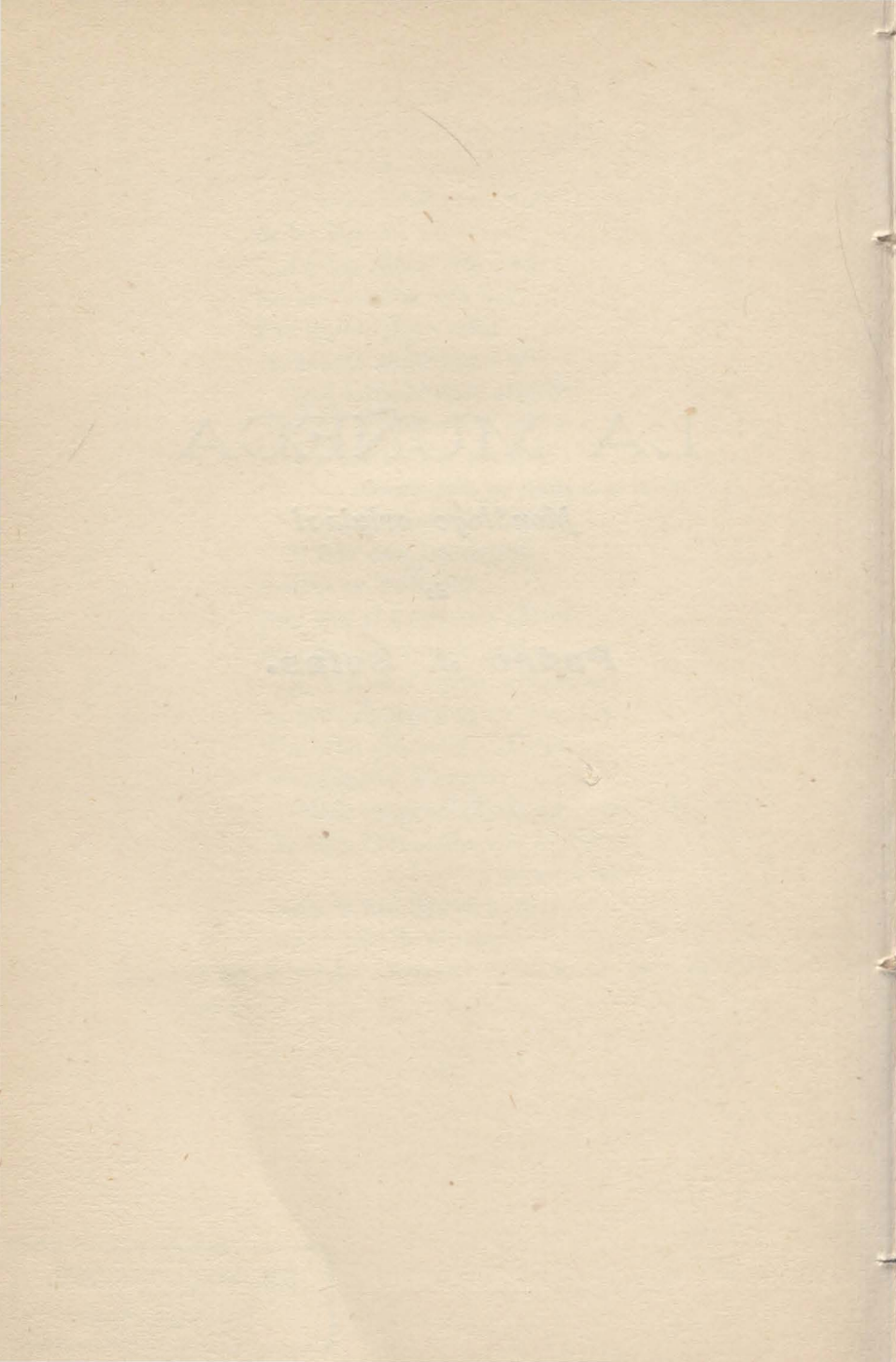
LA MUÑECA

Monólogo original

de

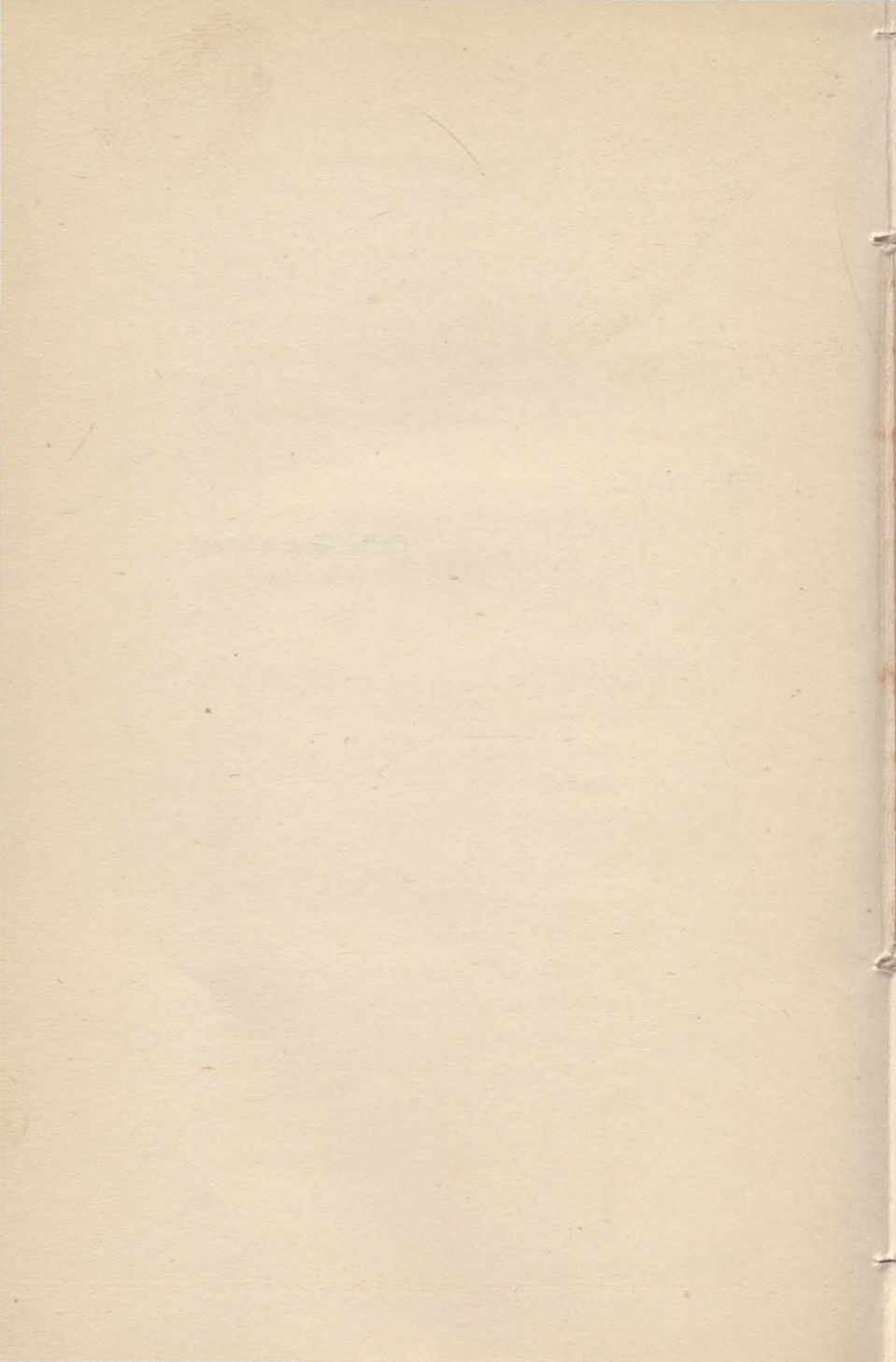
Pedro J. Solas.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



PERSONAJE:

CELIA (6 A 9 AÑOS).



LA MUÑECA

Monólogo original de Pedro J. Solas.

Cuarto destinado a los juguetes de CELIA. En el suelo, sobre sillas, bancos o una mesa, diversos juguetes: pelotas, aros, combas, cocinita, casa de muñecas, flores artificiales, un bastidor, etc., etc. En primer término una cama de juguete, sobre la que está echada una muñeca grande. Al levantarse el telón aparece por el fondo CELIA.

¡Vaya! a jugar un poquito
en tanto duerme la siesta
mi abuelita. Porque luego,
en seguida (¡el tiempo vuela!)
tendré que coger la bolsa
de la labor, y, sin pérdida
de momento, ir escapada
al colegio. Es mucha tecla
esto de que, por ser niña,
has de ir, quieras o no quieras,
a pasar el día entero
encerrada en una escuela.
Pero dice mi abuelita
que es necesario que aprenda
a ser mujer de mi «casa»,
y cuando lo dice ella,
bien sabrá por qué lo dice,
que bien me quiere mi abuela.

(Dirigiéndose a la muñeca.)

Vamos a ver, señorita,
¿está dormida o despierta?

(La toma en brazos, y la acaricia y habla y mueve como si realmente fuera una niña la muñeca.)

¡Alma mía! ¡Cómo duermel!...

¡Pues ni un gusano de seda
duerme tanto!... ¡Vaya, vaya!

¡Que ya es tarde, rica! ¡Nenal

(Besándola con extremado cariño.)

¡Cariño mío!... ¡Ay, qué mona
y remona es mi muñeca!...

Ahora va a rezar mi niña,
antes de ir a la escuela,
porque Dios nunca abandona
a las niñas que son buenas.

¡Cuántos días mi abuelita,
al par que conmigo reza,
llora pensando en mi madre...

(¡Yo no llegué a conocerla!)

y me aflige con su llanto,
y me hace llorar con ella!...

¡Madre!... ¡Qué dulce palabra!

Yo no sé lo que se encierra
en ella, pero ¡es tan hondo
el sitio hasta donde llega!...

(Indicando el pecho.)

¡Nenita, a rezar conmigo
para que Dios nos proteja!

¡Vamos, no seas perezosa,
que es pecado la pereza!

¡Qué ojos tan bonitos tienes!...

¡Rical... ¡Monal... ¿A que no aciertas

lo que vas a estrenar ahora?
Ya verás qué bien te sienta.
¿Quieres saberlo? ¡Impaciente!
¡Habrás visto coquetas
como las niñas del día!...
¡Señor!... ¡Qué chiquillas éstas!...
Cuando yo era de tu tiempo,
ni curiosidad siquiera
sentía, si alguien me hablaba
de regalos. En mi época
nos educaban de un modo
de que hoy no se tiene idea.
Pero el tiempo pasa. Vamos
a practicar la limpieza
debida. Ya sabes, hija,
que las personas de buena
educación son muy pulcras.
Conque... a lavarse sin pérdida
de momento, no te enfríes
estando así, tan ligera
de ropa, y tengamos luego
que sentir por tu pereza.

(Acercas una jofaina sin agua, y un paño, y hace lo mismo que dice.)

¡No, no está fría! Da gusto
lavarse con agua fresca:
no hace arrugas en la cara
y los sentidos despierta.
¿Vés qué gusto da? Ese cuello,
lo mismo que las orejas,
está llamando a la esponja...
¡Ajajá!... Cuantos te vean
tan sonrosada y tan guapa,

dirán: «¡Qué niña tan bella!
¡qué colores tan hermosos!
¡Qué limpia! ¡Da gusto el verla!»
¿Ves, encanto? Ya está hecho.
Ahora... ¿Qué es lo que estrenas?
Creí que no te acordabas.
Tienes razón, hija mía.
¡Vaya, lo ofrecido es deuda!...
Pues, ¡es un vestido nuevo!...
¡Qué alegríala... ¿eh?... ¡Qué contenta
te pones!... ¡No seas local!
¡Jesús, qué chiquilla ésta!
¡Si me va a comer a besos!...
¡Basta ya, que me despeinas
y hoy espero una visita
de muchísima etiqueta!...
¿Cuándo sabrás tu peinarte
solita?... (*Hace que la peina.*)

Así no se enredan
los cabellos y están limpios
y suaves como la seda...
Ya estás peinada... A vestirme
el traje nuevo. (*La viste.*)
¿Te alegra?
Pues cuando vistas de largo
ya verás tú, coquetuela.
Por supuesto que... hasta entonces
ya habrá llovido... ¡A ver, nena!
A rezar, no se te olvide...
Arrodíllate. Comienza
por dar gracias muy rendidas
a Dios, que piadoso vela
por sus pobres criaturas,

y luego pide que sea
nuestro guía y no permita
que desmayen nuestras fuerzas
ni a la tentación cedamos.
Anda, Celia mía, reza
en tanto que yo dispongo
tu desayuno.

*(Coloca la muñeca sobre una silla y finge hacer el desayuno
en la cocina.)*

¡Qué pena
debe ser la de los padres
que a sus hijos no puedan
dar el pan de cada día!...
¡ni unas sopitas siquiera!...
¡Dios nos libre de ese trance
tan cruel!... ¡Reza, hija, reza,
que la oración y el trabajo
ahuyentarán la miseria.
Vaya, ya está el chocolate;
ponte el delantal, no sea
que manches el traje nuevo.
Aquí está la servilleta.

*(Se aproxima a la muñeca y la pone un pañuelo como si fue-
ra una servilleta. Luego toma de la cocinita un plato, en
el que abrá un bollito o pasta y se lo ofrece a la muñeca,
sentándose o arrodillándose ante ésta.)*

Ya verás cuánto te gusta
el desayuno. ¡No quemal...
¡No, no soples, que es muy feo!
y, a más de sucio, demuestra
la falta de urbanidad
más grandel... ¿Ves? ¡Vaya, empieza!

(Acerca el bollo a la muñeca y se lo come ella.)

¡Qué rico!... ¡Y cómo te agrada!...

¡Hija, pronto has dado cuenta
del desayuno! Así, es claro,
no es extraño que estés gruesa.

¡Comes más que un sabañón!
Pero, al menos, te aprovecha.

¡Ea, a limpiarte la boca;
y antes de ir a la escuela,
a estudiar, que es vergonzoso
el no saber! No consientas
que otra niña te aventaje
en nada. Tu inexperiencia

(Con tono doctoral)

conocer no te permite
lo que es el mundo; mas deja
que el tiempo transcurra, y luego...

¡Ya verás! *(Dirigiéndose al público.)*

Esto mi abuela
me dice... y no entiendo jota;
de modo que mi muñeca...
¡Y la está bien el vestido!

(Dando vueltas a la muñeca y examinándola con curiosidad.)

¡Ya lo creo!... ¡Quién pudiera
hacerse trajes al precio
que éste!... Mirando la tela,
parece que es un gran raso...
y es un percal de tercera,
o de quinta... ¡Lo más ínfimo
de lo malo! Esto demuestra
que hoy vivimos (según dice
mi abuelita) de apariencias.
Porque el mundo es muy exigente
y no ve las obras buenas

si éstas no van bien vestidas
a la moda y con esencias.
Pero, hija, por Dios, acaba
o, mejor dicho, comienza
a estudiar. Las mujercitas
de su casa aprenden cuentas
para que nadie las sise
en las compras. ¡Sí, sí! ¡Buena
está la gente de hoy día!
Hoy, el que no corre vuela.
¡Pero qué mona estás! Luego,
cuando del colegio vuelvas,
si eres buena y aplicada,
no bien tomes tu merienda
nos iremos a paseo
hasta la hora de la cena.
¡Ya correrás con las niñas
y cantaréis!... ¿No recuerdas
el Carabí?... Ven conmigo,
yo te enseñaré la letra.

*(Coge por las manos a la muñeca, como si fuese una niña, y
juega al corro cantando: «¡Qué hermoso pelo tiene, cara-
bíl»... etc.)*

¡Bueno! ¡Basta!... Te sofocas
demasiado cuando juegas,
y eso no me gusta, hija.
Siéntate, descansa, Celia.
¡Qué colores!... Y ¡a propósito!
A ver, ¿qué botas son éstas?
Pero, hija, ¿qué te has propuesto?
¿a diario las botas nuevas?
¡Vaya, vaya! ¡No me gusta
esa afición que demuestras

al lujo!... Ni tal consiento.
Ahora mismo, y con presteza,
vas a mudarte de botas;
pero ¡pronto! (*Enfadada.*)

¡La coqueta!

¡Señor, señor, qué chiquillas!

¡Vamos! ¡Si no me valiera!...

(*Amenazadora.*)

Hoy te quedas encerrada

y sin postre... ¡Mocosuela!

¡Yo te enseñaré! (*Aparte.*) ¡Ya llora!

¡Pobrecita mía!... Apenas

la riño, se pone triste

de modo tal que me apena.

(*A la muñeca.*) ¡Vamos bien! ¡Ya te perdono!

¡No llores más!... ¡Quién tuviera

tu edad!... Pero, hija, si sabes

que te quiero mucho. ¡Cesa

de llorar!... ¡Alma de mi alma! (*Besándola.*)

¡Luz de mis ojos! ¡Estrella

de la mañana!... Ahora mismo

vamos a ver a la abuela,

y la preguntas qué tal

hale sentado la siesta,

¿sí?... ¡Verás cuánto te quiere!

Yo no sé como hay quien pueda

hacer llorar a las niñas:

y sobre todo, si éstas (*Con pesar.*)

son como yo, desgraciadas...

(¡que harta desgracia es ser huérfana!)

Pero no debo quejarme,

porque aún tengo quien me quiera:

mi abuelita. (*A la muñeca.*)

¡Y tú lo mismo,
rica mía! (*Al público.*)

Con franqueza:
¿no es verdad que son iguales
las niñas y las muñecas?

(*Vase corriendo con la muñeca.*)

TELÓN

UN CUENTO

Del poema infantil de Carlos Frontaura,

título

EL PRIMER PANTALÓN

UN CUENTO

PERSONAJE:

UNA NIÑA (DE 10 A 15 AÑOS).

UN CUENTO

*Del poema infantil de C. Frontaura, titulado
«El primer pantalón».*

ESCENA ÚNICA

El arreglo de la escena se deja librado al gusto de la actriz.

Vengo aquí a entreteneros un momento,
narrándoos un cuento
que leí no sé en dónde, ni se cuándo.
Prestad vuestra atención,
que ya el cuento voy yo rememorando.
El primer pantalón.

I

Llegó, por fin, el venturoso día
en que el joven Alberto
mostrara su elegancia y bizarría,
estrenando el primer pantaloncito
cortado á su medida, y que, por cierto,
es, en su clase, de lo más bonito.
Su hermana se lo hizo, y el trabajo
muestra su habilidad: se lo hizo abierto...,
abierto por detrás, ancho de abajo,

y por detrás se cierra con botones,
para que no se salgan los faldones
de la camisa, cosa
que es, sobre ridícula, enojosa.

II

Es la hermana del niño
una niña muy buena y muy discreta,
que profesa a su hermano gran cariño,
y al ver que éste se inquieta,
se impacienta, se indigna y acalora
porque lloviendo está, con mil razones
persuadirle desea
de que ponerse ahora
los nuevos y flamantes pantalones
es una mala inconveniente idea.
El no cede en su empeño;
para él es un obstáculo pequeño
del tiempo la inclemencia,
y una vez y otra vez, mal humorado,
repite su exigencia
de salir a la calle engalanado.

III

¡Jesús! ¡Qué terquedad la de este chico!
¡Ponerse en tan mal día
un pantalón tan rico!
¡Una entrada de azotes merecía!
—Calla, le dice la hermanita, calla,
que padre va a venir con aquel palo
que tiene en el rincón por si eres malo.

Mas ni por esto cesa en la batalla;
con nada se persuade, nada teme.
—¡Yo quero pantalón!, grita y más grita,
¡pantalón, pantalón quero poneme!
Y con terror escucha la hermanita
que, desde dentro, el padre, ya enojado,
pregunta:—A ver, ¿qué pasa
que estáis alborotando así la casa?...
Si no calla ese chico, verá como
del palo que le arrimo le deslomo.
—¿Oyes?, dice la niña, calla y toma
y ponte la blusita tú solito;
yo luego te pondré el pantaloncito,
porque si viene padre... te desloma.

IV

Ya logró su deseo
el niño caprichoso;
parece todo un hombre, y yo no creo
que habrá sér en el mundo más dichoso
que este muchacho en el feliz instante
en que se pone por la vez primera
el pantalón flamante.
Y también la donosa costurera,
contemplando a su hermano,
está muy orgullosa,
pensando que su mano
cortó y cosió la prenda primorosa.

V

¡Qué gran satisfacción y qué alegría!
Ya está mejor el día;

cesó la lluvia ya, y el sol, rompiendo
las nubes, ilumina el monte, el valle...,
y el niño, cambio tan propicio viendo,
dice a su hermana:—¡Vamos a la calle!
Quiere que el pueblo todo
le contemple vestido de aquel modo.

.....
Ir a pie un caballero
tan bien portado, apuesto y elegante
al estrenar el pantalón primero,
lo hubiera criticado, intemperante,
acaso el pueblo entero;
por ello es que coloca en su carrito,
a la verdad indigno de un mancebo
que estrena un pantalón tan lindo y nuevo,
la hermana a su hermanito.

VI

Pero ¿qué ha sucedido?...
¿Qué intempestivo lance
causa puede haber sido
de que vuelvan tan pronto del paseo
la hermana y el hermano? Algún percance
inesperado y grave... bien lo veo,
porque, si no me engaño, me parece
que a mi vista se ofrece
allí, en el suelo, no sé qué guiñapo
arrojado como un inútil trapo,
manchado y asqueroso...
Pero ¿qué estoy mirando? ¿Quién creyera
que el pantalón flamante y primoroso
abandonado así tan pronto fuera?

Sin duda me diréis: Y ¿qué ha pasado?
¿Por qué los pantalones se ha quitado
el niño, que con ellos se encontraba
tan ufano y tan hueco,
y la importancia de hombre ya se daba
cuando es, a la verdad, sólo un muñeco?
¿Cómo podré explicar lo sucedido?

.....
Difícil... imposible...

No sé cómo os lo diga.

¡La cosa es tan horrible,
que al silencio me obliga!

Mas ya que por pudor no la revele,
sabad, sabed que es algo que mal huele...

VII

Pasaron cuatro días
después de la tragedia que he contado,
que interrumpió las dulces alegrías
del niño caprichoso y tan mimado.
La hermana le presenta
el pantalón flamante,
abierto por detrás y por delante,
y no puede el muchacho darse cuenta
de cómo puede ser que aquella sea
la misma prenda que arrojada al suelo
fué como cosa sucia, mala y fea,
y que tan mal olía,
aquel terrible y espantoso día.

VIII

¡Dichoso niño el que a su lado tiene
la hermana cuidadosa

que cuanto necesita le previene,
que le atiende y le asiste cariñosa!
¿Cómo le pagará tanto cariño
para no merecer de ingrato el nombre?
La deuda contraída por el niño,
el hombre ha de pagarla si es buen hombre.

TELÓN

La muñeca de mamá.

Monólogo en prosa,

original de

MANUEL DE L'HOTELLERIE

PERSONAJE:

UNA NIÑA (DE 5 A 12 AÑOS).

LA MUÑECA DE MAMÁ

Monólogo en prosa, original de Manuel de L'Hotellerie.

La escena una sala decente.—Puerta foro y laterales.—Es de día.

La niña sentada con una muñeca en las manos.

... Y nada, que no llora aunque la pellizque. (*Refiriéndose a la muñeca.*)

No hacía una noche que se sintió mamá enferma, y en seguida le trajeron una muñeca tan hermosa, tan sonrosada, con unos ojitos tan lindos. ¡Y lo más notable es que llora de veras!

No como ésta (*Señalando a la muñeca*), que ni grita ni hace nada. ¡Qué rabial!

Antes siempre me quería a mí mi mamá, y ahora me quiere sólo a ratos. Reparte su cariño entre la muñeca y yo. De besos, no sé cómo andamos; pero creo que me llevo la peor parte.

Y lo más raro es que esta pobrecita (*Señalando a la muñeca*) no recibe más besos que los míos; pero no me extraña, hija: eres tan calladita, que pasas desapercibida.

La muñeca de mamá es muy hermosa, es cierto, y más grande; la guarda en su cama, la duerme y la cuida mucho.

Me dicen todos que es mi hermanita y que debo quererla más, mucho más que a ésta.

Y es verdad que yo encuentro más placer en dar un beso a la muñeca de mamá que a la mía.

¡Qué carita tan sonrosada, tan suave, tan calentita! Cuando mueve los ojos (*Al público*), porque sepan ustedes que mueve los ojos, parece que me mira, y con la mirada me dice: «Quiéreme mucho, bésame»; y yo la beso, la beso muchas veces, y la quiero más que a ésta. (*Cambia de tono.*) Pero mamá me la quita en seguida; me da un beso, sólo uno, cien a su muñeca, se la guarda en la cama y a mí me manda a jugar; y yo me separo triste, no sé si porque mi mamá tiene muñeca ó porque la muñeca tiene mamá.

Y llego a este cuarto, lloro un poquito, y cuando, ya más tranquila, cojo a mi muñequita y la beso; al encontrarla tan seria, al ver sus ojos quietos y sentir junto a mis labios su fría y áspera cara, la arrojaría contra el suelo, pensando: ¿Por qué no me compran a mí muñeca como la de mi mamá?

Ayer dejé 'a ésta (*Señalando a la muñeca*) sobre su cama, y cuando volví del colegio estaba de igual postura que cuando me marché. Claro, no se mueve y nadie la hace caso. (*A la muñeca.*) Mira: si llorases como la otra, todos te atenderían, y así nadie te atiende. ¡Eres tan sosa, hija, que es demasiado! (*Al público.*) ¿Quieren ustedes creer que esta mañana le he entrado en la alcoba de mamá, y mientras yo besaba a la otra muñeca no ha sido ésta capaz de decir esta boca es mía? Yo supuse que lloraría de rabia, de envidia, de algo; pero, que si quieres: tiesa que tiesa encima de la silla, y mirando con su fría mirada a todos, como diciendo, «y á mí qué me importa».

Tiene razón mi mamá; debo querer más, mucho más, a su muñeca que a ésta; dicen que es mi hermanita, y ésta no lo es.

Pero bueno; ¿para qué quiere mi mamá ese entreti-

miento? ¿Por qué está enferma? Otras veces también lo ha estado, y no le han traído nada, ¿Será que está más malita ahora? (*Con pena.*) ¡Ay, Dios mío!...

Pero no. Esta mañana me ha dicho papá que pronto saldríamos de paseo todos juntos.

Y dicen que vendrá una mujer para llevar por las calles a la muñeca de mamá y hacerle callar cuando llora. Como si yo no pudiera llevarla y hacerle callar tan bien como lo haga esa mujer. (*A la muñeca.*) ¿No llevo yo a mi muñequita? ¿Verdad, preciosa? Y si llorase, le haría callar lo mismo que lo puede hacer esa mujer. Pero esta tonta no llora, y, claro, mis habilidades no se ponen a prueba. (*A la muñeca.*) Eres tan sosa, hijita, que me voy aburriendo de tu silencio. (*La deja.*) Quédate ahí sola, y ya no te visto ni te saco a paseo hasta que llores. Ya lo sabes. (*La deja en una silla.*)

¡Y qué hará ahora la otra! ¡Tengo unas ganas de verla! No saben ustedes lo bonita que es. Se parece a mí. Y debe ser cierto, porque todos dicen: «Pone la cara y llora igual que cuando Marieta era chiquitilla.» Querrán decir que cuando yo era muñeca.

Nada, que esta noche tiene mi mamá que dejarme su muñeca para que duerma conmigo. Ya verá si yo la callo en seguida. Le daré besitos en la boquita, le cantaré el coco, la tendré entre mis brazos, y nadie sabrá que está conmigo. Dicen que soy su hermana, pues tienen que dejármela forzosamente, y si no quieren, yo le diré a papá que me traiga otra igual, pero igualita, para mí sola.

¡No faltaba más!

Y entonces sí que saldré yo orgullosa por la calle, por el paseo, por todo, llevando mi muñeca agarradita, muy agarradita, y si no llora le haré yo llorar para que vean cómo sé acallarla en el momento y dormirla.

Hoy mismo se lo digo a papá; o me da la muñeca de mamá, o me trae otra en seguida, pero en seguida, sin perder momento.

Yo no aguanto más. Quiero llevarla al colegio, enseñarla a todas las compañeras, que todas la besen y la acaricien, y al rato de la lección la tenga la madre Teodora, para que sepa lo que es tener una muñeca tan preciosa.

Sí (*Con resolución*); que me traiga otra es lo mejor, y así podré decirles á todos: «Esta es mi muñeca, no es la muñeca de mamá».

TELÓN

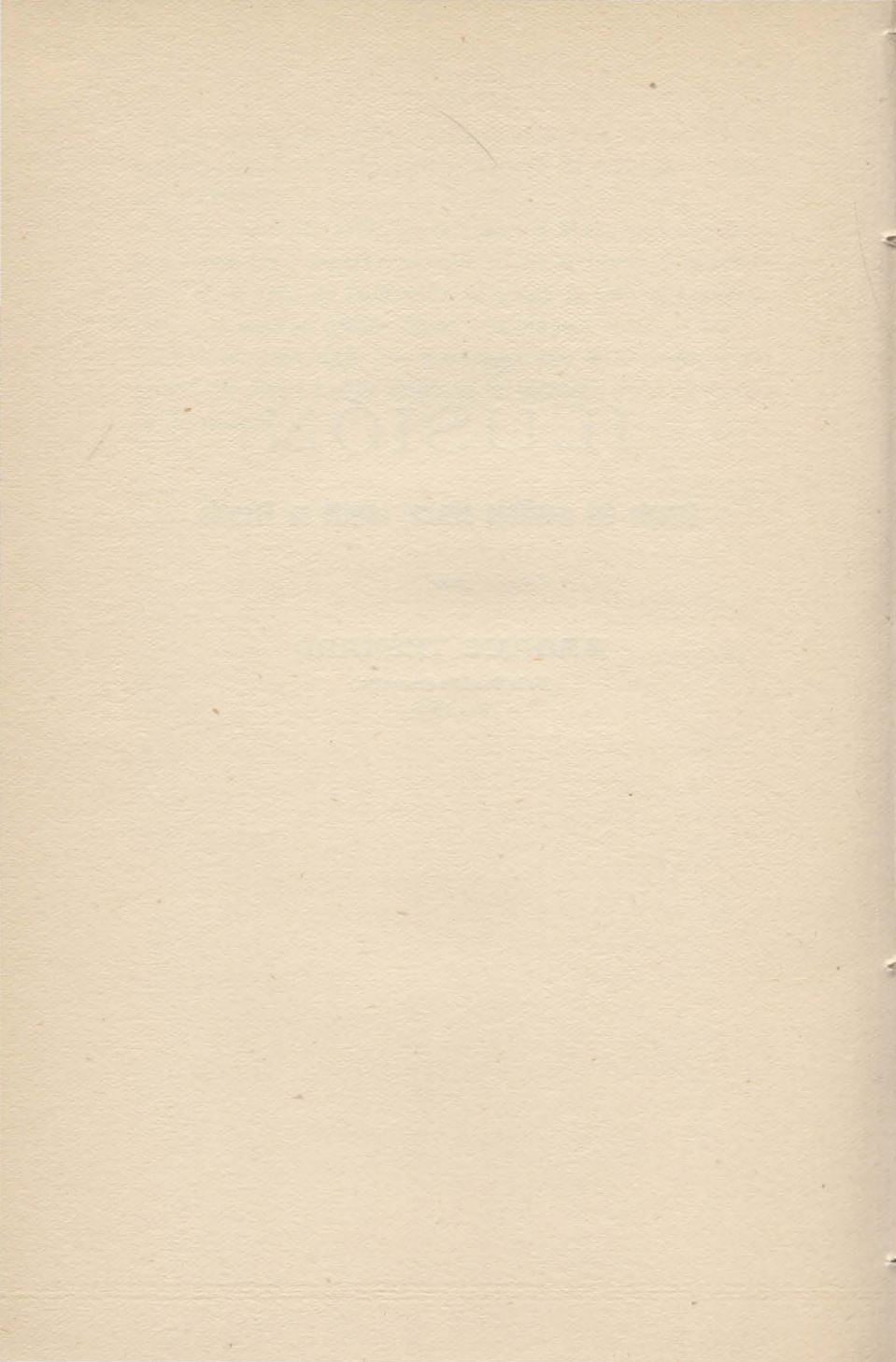
ILUSIÓN

Arreglo del monólogo cómico, escrito en Francés

por

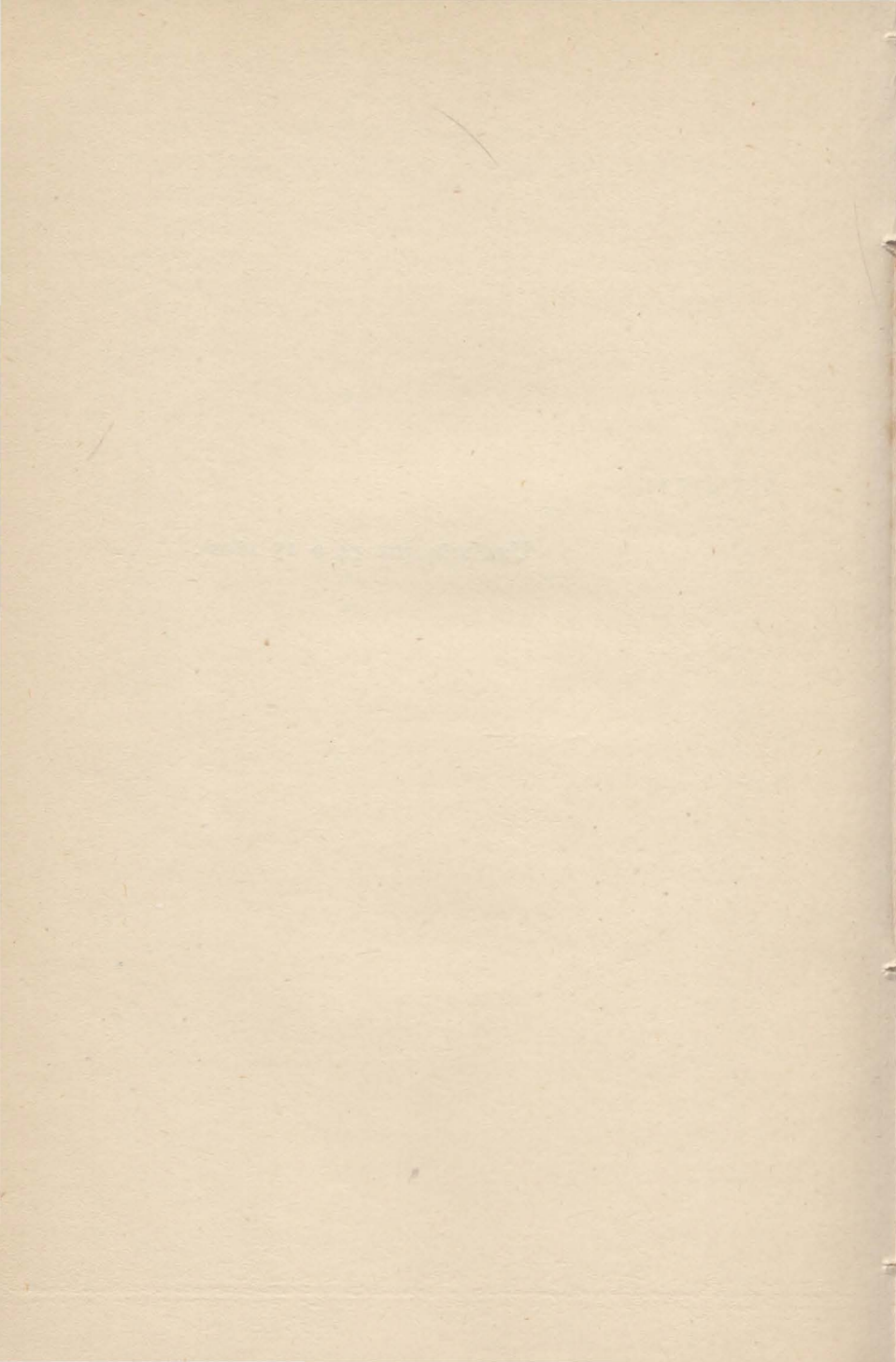
MADAME THÉNARD

(De la Comédie Française.)



PERSONAJE:

UNA NIÑA (DE 14 O 15 AÑOS).



ILUSIÓN

Arreglo del monólogo cómico, escrito en Francés
por Madame Thénard, de la Comédie Française.

ESCENA ÚNICA

Una salita elegantemente amueblada.—LA NIÑA (sentada en un sillón y leyendo un libro.)

(Leído.)

LA ILUSIÓN.

«En un río se veía
»flotar un copo de espuma,
»que de vellón y de pluma
»un nidito parecía.
»Un tomineje inocente,
»por su albura seducido,
»tomólo por muelle nido
»y se lanzó a la corriente;
»mas al posarse se hundió
»el copo engañoso y leve,
»y entre las aguas en breve
»el ave desapareció.
»Así la ilusión parece
»nido de nevada pluma,
»y, al tocarla, como espuma
»se apaga y desaparece.» (Pausa.)

(Habla. Suspira.) ¡Ah...! ¡Las ilusiones, las ilusiones!...
(Poniéndose de pie.) Bailaba la otra tarde con mi primo Pedro, que es un alférez de caballería más tieso que un ála-

mo, más delgado que su espada y más frío que un témpano de hielo; y... ¡lo hallé soñador!... ¡Jamás lo había visto yo así!...

—¿Qué soñarás?, me pregunté. ¿Será el carmín de mis mejillas que...? ¿En qué estará pensando este oficial en medio del torbellino?... Sin duda en mi fino talle, ¡esto es indudable!...

¡Lucida estuve con mi interpretación sobre el sueño del héroe!... (*Pausa.*)

Estaba turbado, muy nervioso, suspiraba, sonábase la nariz.—¡Cuánta emoción!, me decía yo. Los síntomas eran alarmantes. Sin duda es por mí que arde y se consume su corazón, pensaba; ¡me ama!, bien cierta estoy. Inmediatamente, y haciéndome cargo de mi situación, tomé el aire serio y modesto que correspondía, y le dije:

—¡Primo!... ¡Usted tiene un secretillo!... y agregué rápidamente:—¡Hable, yo se lo exijo!...

Atolondrado, confundido, se volvió hacia 'mí. ¡Yo me puse más roja que la grana y me sentí desfallecer!

—¿Y bien, primo?...

—¡Y bien!... ¡Que he perdido mi paraguas!...

—¡Ehl... ¡Qué!...

Un paraguas viejo había sido la causa de su turbación, de sus suspiros, de su emoción... ¡Y yo que había creído...

—¿Cómo... primo? ¿Usted tiene?...

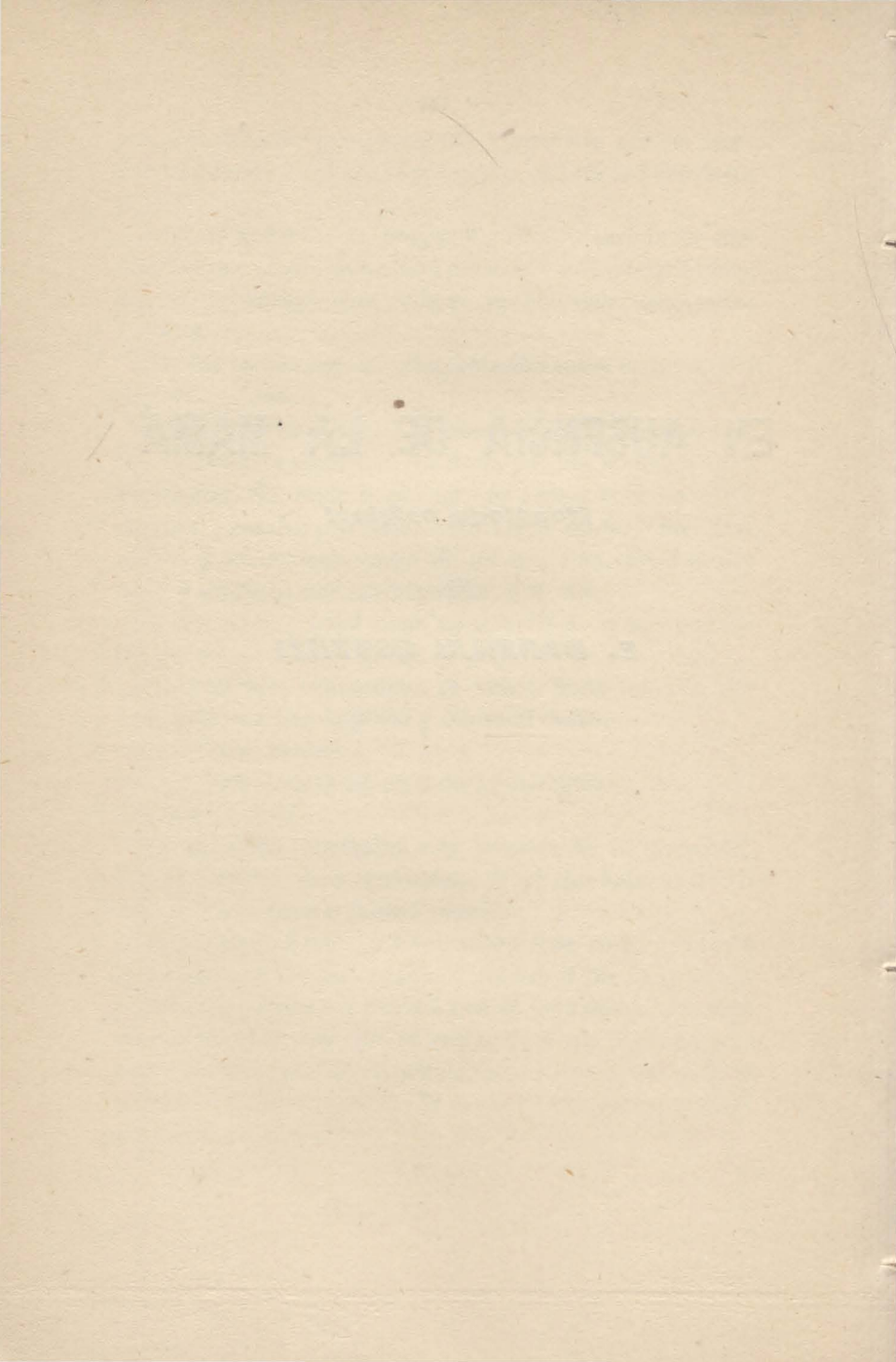
Y comencé á reir... y á reir más y más, como que tenía que vengarme de mi engaño.... (*Riendo á carcajadas.*) Sin poderme contener me marché qué sé yo a dónde, y le dejé amplia libertad para que se entregara á sus poéticos sueños y soñara... ¡soñara mucho!... con su paraguas viejo y perdido. (*Siempre riendo.*) (*Se sienta nuevamente en el sillón y reanuda su lectura.*)

EN AUSENCIA DE LA MAMÁ

Monólogo original

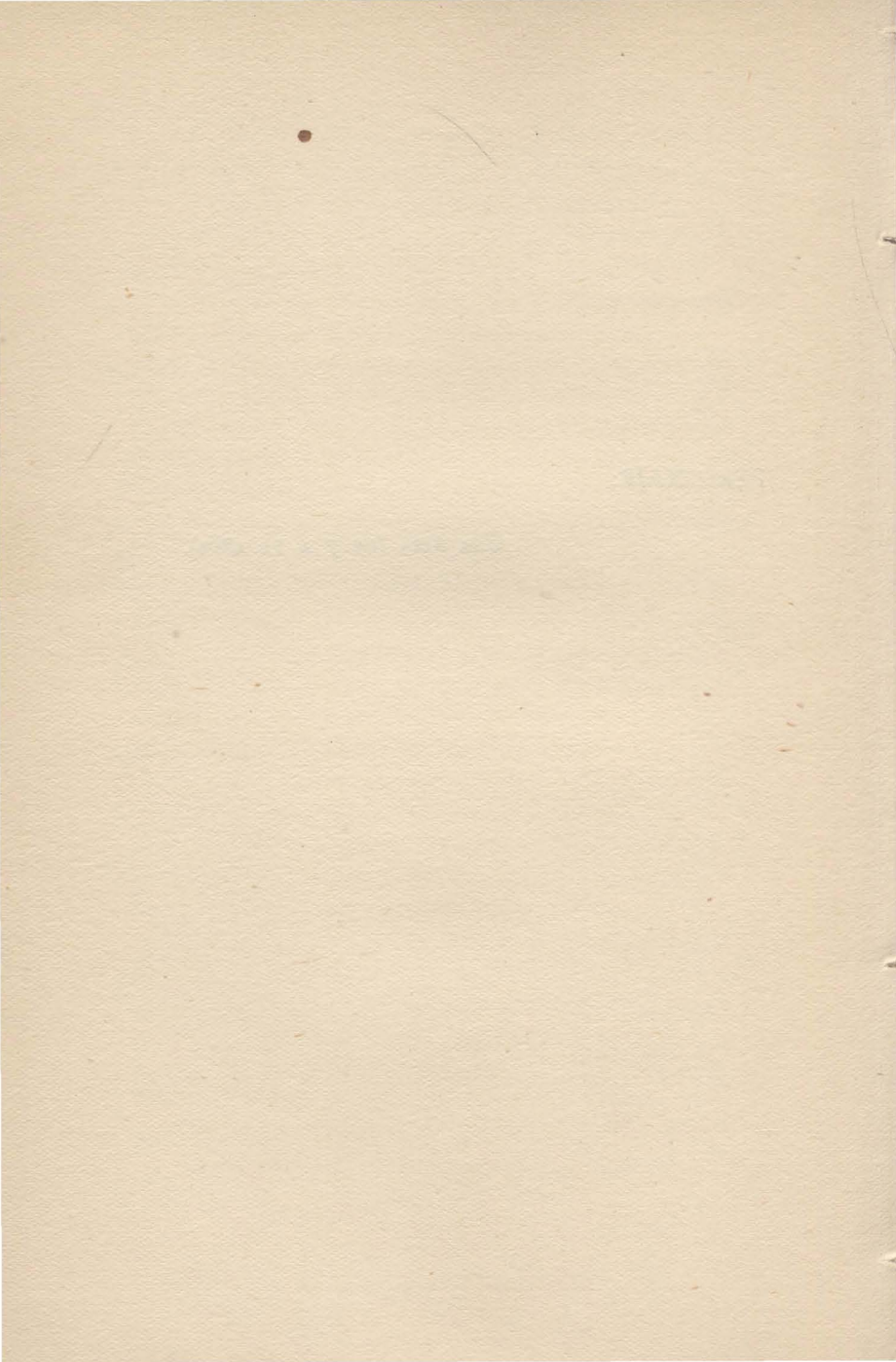
de

E. BARZILAI GENTILLI



PERSONAJE:

UNA NIÑA (DE 7 A 11 AÑOS).



En ausencia de la mamá.

Monólogo original de E. Barzilai Gentilly.

ESCENA ÚNICA

Entra una niña vestida con un traje de señora, trayendo en una mano una muñeca y en la otra un abanico.

LA NIÑA.—¿Por qué se ríen ustedes? ¿Quieren hacerme el favor de decir si hay motivo para sorprenderse? Mamá salió hoy de mañana, y yo quiero hacer de señora con su vestido. Voy a recibir las visitas, voy a hacer de gran dama; y aquí tengo mi muñeca, que, siempre complaciente, se prestará a mi juego, y verán ustedes cómo hace todo lo que yo quiera. (*Pone la muñeca en un rincón y se queda en actitud de señora, dándose aire con el abanico.*) ¡Hoy es mi día de recibo; han dado las cuatro y no viene nadie todavía! ¡Si me habré puesto inútilmente mi traje de lujo! (*Finge escuchar.*) Ahora..., si no me engaño... suena la campanilla. ¿Y no abren todavía? ¡Qué broma no tener un sirviente encargado solamente de esto! Pero me parece que ha abierto. Siento un ruido de vestidos... Una visita... seguramente. Espero que sea una dama como es debido y me pongo en actitud para recibirla. (*Se da aire con el abanico ridículamente; con gran rapidez, y como queriendo que el público no se entere, toma la muñeca y la sienta a su lado.*)

(*Dirigiéndose a la muñeca.*)—Señora, tanto gusto en verla. ¿Cómo están sus niños y su esposo... de usted?

(*Cambiando la voz.*)—Todos buenos, gracias.

(*Como antes.*)—Estar bien en estos tiempos es una suerte. ¡Cuántas enfermedades! ¿no?...

(*El mismo juego anterior.*)—Este invierno los niños tuvieron sarampión, y a Pepilla la tuve muy atacada de tos convulsa.

(*Idem.*)—¿Y se divierte? ¿Pasea mucho?

(*Idem.*)—Poco; tengo mucho que hacer en casa...

(*Idem.*)—Yo también; pero es necesario alguna distracción.

(*El juego anterior de voz se prolongará durante todo el diálogo.*)

—Los maridos pocas veces hacen esas concesiones.

—¿Los maridos? Hay que hacerles entender sus deberes. ¿No están obligados ellos a darnos gusto? ¡No debe una ser sacrificada! ¿Acaso la han comprado á una como esclava?

—Pero ¡ustedes saben! los maridos son a veces tan extravagantes, que no valen con ellos lágrimas ni ruegos; dicen que la virtud nuestra es estarse en casa.

—A embrutecerse con los niños y los sirvientes...

—¡Por Dios! No me hable de eso, que pone usted el dedo en la llaga. ¡He cambiado diez cocineras en un mes!...

—¡No me hable á mí, que he despedido lo menos veinte! Todas llenas de exigencias, no hacen economías, tiran todo, escuchan en las puertas, son curiosas; las hay charlatanas, sucias, golosas y hasta rateras.

—¡Y decir que a nosotras nos toca lidiar con esta gentuza!

—Pero debo irme, me espera mi esposo.

—¿Por qué me priva tan pronto del placer de su visita?

—Mi casa está un poco lejos, y mi marido no es paciente ni espera.

—Bueno. Que sus visitas no sean tan raras. ¡No se haga desear tanto, querida! (*Besa con efusión a la muñeca; después la pone en un rincón y regresa al proscenio.* ¡Ufff!!! No podía más, ¡qué persona tan fastidiosa!... (*Prestando atención.*)—Pero... ¡me parece que han llamada otra vez!... ¡Mi sala está hoy muy frecuentada! (*Como antes, toma la muñeca y la sienta a su lado.*)

(*Dirigiéndose a la muñeca.*)—¡Oh, querida; al fin puedes verte! No te creía viva; ¿qué te ha sucedido?

—Quería venir; pero... Acabo de encontrar a la de Gómez, que salía de aquí. ¡Qué feo sombrero llevaba, y qué vestido más!...

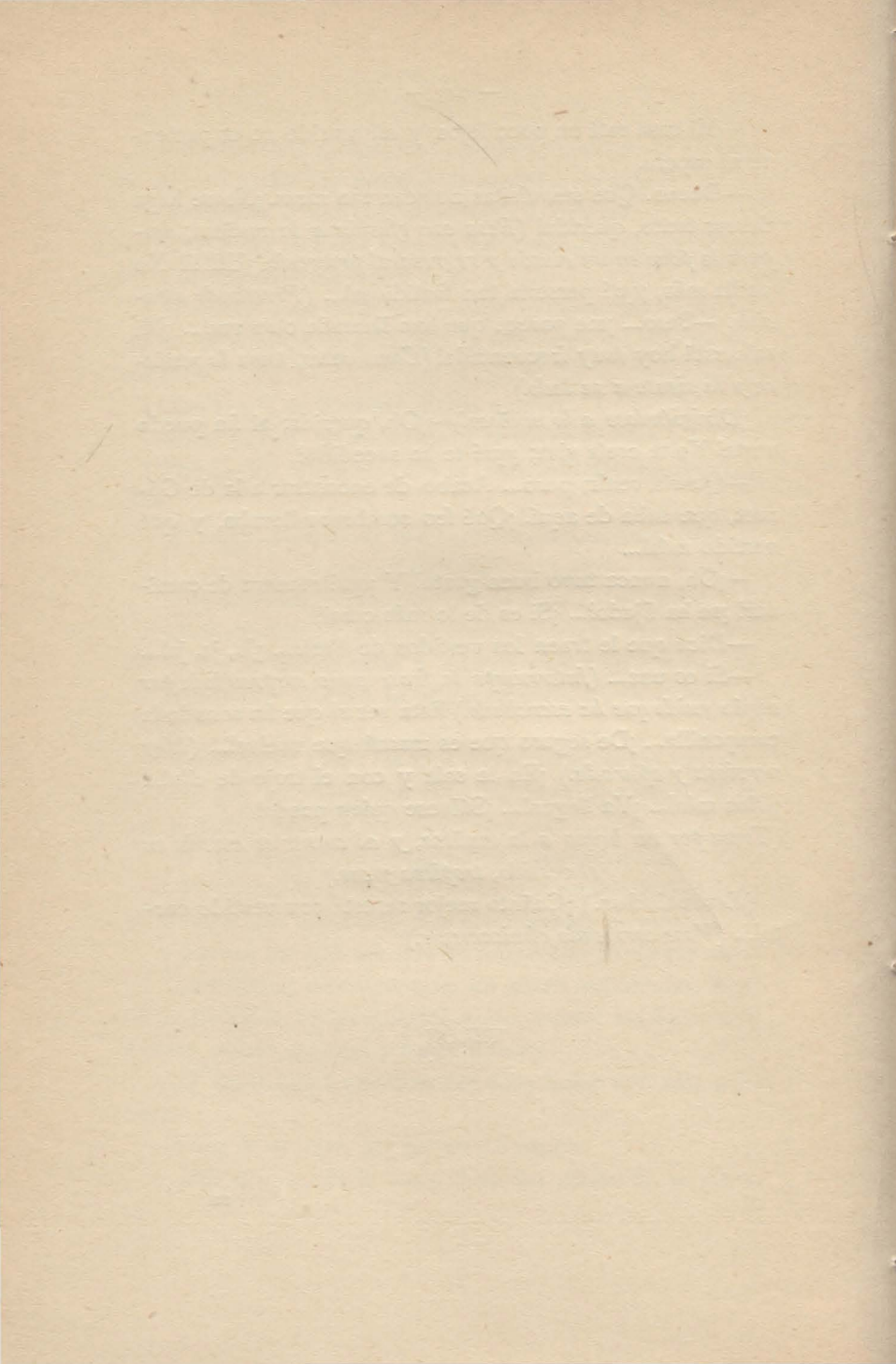
—¡Oh, nunca tuvo buen gusto! Y ¡qué manera de caminar! ¿se ha fijado?... ¡Si es de lo más cursi!

—Dice que le traen los vestidos de París... ¡Ja, ja, ja!...

—Si es una... (*Interrumpe la frase como sorprendida por algún ruido que ha escuchado.*) Esta vez sí que ha sonado la campanilla... ¡De seguro que es mamá que vuelvel... (*Muy nerviosa y apurada.*) ¡En la sala y con el traje de ella!... ¡Dios mío!... ¡Ya llegan!... ¡Sálvese quien pueda! (*Toma por un brazo a la muñeca, y al correr se enreda en el vestido, tropieza y cae.*)

(*Levantándose.*) ¡Cuánto mejor se está con vestido corto!... (*Vase corriendo cómicamente.*)

TELÓN



SEGUNDA PARTE

POESÍAS RECITABLES

LA ABUELA

De Víctor Hugo.—Traducción de Teodoro Llorente.

¡Oh, madre de nuestra madre!
¿estás durmiendo?... ¡Despierta!
¿Por qué más sobre tu pecho
hoy inclinas la cabeza?
Dinos. ¿Qué daño te hicimos
para que ya no nos quieras?

.....
Mira: la luz palidece,
del hogar el fuego humea;
y si no quieres hablarnos
como solfas, abuela,
la luz, el fuego y nosotros
moriremos de tristeza.
Danos tus manos heladas,
que nuestras manos calientan,
y de antiguos trovadores
cántanos coplas añejas.
Háblanos de los guerreros
que a sus damas les llevaban,
en vez de flores, banderas.
Dinos cómo se conjuran
los fantasmas. ¡Ay, abuelal

Cuéntanos aquella historia
de un monje que vió en su celda
a Lucifer por los aires
volar con alas siniestras.
Ven; enséñanos tu Biblia
con sus láminas tan bellas,
los santos de azul y oro,
y el cielo con tanta estrella,
y el niño, el buey y los magos...;
y esas latinas sentencias,
que a Dios hablan de nosotros,
descífranos letra a letra.
La luz oscila y se apaga;
descienden las sombras densas;
quizás ya por la ventana
malos espíritus entran...
Tú, que el miedo nos quitabas,
hoy nuestro pavor aumentas.
¡Cielos! ¡Su mano está fría!
A veces, con ansia tierna,
nos hablabas de otro mundo,
a do las horas nos llevan,
de la gloria, del sepulcro.
de la vida pasajera,
y de la muerte... ¡la muerte!
¿Qué es la muerte? ¿No contestas?
Y oyéronse largo rato
sus sollozos, y risueña
rayó al fin la blanca aurora
y no despertó la abuela.
Dió al aire lúgubres sonos
la campana de la aldea,
y un pastor vió aquella noche,

por la mal cerrada puerta,
delante del santo libro,
junto a la cama desierta,
dos niños arrodillados
que rezaban con voz trémula.



La mendiga y los niños.

Fábula de Miguel A. Príncipe.

Limosna pedía
la pobre María;
limosna buscaba,
que nadie le daba;
y en vano lloraba,
y en vano gemía;
corriendo, volando
de todos en pos.

La gente pasaba;
mas nadie le hablaba,
o, si alguien lo hacía,
«perdone» decía.

Por eso María
doliente lloraba,
oyendo tan sólo:
«¡Perdone por Dios!»

Dos niños, en tanto
que escuchan su llanto,
le dicen: »Amiga,
»tu pena mitiga;
»que, si eres mendiga,

»tenemos un canto,
»que el hambre te quite
»calmando tu afán.»

Y entrambos previenen
la torta que tienen;
su torta, su prenda,
la dulce merienda;
y a hacerle su ofrenda
piadosos se avienen,
y «toma» le dicen,
y alegres se van.

«¡Dios sea su gual
prorrumpe María;
»¡Dios premie su celo
»con gloria del cielo,
»pues calma mi duelo
»limosna tan pía,
»y entrambos se quedan
»con hambre por mí!
»Tú nunca, Dios mío,
»pagaste tardío
»las deudas que abajo
»el pobre contrajo.
»¡Humilde me bajo!
»¡Mi ruego te envió!
»¡Haz que ambos se vean
»premiados por tí!»

Tal ella rezando
su ruego va alzando,
que en forma de nube
al cielo se sube;
un bello querube
desciende volando,

y dice: »Tus ruegos
»oídos están.

»De entrambos hoy día
»la guarda me fía
»el cielo que, santo,
»le tiende su manto;
»si oyeron tu llanto,
»¿qué mucho, María?
»Los que obren cual ellos,
»lo propio tendrán.»

Con esto la deja,
y en busca se aleja
de aquellos hermosos
muchachos preciosos,
que oyeron piadosos
del triste la queja.

.....
¡Ay, niños! ¿Quién deja
los pobres en duelo,
sin darles consuelo
calmando su afán,
si el cielo se gana,
por mucho que diste,
con darles un triste
pedazo de pan?



La Flor, La Aurora, y La Fuente.

Por Antonio F. Grilo.

En un jardín, do el ambiente
cándidas flores mecía,
una fuente se veía
limpia, pura, transparente.

En su margen una flor
esbelta se levantaba,
mientras la fuente lloraba
con su perpetuo rumor.

El alba, llena de amores,
perlas en la flor vertía,
y el agua reproducía
sus perlas y sus colores.

Amaba a la flor la aurora,
más la flor la desdeñaba,
y esquiva se columpiaba
sobre el agua bullidora.

Pinta en su cristal la fuente
su imagen gallarda y bella,
como copia el mar la estrella
en su linfa transparente.

Y en los ramajes espesos
los céfiros resbalaron,
y allá en su cáliz dejaron
perlas, lágrimas y besos.

¡Pobre flor! No comprendía
que era la fuente su espejo,
y que del alba el reflejo
más hermosa la volvía.

Céfiro, luz, lago y fuente
la prefirieron por bella,
y envanecida descuella
sobre el agua transparente.

Sin los rayos de la aurora
¿qué fuera de su hermosura?
¿Quién le daba la frescura
sino la fuente sonora?

La ingratitud, el desdén
su fragancia envenenaron,
y las brisas la olvidaron
al rodar por el Edén.

El alba nace y la olvida;
la fuente no la hermosea.
*¡Ay de aquél que ingrato sea
con los que le dan la vida!*

Si, lectoras, que os cuadre
halláis en mi pobre historia,
no apartéis de la memoria
la sombra de vuestra madre.

Dentro del alma inocente
llevad mis palabras fijas;
no olvidéis, cual buenas hijas,
¡la flor, la aurora y la fuente!

EL ZAGAL Y EL NIDO

MARTÍNEZ DE LA ROSA

¿Dónde vas, zagal cruel,
dónde vas con ese nido,
riendo tú, mientras pían
esos tristes pajarillos?
Su madre los dejó solos
en este momento mismo
para buscarles sustento
y dárselo con su pico...
Mírala cuán azorada
echa menos a sus hijos,
salta de un árbol a otro,
va, torna, vuela sin tino.
Al cielo favor demanda
con acento dolorido;
mientras ellos en tu mano
baten el ala al oírlo...
Tu también tuviste madre,
y la perdiste aún muy niño,
y te encontraste en la tierra
sin amparo y sin abrigo...
Las lágrimas se le saltan
al cuitado pastorcillo;
y, avergonzado y confuso,
deja en el árbol el nido.



CAMARADAS

Por Vicente Medina.

I

Era ciego el anciano... Vivía
el pobre abuelito
con su hija menor, ya casada,
que tenía un nene,
al cual no podía soltar de los brazos,
por el celo grande
que le había cobrado el pequeño.

Quitándose el niño del pecho, la hija
le dice al anciano: «Tómele usted, padre,
que me deje hacer algo.» El abuelo
toma al nietecillo
sobre las rodillas, delicadamente.

Y su venerable rostro se ilumina
con un gozo vivo
que parece la luz de su alma...
aquella luz pura
que salir ya no puede a los tristes
apagados ojos.

Ya con él a solas, el abuelo palpa
con las temblorosas manos la carita
del niño que duerme,
y como una cosa sagrada, lo besa
prozándolo apenas con los fríos labios!

II

El nieto se cría saludable y fuerte.
Tiene ya dos años y está a todas horas
con el abuelito...

El uno no puede pasar sin el otro
y se llevan tan bien, que parecen
viejos camaradas.

Como centinela
vigilante en la más negra noche,
intranquilo y alerta, amoroso,
cuida el ciego del niño; sus leves
menuditas pisadas conoce...

Lo adivina cuando
calladito y cerquita lo tiene...
y si revoltoso corre el pequeñuelo,
inquieto lo escucha, alta la cabeza
y atento el oído,
viéndose en el rostro toda su alma ansiosa
que pugna impotente, dolorosa y trágica,
por salir y asomarse a los muertos
dilatados ojos.

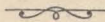
Con precoz instinto
y con mimo y con gracia infinitos,
corresponde al amante cuidado

del abuelo, su nieto, que tiene
rasgos deliciosos:
«¡Apa, abelol ¡Pomer, abelitol!»
dice el niño, guiando a la mesa,
de la mano cogido, al anciano.

Y el nieto, que a visto
poner a la puerta
todas las mañanas, al sol, una silla
para el pobre abuelo,
con sus débiles fuerzas arrastra
la silla, y conduce
también al anciano,
fijando en el rostro
dolorido del ciego su dulce
despierta mirada
con gesto piadoso.

Y todas las tardes, cuando le prepara
la merienda a su niño la madre,
pide el pequeñuelo para el abuelito,
faltándole el mundo
por llevarle al anciano de todo.

Entonces el ciego
con ternura retiene en los brazos
al niño, y lo besa...
y desmesurados abriendo los tristes
apagados ojos,
que en vano en el rostro del nieto se clavan,
con mortal desaliento le dice:
«¡Qué gozo poderte ver! ¡Qué bueno que eres!
¡¡Qué hermoso que debes de ser, hijo mío!!»



Chist!...

POR JOSÉ SELGAS

I

Tengo yo un ángel tan bello,
¡con unos labios tan rojos!
negros, muy negros los ojos;
rubio, muy rubio el cabello.

Junto a la cuna yo miro
su faz dormida y serena,
más blanca que una azucena,
más suave que un suspiro.

En su rostro angelical
brilla el alma candorosa,
como el botón de una rosa
en un vaso de cristal.

Venid, en su boca vierte
el sueño blanda sonrisa.
¡Eh!... No vengáis tan de prisa;
callad, que no se depierte.

II

¿No veis con qué gracia va
la tierna boca entreabriendo?

Pues siempre que está durmiendo,
siempre sonriendo está.

Tiene un poco más de un año...
No le beséis... duerme ahora...
Y al despertar siempre llora
como si le hicieran daño.

Mirándola estoy, dormida,
y me estoy mirando en ella;
la veo como una estrella
en la noche de mi vida.

¡Hermosa niña! ¿Qué suerte
le aguardará la fortuna?
No mováis tanto la cuna;
callad, que no se despierte.

III

Es un ángel de hermosura
de esos que una madre sueña;
¡tiene la faz tan risueña...
y la mirada tan pura!...

¡Con qué indefinible anhelo
miro su tez sonrosada!
Es un alma desterrada,
sí, desterrada del cielo.

Más bajo... no habléis tan fuerte;
no turbéis su sueño blando.
¡Sueñal... ¿Qué estará soñando?
Callad, que no se despierte.



Amor fraternal.

PILAR PASCUAL DE SANJUÁN

Bello grupo de hermosas estrellas,
lindo tallo de un mismo rosal,
son las niñas que nunca en querellas
ultrajaron su amor fraternal.

¡Oh, feliz la que siente el consuelo
que derrama el cariño de hermanol
¡Es tan dulce en el áspero suelo
estrechar en la nuestra una manol

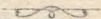
Contemplar el semblante inocente
del que duerme al arrullo materno,
e imprimir en su angélica frente
nuestro beso de amor, dulce y tierno;

escuchar este nombre de *hermana*,
que tan grato resuena al oído,
que disipa la angustia tirana,
que mitiga el doliente gemido;

el decir: sangre tuya es la mía,
nuestro sér al sér mismo debemos,

y una mano en el mundo nos guía
y el amor de una madre tenemos.

Respetad ese lazo sagrado
con que Dios al nacer nos unió.
¡Ay del niño que el nombre ha injuriado
del que padre a su padre llamól



LA FLOR Y LA NUBE

Fábula de José Rozas.

Sobre una estéril pradera
el diáfano azul del cielo
cruzaba en rápido vuelo
una nube pasajera.

Viola pasar una flor
que abrasada se moría,
y en su penosa agonía
le dijo así con amor:

«Yo te bendigo: la suerte
es conmigo generosa;
Dios te manda, nube hermosa,
a librarme de la muerte.

»Joven soy, morir no quiero;
en tus bondades confío;
¡una gota de rocío,
por piedad, porque me muerol»

Pero la nube orgullosa,
insensible caminando:

«No puedo, dijo, pasando,
servir a tan noble rosa.

»Que si todos los pesares
de las flores mitigara,
pienso que no me bastara
con el agua de los mares.»

La flor exhaló un suspiro,
y la nube en el momento,
agitada por el viento,
siguió su rápido giro.

Cruzó la selva sombría,
cruzó también la ribera,
pero siempre, en donde quiera,
la tristeza la seguía.

Sintió al pronto una profunda
indefinible ansiedad,
y por fin tuvo piedad
de la rosa moribunda,

Y del punto en que se hallaba
con rapidez se volvió,
y á la pradera llegó
cuando la tarde expiraba.

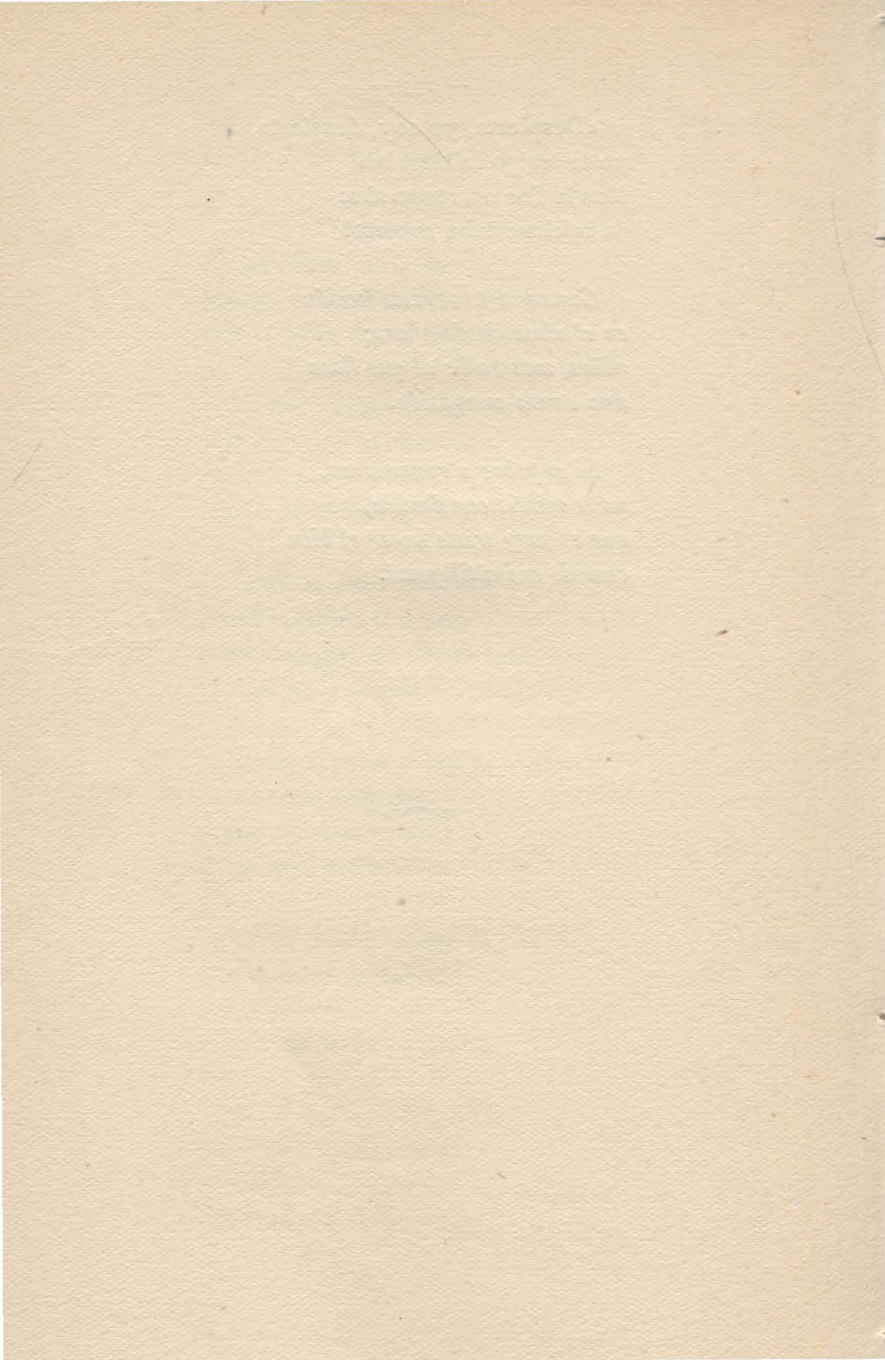
De la flor sobre la frente
tendió su ligero manto,
y regándola de llanto
exclamaba dulcemente:

«Despierta, yo soy, despierta,
yo te traigo la alegría.»
Mas la flor no respondía:
¡la infeliz estaba muerta!

*Guardad tan triste lección
en el alma desde ahora;
niños, mostradle al que llora
una santa compasión.*

*Si el pobre a rogaros va,
no le miréis con desdén,
que es muy triste hacer el bien
cuando es inútil quizá.*





La Noche-Buena.

CAMPOAMOR

I

Son hija y madre; y las dos,
con frío, con hambre y pena,
piden en la Noche-Buena
una limosna por Dios.

II

—Hoy los ángeles querrán,
la madre a su hija decía,
que comamos, hija mía,
por ser Noche Buena, pan.

III

Y al anuncio de tal fiesta,
abre la madre el regazo,
y sobre él a aquel pedazo
de sus entrañas acuesta.

IV

Al pie de un farol sentada,
pide por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
mas ninguno le da nada.

V

La niña, con triste acento,
—Pero, ¿y nuestro pan? decía.
—Ya llega, le respondía
la madre... y ¡llegaba el viento!

VI

Mientras, de placer gritando,
pasa ante ellas el gentío,
la niña llora de frío,
la madre pide llorando.

VII

Cuando otra pobre como ella
una moneda le echó,
recordando que perdió
otra niña como aquélla.

VIII

—Ya nuestro pan ha venido,
gritó la madre extasiada...

mas la niña quedó echada,
como un pájaro en su nido.

IX

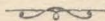
¡Llama... y llama! ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte;
duerme; está helando, y la muerte
¡sólo es un sueño con frío!

X

La toca; al verla tan yerta,
se alza; hacia la luz la atrae,
se espanta, vacila... y cae
a plomo la niña muerta.

XI

Del suelo, de angustia llena,
la madre a su hija levanta...
y en tanto un dichoso canta...
«¡Esta noche es Noche Buena!...»



EN EL TORRENTE

EDMUNDO DE AMICIS

Tranquilo duerme el valle.
Grito desgarrador hace que estalle
la paz ¡ay! de repente.
—¡Un niño, un niño va por el torrentel!

La gente en movimiento
acude, y una madre lanza al viento
presa del paroxismo:
—¡Salvad presto a mi hijo del abismo!

La muchedumbre ansiosa
sube, baja a la orilla presurosa,
eleva al cielo el llanto
e invoca de Jesús auxilio santo.

Y huye el mísero infante
por las airadas aguas adelante;
su triste aye se escucha;
mueve los brazos en estéril lucha.

Y nueva gente viene
gritando, y a la madre la detiene,

que ya, perdido el tino,
quiere arrojarse al rauda torbellino,

De pronto se presenta
medio desnudo un chico; pide cuenta
del suceso ocurrido,
y pregunta quién es el que ha caído.

—Tu amigo; Carlos, mira,
eres gran nadador, y el pobre expira.
Le incitan vanamente
porque Carlos ya nada en el torrente.

Avanza, cruza, boga,
un escollo ha salvado, mas se ahoga;
asido a una maleza,
de las ondas resiste la fiereza.

Desesperado, ciego,
sobresale, a las aguas vence luego,
y empuje furibundo
le hace aferrar al niño moribundo.

La muchedumbre grita;
aquel grito sus fuerzas resucita.
Con un peñasco ahora
se ha herido; ya la onda se colora.

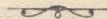
El dolor lo enardece,
gira, vuelve, batalla, en ira crece;
a la orilla ha llegado,
la diestra entre raíces ha clavado.

Sangrando y anhelante,
sube el hijo a la madre delirante.

Un ¡ohl lanza y, festivo,
—No llore más—exclama—aquí está vivo.

Al salvador bendice
la multitud, lo besa; después dice:
—Pide tú lo que quieras,
y le interrogan mil de mil maneras.

Los ojos va pasando
por todos los que están allí fumando,
y con aire sencillo
prorrumpe: —¡Dadme, pues, un cigarrillo!



EL CUENTO DE MARGOT

JUAN DE DIOS PEZA

Vamos, Margot, repíteme esa historia que estabas refiriéndole a María. Ya vi que te la sabes de memoria, y debes de enseñármela, hija mía.

—La sé porque yo misma la compuse.
—¿Y así no me la dices? Anda, ingrata.
—¡Tengo compuestas diez!—¡Cómo!, repuse, ¿te has vuelto a los seis años literata?

—¡No, literata no! Pero hago cuentos...
—No temas que tal gusto te reproche.
—Al ver a mis hermanos tan contentos, yo les compongo un cuento en cada noche.

—¿Y cómo dice el que contando estabas?
—Es muy triste, papá, ¿qué, no le oíste?
—Sólo vi que lloraban y llorabas.
—¡Ah, sí! todos lloramos; ¡es muy triste!

Imagínate un niño abandonado, de grandes ojos de viveza llenos,

rubio, risueño, gordo y colorado.
Como mi hermano Juan, ni más ni menos.

Figúrate una noche larga y fría,
de muda soledad, sin luz alguna,
y ese niño muriendo en agonía,
encima de la acera, no en la cuna.

—¿En las heladas losas?

—Sí, en la acera.

Es decir, en la calle...

—¡Qué amargural

—Hubo alguien que pasando lo creyera
un olvidado cesto de basura.

Yo pasaba, lo vi, bajé mis brazos,
queriendo darle maternal abrigo,
y envuelto en un pañal hecho pedazos
lo alcé a mi pecho y lo llevé conmigo.

Lloraba tanto y tanto el angelito,
que ya estaban sus párpados muy rojos...,
y a cada nueva queja, a cada grito,
el alma me sacaba por los ojos.

Me lo llevé a mi cama; entre plumones
lo hice dormir caliente y sosegado...
¡Cómo hubo en este mundo corazones
capaces de dejarlo abandonado!

¡Ay! Yo sé por mi libro lectura,
que estudio en mis mayores regocijos,

que ni los tigres en la selva oscura
dejan abandonados a sus hijos.

¡Pobrecito! Yo sé su mal profundo,
lo curo como madre toda pena;
parece que este niño en este mundo
no es hijo de mujer, sino de hiena.

De mi colchón en el caliente hueco
duerme, para que en lágrimas no estalle;
y llorando Margot, mostró el muñeco
que cierta noche se encontró en la calle.



LA MODESTIA

JOSÉ SELGAS

Por las flores proclamado
rey de una hermosa pradera,
un clavel afortunado
dió comienzo a su reinado
al nacer la primavera.

Con majestad soberana
llevaba y con noble brío
el regio manto de grana,
y sobre la frente ufana
la corona de rocío.

Su comitiva de honor
mandaba, por ser costumbre,
el céfiro volador,
y había en su servidumbre
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
porque también era uso,
quiso una flor por esposa;
y regiamente dispuso
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
y porque causa delicia
en la numerosa grey,
pronto cundió la noticia
por los Estados del rey.

Y en revuelta actividad
cada flor abre su arcano
de su fecunda beldad,
por prender la voluntad
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
engalanarse se vían,
con harta envidia dispuestas
a ver las solemnes fiestas
que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,
el rey admirado duda,
cuando ocultarse, sencilla,
vió una tierna florecilla
entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor
de su corona le inquieta,
preguntóle con amor:
—¿Cómo te llamas?—Violeta,
dijo temblando la flor.

—¿Y te ocultas cuidadosa,
y no luces tus colores,
violeta dulce y medrosa,

hoy que entre todas las flores
va el rey a elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,
aunque llena de placer,
suspiró y dijo:—Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor.

El rey suspenso la mira
y se inclina dulcemente;
tanta modestia le admira;
su blanda esencia respira,
y dice alzando la frente:

—Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta.
Sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta.

Dijo, y el aura afanosa
publicó en forma de ley,
con voz dulce y melodiosa,
que la violeta es la esposa
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
ambos esposos se dieron
pruebas de amor manifiestas;
y en aquel reinado fueron
todas las flores modestas.



UN ANGEL MAS

Traducido del francés por Vital Aza.

¡La noche va llegando!
¡Qué largo ha sido el día!

.....

Mas dime: ¿Por qué lloras?
¿Qué tienes, madre mía?
¿Qué indica tu tristeza?
¿Qué indica tu pesar?

Son tristes tus suspiros;
tus lágrimas ardientes...
¡No llores! Sólo quiero
mirarte sonreír.

¡Abrázame!... ¡Ay, qué frío!
Tú, madre, ¿no lo sientes?
Estréchame en tus brazos
y déjame dormir.

.....

¡Qué negra está la noche!
¡Qué miedo, madre mía!
¡Por todas partes sombras
contemplo con terror!...
¡Ay, madre! ¿No te asusta
la niebla densa y fría

que aumenta y que se extiende
por nuestro rededor?

Mas ¡calla!... No te asustes...

Allí una luz fulgura...

Célica voz escucho...

¿No escuchas tú esa voz?

¿No ves allí aquel ángel,
radiante de hermosura,
que entre doradas nubes
acércase veloz?

¡Qué hermoso está! ¿Le miras?

Con sus lujosas galas

en agitado vuelo

se mueve sin caer...

En este mundo, madre,

¿tendré yo también alas?

¿O sólo yendo al cielo
se pueden ¡ay! tener?

La claridad aumenta...

Mil ángeles hermosos

sus liras de oro y nácar
comienzan a pulsar...

¿No escuchas tú esos cantos,
los cantos armoniosos
que sólo allá en la gloria
se deben escuchar?

Ya el ángel se aproxima...

¡Qué mágicos colores!

Mis ojos extasiados
contemplan un Edén...

¡Oh, miral! Ya mi cuerpo
cubierto está de flores...

¡El ángel me las trae!

¡El ángel que es mi bien!

.....

¿Por qué, madre, en tus brazos
me estrechas temblorosa?

¿Qué indican esas lágrimas?

¡Contesta pronto, di!

¡Sonríe, madre mía!

Sonríete amorosa...

No llores, porque entonces
me harás llorar a mí.

Mas ¡ay! ante mis ojos
se extiende denso velo...

El ángel me adormece
con su celeste voz.

Ya entre sus tiernos brazos
siento elevarme al cielo.

¡Adiós, madre querida!

¡Adiós por siempre! ¡Adiós!



LA VIOLETA

ANTONIO F. GRILO

Más bella que de los mares
las blancas, leves espumas,
deja su lecho de plumas
la niña de los lunares.

De sus mejillas las rosas
con sus hechizos conciertan;
despierta... como despiertan
las cándidas mariposas.

Corre por el bosque ameno
do salta el raudal sonoro;
sus largas trenzas de oro
agita el aire sereno.

Y a sus plácidos rumores
busca altivas y lozanas
sus misteriosas hermanas
las melancólicas flores.

En sus caricias de amor,
en sus sueños virginales,

nacen y crecen iguales
una niña y una flor.

La niña madrugadora
entre los lirios corría
y en sus cálices bebía
las lágrimas de la aurora.

Con dulcísimo embeleso
las flores acariciaba;
y en todas depositaba
una sonrisa y un beso.

De pronto, tierna y amante,
luciendo sus ricas galas,
vió las transparentes alas
de una mariposa errante.

Y en medio el vergel lozano
a sorprenderla se atreve,
dándole cárcel de nieve
en el hueco de su mano.

Besa sus alas de rosa
llena de gentil donaire,
y vuelve a entregar al aire
la voluble mariposa.

Hija del hermoso llanto
que el alba al nacer vertía,
una violeta nacía
del musgo oculta en el manto.

Vertió la aurora de plata
en su cáliz una perla;
por eso, la niña, al verla,
con orgullo la arrebató.

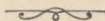
Entre sonrisas de amor
embelesada la mira;
cuando la niña suspira,
también suspira la flor.

Y alegres las otras flores,
que hermanas juntas las ven,
meciéndose en el Edén
cantan con blandos rumores:

«No sigas la mariposa,
símbolo de la inconstancia;
bebe, niña, la fragancia
de tu violeta amorosa.

»Su aroma, en virtud fecundo,
al alma brinda consuelo,
que la modestia es del cielo,
y apenas cabe en el mundo.

»De la mariposa en pos
no vuelas con alma inquieta,
pero guarda la violeta,
que está bendita de Dios.»



Sin consuelo.

Por Vicente Medina.

 Mi padre se ha muerto,
 mi madre no llora...
¡Hay quien tiene secos los ojos... Y el llanto
 por dentro le ahoga!...
 Mi padre se ha muerto,
 mi madre no llora...
¡Hay quien en sus ojos nunca tiene lágrimas ·
 ni sonrisas jamás en la boca!
 Mi padre se ha muerto,
 mi madre no llora...
 ¡Hay quien se deleita
devorando sus penas a solas!

.....
 Cuando la desgracia
 cruel nos acosa,
me dice mi madre con hondo suspiro:
«¡Si tu padre alzara la cabeza ahora!»...
 Y si la fortuna
 favorable sopla,
mi madre suspira también y repite:
«¡Si tu padre alzara la cabeza ahora!»...
.....

¡Pobre madre mía,
que ni del consuelo de quejarse goza!...

 Mi padre se ha muerto,
 mi madre no llora...

Yo sé por qué tiene tan secos los ojos...

Sé por qué no tiene sonrisas su boca...

 Sé por qué se esconde
 y está siempre sola...

 Mi padre se ha muerto...

¡Cuando todos duermen, mi madre solloza!...

.....
.....



LA MUJER DEL PESCADOR

ORIGINAL DE CARLOS FRONTAURA

I

Al rayar la aurora, el hombre
salió a la mar con su barco
a ganar el pan del día,
que ese es su deber más grato.

Dos seres deja en la choza,
de su corazón pedazos:
la esposa bella y honrada
y el hijo que Dios le ha dado.

Por ellos no le intimidan
ni peligros ni trabajos;
por ellos al mar se lanza
siempre alegre y confiado.

Y mientras la esposa duerme
teniendo al niño en sus brazos,
el hombre en su barquichuelo
va mar adentro, cantando.

II

Súbito el sol se obscurece,
agítase el mar airado

y vienen las olas negras
desde lejos rebramando.

Ruge la tormenta; el hombre
tiembla ya, de aliento falto,
al ver que su barquichuelo
quiere gobernar en vano.

La carcomida madera
cruge en medio del estrago,
y gime el hombre, midiendo
el abismo con espanto.

El barco se rompe; el hombre
da un grito, tiende los brazos...
y saltan sobre él las olas...
y ya no hay hombre ni barco.

III

Cuando sale de la choza
la amante esposa, ha pasado
la tormenta, ni una nube
mancha el azul del espacio.

El espejo de las aguas
refleja del sol los rayos,
y dulce brisa acaricia
las florecillas del campo.

La esposa espera al marido.
Mas ¡ay! que le espera en vano.
¡Ya están el hijo y la madre,
solos y desamparados!

IV

Niños que vivís felices,
pensad en los desgraciados,

en los pobres huerfanitos;
compadecedlos y amadlos.

A Dios misericordioso
pedid que les dé su amparo,
y no le neguéis el vuestro,
que les debéis como hermanos.

Y así Dios a vuestros padres
os conserve largos años,
y en las tormentas del mundo
nunca lleguen a ser náufragos.



La cuna vacía.

JOSÉ SELGAS

Bajaron los ángeles,
besaron su rostro,
y cantando a su oído dijeron:
«Vente con nosotros.»

Vió el niño a los ángeles
de su cuna en torno,
y agitando los brazos les dijo:
«Me voy con vosotros.»

Batieron los ángeles
sus alas de oro,
suspendieron al niño en sus brazos
y se fueron todos.

De la aurora pálida
la luz fugitiva,
alumbró a la mañana siguiente,
la cuna vacía.

Mi hija Margot.

Juan de Dios Peza.

Tiene Margot un niño a quien adora,
que no nació entre lágrimas y males,
pues se lo dió de cuelga una señora
que lo compró de lance en veinte reales.

No hay un cariño igual a ese cariño,
reflejo fiel de abnegación sincera,
pues ni lo entiende ni lo paga el niño,
que le dice *mamá* y es de madera.

Sin temor de que enferme o que se pierda,
la madre sabe, de contento loca,
que el niño, si le tiran de una cuerda,
llora abriendo los ojos y la boca.

¡Si la viérais en horas sosegadas
con qué ternura maternal lo viste
y con qué melancólicas miradas
se fija en él cuando lo juzga tristel

«¿Qué tienes, le pregunta, niño mío?
»¡Más bonito que tú no habrá ninguno!
»¡No llores!... ¿Tienes hambre?... ¿Tienes frío?...
»Duerme mientras te traigo el desayuno.»

Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,
bajo sus mismas sábanas lo arropa,
y corre a por la leche y por la miga
para darle en los labios sopa a sopa.

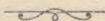
Que no las toma el niño es cosa clara;
pero aquí la intención salva un abismo:
Margot en tal desaire no repara,
pues ella se las come y es lo mismo.

Margot, junto a mi padre dulce y quieta,
era siempre su encanto y su consuelo,
y yo vi alguna vez, junto a la nieta,
lágrimas en los ojos del abuelo.

«Estos juegos, me dijo, causan frío;
»no sé ni qué revelan ni qué indican;
»hacen cosas los niños, hijo mío,
»que ni los grandes sabios las explican!...

»¡Cuánto Margot a la virtud prometel
»Mira... en su niño están sus ojos fijos...
»Avergüenza esta madre de juguete
»a los monstruos que olvidan a sus hijos!»

Mientras yo silencioso meditaba,
Margot, que cuenta cuatro primaveras,
para dormir al niño lo arrullaba
como arrullan las madres verdaderas.



LA OSTRA Y LOS PEREGRINOS

DE LA FONTAINE

Dos peregrinos un día
una gran ostra encontraron
y a disputar comenzaron
sobre a quién pertenecía.

—Antes que tú yo la vi,
y me la debo comer.

—No, cuando vino a caer
a mis pies yo la cogí.

—Es mía.—No, señor, m'ía.

—Yo no la cedo.—Ni yo.

En esto un sabio llegó,
curioso, a ver que ocurría.

La ocasión de aquel disgusto
minuciosos le contaron,
y su árbitro le nombraron,
creyéndole recto y justo.

Cogió el marisco en sus manos,
le abrió con mucha limpieza
y dijo con entereza:

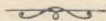
—Esta es mi opinión, hermanos.

Y dándole a cada cual
una concha, él, que en el centro

estaba, lo que halló dentro
se lo comió muy formal.

Y uno y otro peregrino,
por su soberbia maldita,
se quedaron sin la ostrita,
que un extraño a comer vino.

*No disputes con tu hermano,
y cede siempre que puedas,
que tú seras, como cedas,
más humilde y menos vano.*



A MI MADRE ENFERMA

POR ANTONIO F. GRILO

I

Las tibias estrellas, las lámparas puras
que bordan del cielo la atmósfera azul,
traspasan el manto de sombras oscuras
y tristes y solas allá en las alturas
derraman su luz.

El viento se extiende con rápido brío,
dolientes murmullos despide al pasar,
sus quejas repiten la selva y el río,
se oculta en los bosques, y allá en el vacío
se vuelve a quejar.

Yo entonces levanto mis ojos al cielo,
y nadie comprende mi amargo dolor;
tan sólo mi madre, mi madre, en su anhelo,
pues ella imagina que sufro y que velo
y lloro de amor.

Ayer, cuando lejos la tarde moría
y el sol ocultaba sus trenzas de luz,
muy triste y llorosa te vi, madre mía,

y tú me mirabas, y yo sonreía
mirándome tú.

La luna entre tanto brilló en las esferas,
y en blancos fulgores tu lecho bañó;
gimieron las auras de amor consejeras,
y allá en el silencio rodaron ligeras
con lúgubre son.

Rendido a tus plantas, postrado de hinojos,
de lágrimas llena te vi respirar,
¿Por qué se inundaron de llanto tus ojos?
¿Si acaso las sombras te dieron enojos,
el sol volverá!

Mas ¡ay! que se abrieron los mares de Oriente,
el sol en sus puertas radiante brilló,
y aun doblas rendida tu pálida frente,
tu angustia en el mundo consuelo no siente.
¿Cuál es tu dolor?

II

¡Pobre madre! Con voz débil
como céfiro que espira,
tu dulce pecho respira
con fatigoso anhelar;
abres inquieta tus ojos,
que envuelve el llanto en su velo,
y mucho miras al cielo...
¿Qué quieres en él buscar?

Otras veces, madre mía,
sin lágrimas y sin pena,
besé tu frente serena,
donde brilla la virtud;
mas hoy, al tocar tus labios
en mi ardiente desvarío,
siento en tus labios el frío
del mármol de un ataúd.

Tal vez recuerdas, postrada
en tu lecho de dolores,
las puras vírgenes flores
de otra vida, de otro Edén;
tal vez tu mente imagine,
al ver la noche cercana,
que tu existencia es hermana
de oscura noche también.

Al pie de tu triste lecho
hoy de rodillas te miro.
¡Qué sagrado es el retiro
donde nuestra madre está!
Aquí es más pura la brisa,
que aromas blandos exhala,
y el eco que aquí resbala
hasta el cielo subirá.

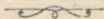
Duerme... duerme, madre mía;
que hasta que vuelva la aurora
la hija que por ti llora
está velando por ti;
y acaso cuando despiertes,
tierna, amante, sosegada,

tu dulcísima mirada
será toda para mí.

Estás durmiendo y no puedes
contemplar mi desventura;
no adivinas la amargura
de quien se postra a tus pies;
no sabes que sufre y llora
tus suspiros recogiendo;
estás enferma, y durmiendo,
y mis desdichas no ves.

La luna desde su trono,
donde brillan las estrellas,
despide ráfagas bellas
de tibia y pálida luz;
lejano el viento repite
sordos ecos de agonía,
y yo por ti, madre mía,
pido al que murió en la cruz.

Duerme, que al tender la aurora
de perlas el blanco velo,
vendrá un céfiro del cielo
tus lágrimas a enjugar;
yo recogeré en tus labios
dulce sonrisa de amores,
y de tu salud las flores
quizá vuelvan a brotar.

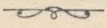


Á LAS NIÑAS

Pilar Pascual de Sanjuán.

¡Oh, flores que un día
doquier brillaréis;
preciosos capullos
nacidos ayer,
que en medio del fango
del mundo cruel,
su ornato más bello
vinisteis a ser!
Vosotras que todo
lo veis al través
del diáfano velo
de cándida fe:
¿queréis, adquiriendo
virtud y saber,
lograr contra el vicio
luciente broquel?
Venid a la escuela,
Venid y aprended.

(Fragmento.)



La gran noticia.

Ricardo Palma.

A un viejo que pasaba por la calle,
una niña bonita
y de arrogante talle
detuvo del faldón de la levita
diciéndole:—Señor, por vida suya,
quiero que usted me instruya
de las nuevas que aquí me participa
una tía que tengo en Arequipa.
Y, sin más requilorio,
una carta pasóle al vejstorio.

Cabalgó el buen señor sobre los ojos
un grave par de anteojos:
el sobre contempló, rompió la oblea,
la arenilla quitó de los borrones,
examinó la firma, linda o fea,
y se extasió media hora en los renglones.

Ya de aguardar cansada,
—¿Qué me dicen, señor?—dijo la bella.
Y el viejo echó a llorar diciendo:—¡Nada!
Has nacido, mi bien, con mala estrella.

Asustada la joven del exceso
de llanto del anciano,
le preguntó:—¿Quizá murió mi hermano?
Y el viejo respondiéndola:—¡Ay! es peor que eso.
—¿Está enferma mi madre?—Todavía
es peor cosa, hija mía.
No puedes resistir a esta desgracia...
Yo, viejo y todo, me volviera loco.
—¿Qué ha sucedido, pues, por Santa Engracia?
—Que tú no sabes leer... ¡ni yo tampoco!



TERCERA PARTE

Poesias patrióticas recitables.

LA ARGENTINA

POR

ISAACS LARRAIN

Es mi patria, la Argentina,
fértil región de la tierra,
y en sus entrañas encierra
fecundos frutos de amor.
Es la estrella más hermosa
de este cielo americano,
cuyo brillo soberano
subyuga por su esplendor.

Muy grande es la patria mía,
rica, noble, generosa;
es la nación más gloriosa
del hemisferio del Sud.
Y en el campo del combate,
luchando por sus hermanos,
supo destrozar tiranos
con homérica virtud.

Bella, majestuosa, altiva,
veloz como el pensamiento,

cruza el azul firmamento,
donde tomó su bandera;
y los hombres de la tierra,
con fraternales anhelos,
se abrazan en este suelo,
patria de la fe sincera.

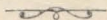
Grandes, soberbias montañas
la guardan por Occidente;
al Norte, el trópico ardiente;
al Este y Sud, el Atlante.
En su faz risueña ostenta
magnos bosque seculares,
con sus ríos como mares
y su pradera gigante.

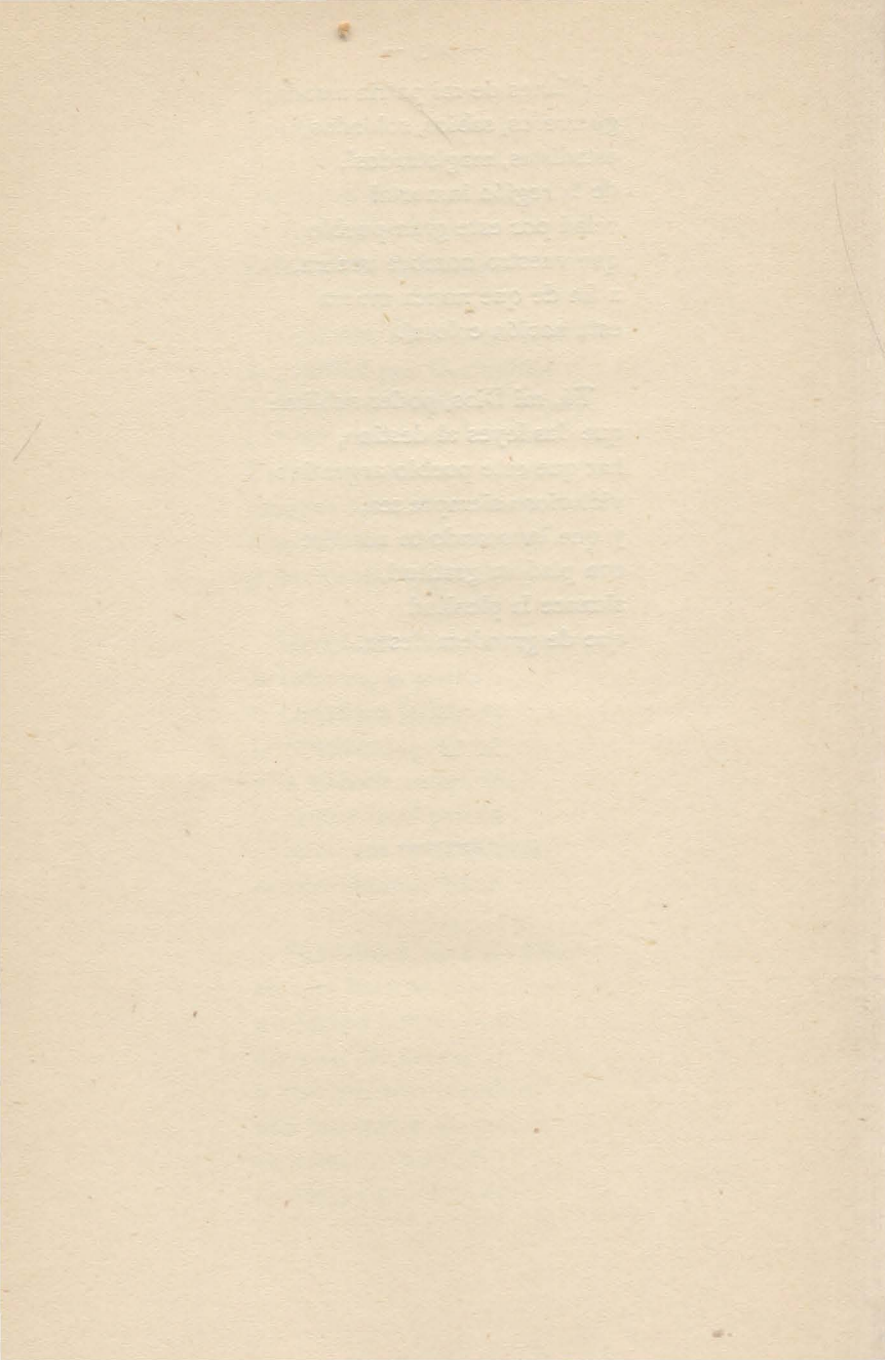
Heredamos del Ibero
la bravura, la porfía,
la castellana hidalguía,
la constancia y el valor;
y la audacia americana,
la precoz inteligencia
prométenos de la ciencia
su providencial favor.

Sus héroes, ¡quísolo Dios!,
en cien batallas probados,
no fueron jamás atados
al carro del vencedor,
y con esfuerzo inaudito,
con inspirados ideales,
derramaron a raudales
su sangre por el honor.

¡Manes de mi patria amada,
guerreros, sabios, soldados,
estadistas, magistrados!,
de la región inmortal
velad por este gran pueblo
que vuestro nombre venera,
a fin de que nunca muera
esta nación colosal.

Tú, mi Dios, poder sublime,
que das leyes al destino,
haz que este pueblo argentino
victorioso siempre sea,
y que invocando tu nombre
con piadosa gratitud,
alcance la plenitud
que de grandeza desea.





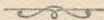
LA TUMBA DEL SOLDADO

JORGE ISAACS

El vencedor ejército la cumbre
salvó de la montaña,
y en el solitario campamento
que de vívida luz la tarde baña,
del negro terranova,
compañero jovial del regimiento,
resuenan los aullidos
por los ecos del valle repetidos.

Llora sobre la tumba del soldado,
y bajo aquella cruz de tosco leño,
lame el césped aún ensangrentado
y aguarda el fin de tan profundo sueño.

Meses después los buitres de la sierra
rondaban todavía
el valle, campo de batalla un día.
Las cruces de las tumbas, ya por tierra...
Ni un recuerdo, ni un nombre...
¡Oh, no! Sobre la tumba del soldado,
del negro terranova
cesaron los aullidos;
mas del noble animal allí han quedado
los huesos, sobre el césped esparcidos.



La madre del patriota.

(AL PARTIR PARA LA GUERRA)

N. COMAS

«¡Voy a partir ¡oh madre idolatrada!
donde la ley del patriotismo impera;
hoy me llama la patria desolada,
voy a morir al pie de la banderal

»Es la patria de Pringles valerosa,
De San Martín, de Paz y de Belgrano,
que un trono levantarán poderoso
con astillas del cetro castellano.

»La sangre de mis padres derramada
aun en los campos de victoria humea,
y la enseña de Salta desplegada
del Andes en la cúspide flamea.

»Voy a partir de tu regazo amado
como la alondra que abandona el nido;
mas tu recuerdo vivirá sagrado
con el recuerdo de mi patria unido.

»La voz de mi deber, madre, me llama;
voz que de fuego el corazón me llena;

grito que el alma de valor inflama,
que en Chacabuco vencedor aun suena.

»Tú me enseñaste a amar enamorada
el pabellón de Mayo desgarrado,
y hoy me aleja ese amor de tu mirada
para buscar la tumba del soldado.

»Mis padres generosos me dejaron,
como recuerdo de valor inmenso,
la sangre que en Suipacha derramaron,
en Piedras, Cotagacta y San Lorenzo.

»Es la sangre que heroica regenera,
vertida del combate en la rudeza,
de una raza memoria duradera,
patrimonio inmortal de su grandeza.

»¡Adiós, madre queridal ya me alejo
para buscar la muerte o la victoria;
sumida en honda soledad te dejo,
mas á tus brazos me traerá la gloria.

»Ya escucho el grito y el tropel ardiente:
el bronce rueda y el clarín retumba;
cubre ya con tus besos hoy mi frente
y después... con tus lágrimas mi tumba.»

Calló su acento de valor henchido,
que de fuego sus ojos inundaba,
y con eco vibrante y conmovido
respondióle la madre, que lloraba:

«Cuando llama la patria, que, afligida,
el grito escucha de venganza lleno,
su lamento acallando dolorida,
debe la madre desgarrar su seno.

»Para vencer al déspota sañudo
nació noble el soldado americano.
Parte a morir en el combate rudo
envuelto en la bandera de Belgrano.

»Hoy te llama la patria en su lamento;
parte a blandir la generosa lanza,
que el amor de la patria es sentimiento
y el amor de una madre es esperanza.

»¡Vas a partirl Te alejas de mi lado;
dejas en mi alma una mortal herida,
¡no poder abrazar tu cuerpo helado
y al calor de mis besos darte vida!

»Esgrime altivo el argentino acero,
en los combates de Macpú templado;
corre a vencer, que el lauro del guerrero
no crece si con sangre no es regado.

»Alienta ya tu juventud temprana
la fe que tus mayores le enseñaron,
que regado con sangre americana
un pedazo de suelo nos legaron.

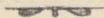
»Ya suena el eco del tambor batido,
el pueblo grita con ardiente saña.

¡Adiós por siempre, adiós, hijo querido,
la sombra de una madre te acompaña.

»Es la voz de la patria... Dios lo quiere.
Mi voz te da su bendición postrera...
Vuelve con gloria o en la lucha muere,
cual tus padres, envuelto en la bandera.»

Abraza al guerrero la madre Argentina,
en mares de llanto su frente inundó,
y henchida de afanes le trajo a su pecho
y en grato delirio sus labios besó.

Ceñido de acero, dobló la rodilla
el hijo valiente con pena y amor;
mas luego se aleja... la madre llorando:
«No vuelvas, le dice, sin gloria ni honor.»



Cuadro de guerra.

VENTURA RUIZ AGUILERA

Ya de la batalla
cesan los clamores,
y expirar al lejos
débilmente se oyen.
Triste luna sube
por el horizonte;
pálidas estrellas
lucen esta noche.
Sordo gime el río,
gimen aura y bosque,
y es gemido el canto
de los ruiseñores.
Cual si más sensibles
fuesen que los hombres,
piedras y elementos,
pájaros y flores,
como si estuviesen
publicando acordes
cuantos seres sustenta la tierra
«¡Bendita la paz! ¡Maldita la guerra!»

¡Cielol... ¡Es un niño
el que de la luna

rayo moribundo
a mis pies alumbral
¡Niño... y al combate
vino ya!... ¡ley dura!
¡Apenas podía
con la lanza dura!
¡Madrel... ¡No le esperes!
Negro luto busca,
reza por el alma
del que fué alma tuya.
¡Aun le llamas!... ¿Cuándo,
tras de horrenda lucha,
no quedaron pobres
huérfanos y viudas?
Otra prenda amada
meces en la cuna,
que tu apoyo ha de ser en la tierra
si dura la paz, si acaba la guerra.

Verde y fresco soto,
valle florecido,
antes apacible
retirado asilo.
Ya las avecillas
huyen de estos sitios,
muchas con el tierno
corazón herido.
Púrpura es la fuente
que era cristal limpio.
Sangre a las espigas
sirve de rocío.
¡Ay! Al dar más tarde
pan a nuestros hijos,

«¡Hijos! les diremos
tristes al partirlo,
»nunca sangre humana
»riegue más los trigos»,
que es el pan de la próspera tierra
sabroso en la paz, amargo en la guerra.



La vuelta de la guerra.

Teodoro Guerrero.

¡El clarín se oye sonar!
¡Flores y coronas caen!...
Son nuestros bravos que traen
la paz, la dicha al hogar.

Todas las almas se excitan
al ver a nuestros hermanos,
y se unen todas las manos
y todos los labios gritan.

¡La paz! No hay más que una idea,
que nobles pechos inflama,
y alegre el pueblo lo aclama.
¡Es la paz! ¡Bendita sea!

Mas con angustia cruel
una madre en su amargura,
vertiendo llanto, murmura:
«¡Todos vuelven, menos él!»

EL GRANADERO

DE

SAN MARTÍN

NICANOR M. COMAS

—Cabo, ¿quién eres?

—Soy un soldado
que busca tumba donde morir.
Soy argentino... del regimiento
de granaderos de San Martín.

—¿Temes la muerte?

—¡La muerte temo?...
¡Jamás la siento dentro de mí!
En el combate sólo me acuerdo
ser granadero de San Martín.

—Blasona en vano... De tu entusiasmo
pronto la pena vas a sufrir...

—Verás si saben morir con gloria
los granaderos de San Martín.

—Verás cuál sientes.

—¡Jamás sintieron
perder la vida por combatir
los que escucharon las dianas libres
de los guerreros de San Martín!

No busco lauros para mi frente...
Es mi bandera libre vivir...
Y orgullo siento siempre que digo:
«¡Soy granadero de San Martín!»

Calló el ibero... Fijó sus ojos
en el soldado, ya sin rencor,
y con el ansia de su alma grande
entre sus brazos le aprisionó.

—¡Noble es tu sangre, hijo de América,
fiero en la lucha, grande al morir!
Tu alma es inmensa como tus selvas,
como los soles de tu confín...

—Mi patria, hispano, tras largas noches,
soñó de esclava su redención...
Hoy que me llama su voz de madre,
siento romperse mi corazón...

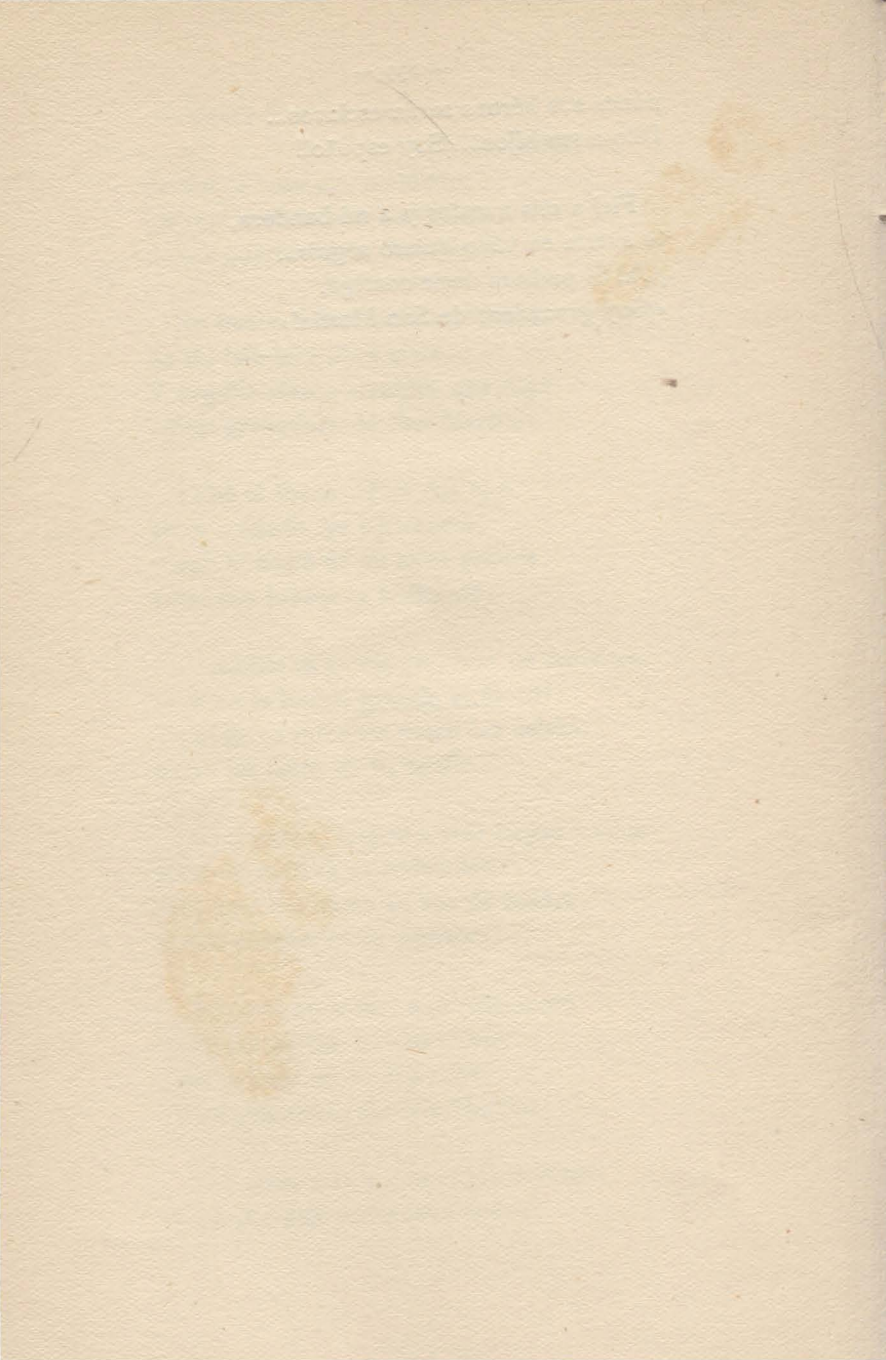
Tuya es mi vida... soy prisionero
perdí mi patria, quiero morir;
sólo te pido mi tumba diga:
«¡Fué granadero de San Martín!»

—Vuelve a tu patria, libre soldado,
lucha por ella con nuevo ardor;

nunca sus héroes serán esclavos...
Dilo a sus hijos... ¡Soy español!

Fiel a mis huestes y a mi bandera,
tu suerte en vano quiero seguir...
¡Oh! Si pudiera decir contigo:
«¡Soy granadero de San Martín!»





La partida del recluta.

N. ARREDONDO

«Voy a partir, tu corazón de madre
tal vez lamente mi futura suerte,
porque imagina que hallaré la muerte
en el lugar do sucumbió mi padre.

»Voy a partir ¡oh, madre! a la campaña,
que ya en el aire mi pendón tremola.
¡Oh! No llores así, no quedas sola;
mi dolor, mi cariño te acompaña.

»Tal vez termine mi fatal carrera
sin mirarte otra vez... lejos de ti,
que el sucumbir al pie de mi bandera
es un sueño de gloria para mí.

»¡Oh! No llores ¡oh, madre idolatrada!,
que al mirarte llorar yo lloraré;
lucharé como bravo en la jornada
y otra vez a abrazarte volveré.

»A vencer o a morir como argentino,
por tu amor, por mi patria lucharé,

y si a morir me lleva mi destino,
cual valiente soldado moriré.

»Adiós, cuando retumben las metrallass
y se oiga el estampido del cañón,
eleva ¡oh, madre! al dios de la batalla
por la patria y por mí una oración.

»Si en la lucha mi suerte funeraria
ya mi esperanza y porvenir derrumba,
quisiera por recuerdo una plegaria
y después... ¡una lágrima en mi tumba!»

Un recluta argentino, emocionado,
así a la madre con cariño habló,
que, al ver en su hijo un ínclito soldado,
mil veces sollozando lo abrazó.

Después, bañada en lágrimas, le dijo:
«Puesto que así tu corazón inflama
un deber santo, el patriotismo ¡oh hijo!,
si el deber, si la patria lo reclama,

»corre al momento, acude a la batalla,
vuela a vengar la muerte de tu padre.
Cuando a tu lado suene la metralla,
por ti, hijo mío, rogará tu madre.

»Adiós, adiós, consuelo de mi vida,
haznos libres o muere con honor...»
Iba a seguir, mas vióse interrumpida
por el triste redoble del tambor...

—Adiós ¡oh madre! adiós, me están llamando...

—Hijo del alma, ¡para siempre adiós!

Y al partir se besaron sollozando,
se bañaron en lágrimas los dos.

—Otra vez nos veremos, exclamó el hijo,
por calmar de la madre el desconsuelo.

—Otra vez nos veremos, ella dijo;
volveremos a vernos en el cielo...



La vuelta del recluta.

JORGE ISAACS

La tarde se apaga, y abajo la aldea
blanquear entre sauces y pinos se ve;
rebaños que bajan al valle, vadean
el río que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa
que da el campanario llamando a oración;
y aquel caminante descúbrese y ora,
la frente en la mano que empuña el bordón.

¿Quién es? De su blusa los rojos jirones
a un digno soldado disfrazan quizás.
Es Pablo, el recluta: partió bello y joven;
los soles le han vuelto morena la faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
mojaron los campos natales al ver...
Su amor y una madre dejó a la partida.
¡Ni madre ni amada le esperan tal vez!

Risueño y gozoso saluda, encontrando
al joven amigo que nunca olvidó.

¡Ay! ¡Cómo los soles del Sur le cambiaron!
Tan sólo responde: «Bendígate Dios...»

Teresa, la niña que tanto le amaba,
que en lágrimas tibias bañóle al partir,
hilando a la puerta de alegre cabaña
jugar a sus niños contempla feliz.

Detiene el viajero la marcha, y ahogan
profundos sollozos su trémula voz.
Teresa, temblando, cree ver una sombra;
su tez ha perdido de rosa el color.

Fué sólo un recuerdo... Los niños la abrazan,
mirando al mendigo con miedo infantil.
Dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas,
volviendo en silencio la marcha a seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna
descubren. Es noche. Responde a su voz
el viento que cruza la estancia desierta.
¡La muerte ha dos años su hogar apagó!

La luna al ponerse le vió solitario
subir la montaña camino del Sur...
En torno del fuego, medrosos aldeanos
que vieron su sombra refieren aún.



El hogar paterno.

Ventura Ruiz Aguilera.

¿Qué tendrá la luz que sale
de ese monte? ¿qué tendrá?
¿Qué tendrá,
que una lágrima ha bañado
la mejilla del soldado
que el servicio cumplió ya?
Ni el incendio del combate,
ni el palacio del magnate,
donde brillan a la par
mil luces bellas,
le hicieron nunca llorar;
*pero esa luz es del pueblo,
del pueblo natal.*

¿Qué tendrá de esa campana
el tañido? ¿qué tendrá?
¿Qué tendrá,
que tan dulce ha resonado
en el alma del soldado
que el servicio cumplió ya?
Ni los cánticos de gloria,
ni la voz de la victoria,

que entusiasma al militar,
con tal ternura
le hicieron nunca llorar.
*Es porque esa es la campana
del pueblo natal.*

¿Qué tendrá el ladrido ronco
de ese perro? ¿qué tendrá?
¿Qué tendrá,
que cual voz de un ser amado
sentir hace al buen soldado
que el servicio cumplió ya?
Ni la alegre cantinera,
de su vida compañera;
ni la franca lealtad
del camarada,
le hicieron así llorar.
*Es que ese perro ha salido
del pueblo natal.*

¿Qué tendrá el humo que sale
de esas chozas? ¿qué tendrá?
¿Qué tendrá,
que con júbilo extremado
lo contempla el buen soldado
que el servicio cumplió ya?
Ni del seno de las flores
son más gratos los olores
que el que piensa respirar
al ver del humo
la negra y leve espiral;
*porque es de las chimeneas
del pueblo natal.*

¿Qué tendrá ese pobre viejo
que le abraza? ¿qué tendrá?

¿Qué tendrá,
que la frente ha reclinado
en su pecho el buen soldado
que el servicio cumplió ya?
A la entrada de la aldea
turba alegre les rodea,
saludando al militar;

y este conoce
que entre los suyos está,
*porque oye el acento amado
del pueblo natal.*



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

ÍNDICE

Páginas

PRIMERA PARTE

MONÓLOGOS

<i>¡Madre mía!</i> , por Alejandro Bocio Hernández.	7
<i>¡Un sombrero!</i> , por C. Laura Dobranich.	17
<i>Indulgente</i> , por Madame Thénard.	25
<i>Proyectos infantiles</i> , por V. Nicolau Roig.	33
<i>La caridad</i> , por Horacio H. Dobranich.	41
<i>Carta para mamá</i> , por Pedro J. Solas.	49
<i>Papeles son papeles</i> , por Ramos Carrión.	63
<i>¡Una!... ¡Dos!... y ¡Tres!...</i> , por C. Laura Dobranich.	71
<i>Examen de conciencia</i> , por Gustavo Nadaud.	79
<i>¡Pobre María!</i> , por Miguel Echegaray.	87
<i>La muñeca</i> , por Pedro J. Solas.	101
<i>Un cuento</i> , por Carlos Frontaura.	115
<i>La muñeca de mamá</i> , por M. de L'Hotellerie.	125
<i>Ilusión</i> , por Madame Thénard.	133
<i>En ausencia de la mamá</i> , por E. Barzilai Gentilli.	139

SEGUNDA PARTE

POESÍAS RECITABLES

<i>La abuela</i> , por Víctor Hugo.	149
<i>La mendiga y los niños</i> , por Príncipe.	153
<i>La flor, la aurora y la fuente</i> , por Grilo.	157
<i>El zagal y el nido</i> , por Martínez de la Rosa.	161

<i>Camaradas</i> , por Vicente Medina.	163
<i>¡Chist!</i> , por José Selgas.	167
<i>Amor fraternal</i> , por Pilar Pascual de Sanjuán.	169
<i>La flor y la nube</i> , por José Rozas.	171
<i>La Noche-Buena</i> , por Campoamor.	175
<i>En el torrente</i> , por De Amicis.	179
<i>El cuento de Margot</i> , por Juan de Dios Peza.	183
<i>La modestia</i> , por José Selgas.	187
<i>¡Un ángel más!</i> , por Vital Aza	191
<i>La violeta</i> , por Grilo.	195
<i>Sin consuelo</i> , por Vicente Medina	199
<i>La mujer del pescador</i> , por Carlos Frontaura.	201
<i>La cuna vacía</i> , por José Selgas.	205
<i>Mi hija Margot</i> , por Juan de Dios Peza.	207
<i>La ostra y los peregrinos</i> , por La Fontaine.	209
<i>A mi madre enferma</i> , por Grilo.	211
<i>A las niñas</i> , por Pilar Pascual de Sanjuán.	215
<i>La gran noticia</i> , por Ricardo Palma.	217

TERCERA PARTE

POESÍAS PATRIÓTICAS RECITABLES

<i>La Argentina</i> , por Isaacs Larrain.	221
<i>La tumba del soldado</i> , por Jorge Isaacs.	225
<i>La madre del patriota</i> , por N. Comas.	227
<i>Cuadro de guerra</i> , por Ventura Ruiz Aguilera.	231
<i>La vuelta de la guerra</i> , por T. Guerrero.	235
<i>El granadero de San Martín</i> , por N. Comas.	237
<i>La partida del recluta</i> , por N. Arredondo.	241
<i>La vuelta del recluta</i> , por Jorge Isaacs.	245
<i>El hogar paterno</i> , por Ventura Ruiz Aguilera.	247



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

DEL MISMO AUTOR

Así no te querrán!, monólogo.

Justicia humana, monólogo.

De mi servicio militar, artículo humorístico.

Un cuento, monólogo.

Marco Bruto, monólogo.

Conferencia enigmática modernista.

La guerra civil, monólogo.

Un poeta de incógnito: D. Rafael Ruiz López.



